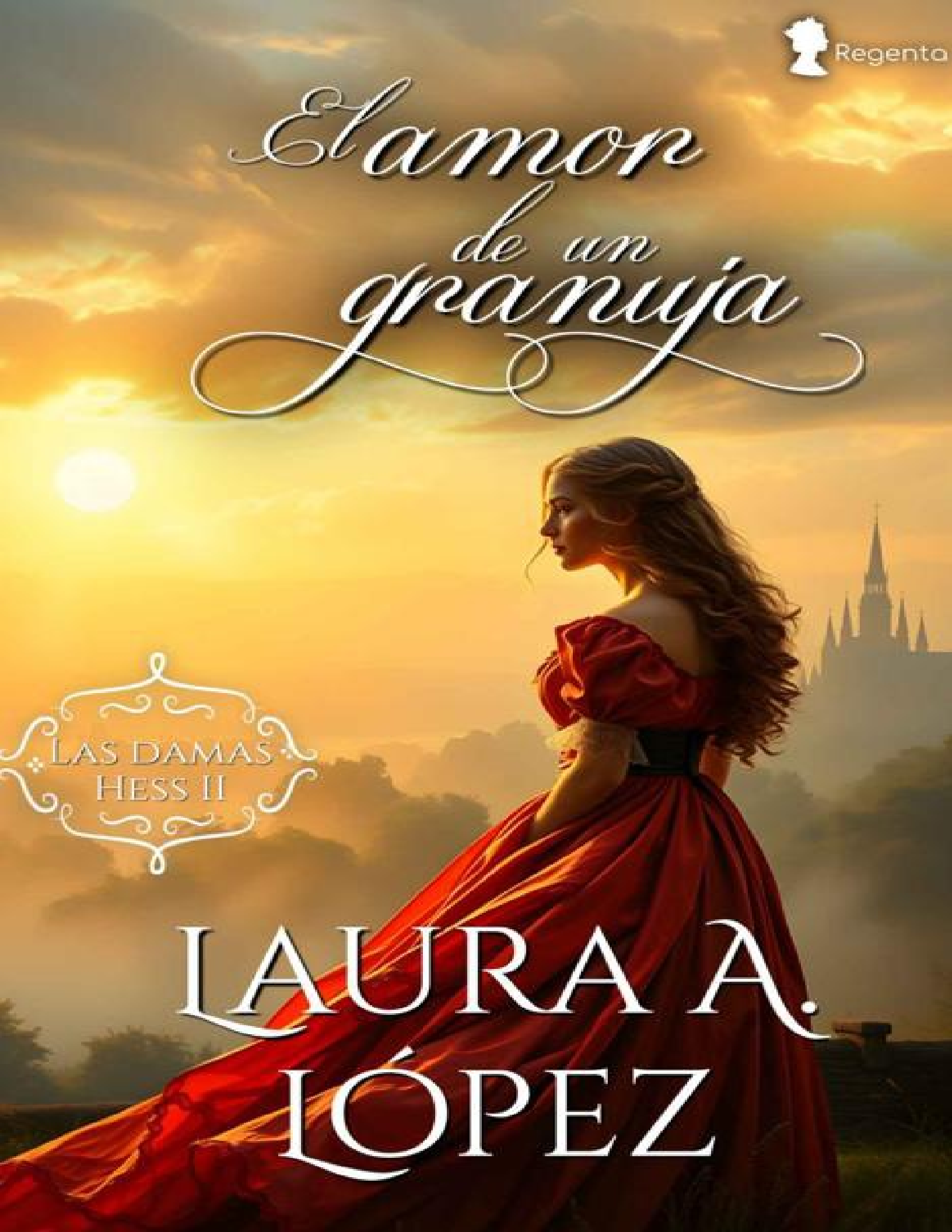
Regenta

El amor de un granuja



LAS DAMAS HESS II

LAURA A. LÓPEZ

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Conoce la próxima novela serie Las damas Hess
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó La promesa de un majadero, podría gustarte…
Biografía

El amor de un granuja

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2503021004753**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Los gritos y reproches no se hicieron esperar al llegar a Autum Hall. Llegaban de otro baile en el que Frances Hess, que estaba en su primera temporada, humillaba a los hombres que se acercaban atraídos por su belleza.

—¡Si sigues de esta manera sepultarás a tus hermanas! —la reprendió su madre, la condesa viuda.

—Frances, es la segunda vez que lo haces, ¿qué está ocurriendo contigo? —increpó Mildred Hess, condesa de Cholmondeley, su hermana mayor.

—Son insoportables. Se creen superiores a nosotras solo porque ellos pueden heredar y saltar de flor en flor como les apetezca. Siempre se han acercado para humillarme, pero no me he dejado.

—¿Es por eso que usas el nombre de mi esposo para ahuyentar a esos caballeros?

—No tengo la culpa de que mi cuñado ya tuviera la pésima reputación de ser poco agradable.

—¡Habla con Frances, Daniel! —exigió su esposa que se cruzaba de brazos al ver que él se sirvió una copa de whisky.

—¿Qué quieres que le diga a esta sorda, querida? No me escuchará, de hecho, ninguna de tus hermanas conoce la palabra escuchar —respondió Daniel, el conde de Cholmondeley—. Le he dado ropa, joyas y todo lo que pueda tocar, pero no hago milagros, no puedo dotarla de inteligencia.

—¡Tú eres igual que ellos! —lo señaló su cuñada.

—Baja ese dedo si no quieres que lo mande cortar como lo haré con tu mensualidad por espantar a la gente, Frances. Escucha una cosa y lo repetiré una sola vez. No quiero a ninguna de ustedes solteras, para mí son un problema. Con las únicas que tengo una obligación es con mi

adorada esposa y mi suegra. Tú y las otras siguen aquí porque Mildred las sostiene, pero si de mí dependiera, estarían limpiando casas. Baja de esa nube en la que vives si no quieres que te baje prohibiéndote más cosas.

—¡No lo entiendes! —masculló arrojando su ridículo al piso de manera caprichosa.

Su familia la miró abochornada. Estaban aliviados de que fuese en la residencia y no en otro sitio en donde otros nobles pudiesen ver su comportamiento errático.

—Ve a tu habitación —ordenó la condesa, cansada.

Frances sabía que no podía continuar exigiendo ni diciendo nada. Nadie le creería. Cogió su ridículo que había arrojado al suelo y lo llevó consigo, no sin antes mirar a todos con ojos amenazantes.

—Que me valga el infierno. No tengo miedo de su mirada —confesó Daniel dándole un sorbo más a su whisky.

—Hay que castigarla —pidió la condesa.

—A estas jovencitas lo último que les importa son los castigos que podrían recibir. El desacato está a la orden del día y es considerado un crimen el pensamiento crítico. —El conde negó con la cabeza.

—No hace falta que escuchemos lo que ya sabemos, Daniel —lo reprendió Mildred, preocupada.

—No puedo dejar a todas tus hermanas en Newgate, querida. Ese lugar es para Penélope, aunque es cierto que debemos hacer algo por Frances antes de que no podamos controlarla. Es un peligro para las otras tres que si la ven comenzarán a emular su comportamiento incoherente.

—Es lo que no queremos. Necesitamos saber qué ha ocurrido con ella para que comenzara a comportarse como si nunca hubiese recibido ningún tipo de educación —resaltó Mildred.

—Es culpa de tu esposo, estoy segura —acusó la condesa.

Los ojos de Daniel se abrieron con sorpresa al escuchar la absurda acusación de su suegra.

—¿Qué tengo que ver en el pésimo ejemplo que han recibido sus hijas en sus encuentros clandestinos con el señor Sinclair? Debería admitir su culpa.

La condesa se sonrojó y negó con la cabeza.

—Eso no existe. Lo que digo es que el preceptor es el problema. Le ha enseñado cosas que las niñas no deberían saber —acusó.

—No creo que le enseñara a humillar a los caballeros. Esa niña está pensando en algo de manera equivocada y yo no voy a averiguarlo, la castigaré y después arreglaré un matrimonio.

—Daniel, eso es algo extremo. Quiero que mis hermanas encuentren la felicidad con la persona que escogieron...

—¿Prefieres cuatro hermanas solteras o una casada por conveniencia e inteligencia? —interrogó Daniel.

—Si lo pones de esa manera, la decisión es la que sugieres. —Mildred se rindió. No podía salvar a Frances de sus propias tonterías. Su esposo se esforzaba para que sus cuñadas tuviesen una gran vida; sin embargo, el boicot de Frances podría llevar a las demás a una situación de incertidumbre en el futuro y no era lo que necesitaban después de haber conseguido la estabilidad con el matrimonio de ella con el heredero de su padre.

Mientras ellas seguían discutiendo, Frances llegó a su habitación y se quitó las joyas al igual que las horquillas frente al espejo. Frunció el ceño con molestia mientras se observaba y arrancaba todo con rabia. Después se detuvo y recordó a lord Rotterdam, alguien a quien en un principio ella consideraba el candidato ideal para poder conquistar; no obstante, no todo lo que brillaba en el mundo era valioso. Lo oyó hablando con otro amigo cuando pasaba cerca y aquellos no se dieron cuenta.

—¿Has notado la belleza de lady Frances Hess? —indagó el amigo de lord Rotterdam.

—¿La cuñada de lord Cholmondeley? —Lord Rotterdam bufó—. No ha parado de decir que es su pariente. Se lo ha dicho a medio condado. Es bonita, pero no deja de ser despreciable. Se

cree valiosa, pero no es más que una noble rural, no es nada comparada con las jóvenes londinenses.

Oír esas palabras le habían dolido. Presumía de su cuñado porque era un hombre con una gran reputación en el condado y fuera de él, solo que lord Rotterdam no soportaba que alguien lo superara. Su amigo lo había apoyado, dejando su autoestima por debajo de lo necesario para continuar con tranquilidad esa noche. Desde aquel momento su percepción del mundo del matrimonio había cambiado, no era tan sencillo como decía la señorita Carlington, esto era una verdadera guerra y ella no estaba dispuesta a perder. El caballero que se fijaría en Frances lo haría por lo que era y no por lo que creían que debería ser.

Después de escuchar eso se prometió que no importaba el hombre que conociera, nadie más hablaría así de ella. Frances podía creer que quizá fuese un poco pedante, pero las palabras de lord Rotterdam eran absurdas y parecían más consolarlo a él que ofenderla a ella.

El sonido de unos golpes en la puerta interrumpió la rabia de Frances, acto seguido entró la doncella que se encargaba de su madre, hermanas y ella.

—Buenas noches, milady, ¿necesita que la ayude? —curioseó la doncella.

—Sí. Quiero acostarme a dormir. ¿Y mi madre?

—Está discutiendo con milord y milady en el salón. No han dejado de hablar de usted. Debería prepararse para mañana y tener una coartada para su comportamiento.

—¿Has oído lo que han dicho?

—Sí, también Diana lo ha oído, solo que sus hermanas no saben del asunto. Créame que su situación en la casa cambiará. Su cuñado tomará medidas en su contra.

—¿Qué medidas puede tomar? Deshacer su matrimonio con Mildred es imposible a estas alturas y más con un hijo que claramente es suyo.

—Él ha pensado en concretar un matrimonio para usted por el bien de sus hermanas. Dicen que su actitud puede poner en peligro el futuro de las demás.

—Es que ellos no entienden. Los caballeros son malos.

—Lo que ellos creen es que usted es petulante y engreída, al menos es lo que han podido notar por su actitud. Si tiene algo que decir sería bueno explicarlo.

—No tengo nada que decir, Sarah. Este es un asunto íntimo, pero considero que todavía puedo conseguir que lord Rotterdam ruegue por mi afecto por más que me dejara tan mal parada y que sus palabras me dieran una rabia inimaginable, produciendo en mí una furia incendiaria contra cualquiera que tuviese pantalones.

—¿Por qué se aferra a lord Rotterdam si es alguien tan despreciable?

—Porque nadie rechaza a la cuñada de Cholmondeley y sale ileso de la situación. Quiero conseguir que él venga a mí para poder rechazarlo, es una cuestión de orgullo. Después de esa pequeña y merecida venganza buscaré un buen esposo.

—Se arriesga demasiado, milady, esto puede comprometer su futuro y también el de sus hermanas. En eso ellos tienen razón.

—Tal vez la tengan, pero haré lo que desee y no me dejaré llevar por la empatía hacia los demás. La ofendida aquí he sido yo y nadie puede cambiarlo y tampoco pueden pedir que no quiera una pequeña venganza que compense el mal momento que ese caballero me ha hecho pasar. Mis sentimientos han sido golpeados y mi enorme orgullo herido.

—Ay, milady, en verdad temo que su familia la castigue y la obliguen a casarse.

—¿Qué tan malo puede ser que me consigan un esposo si todo lo que quiero hacer fracasa? Puede ser un gran premio conseguir a alguien que me soporte. De hecho, es una solución perfecta para todos.

Sarah negó con la cabeza ante la tontería de Frances que se había vuelto la más irrazonable de la familia en los últimos años. El nuevo estatus de su hermana mayor y a la vez el de ellas como cuñadas de alguien como Daniel se le había subido a la cabeza, además de tener mejores presentes que sus hermanas por estar más cerca de su debut, aparte de que la dejaban beber un poco más de vino. La habían consentido más de lo debido y eso llevaba a tener un par de fricciones con sus hermanas menores, en especial con Penélope, que era la próxima en debutar.

Aquella se sobaba la mano como una mosca al tachar un día más que estaba cerca de tener lo mismo que ella, aunque sin menos ambiciones, porque Penélope decía que no quería complicarse la vida y que un matrimonio conveniente era lo ideal, algo que Mildred no apoyaba, aunque a su esposo le hacía sentir tranquilo deshacerse de un insecto más de su telaraña.

Después de que la doncella se fuera, Frances se acostó en la cama y apagó su lámpara. Miraba al techo pensando en lord Rotterdam, el hombre del que estaba enamorada. A veces los sentimientos no eran tan confiables. Tal vez a su madre y a Mildred les había salido bien casarse por amor, pero a ella parecía que no le ocurriría. No quería contarle a nadie más que a Sarah cómo se sentía. La humillación era terrible, pero no se rendiría. Lo intentaría hasta que lord Rotterdam la odiara más o terminara irremediablemente enamorado, ¿qué podría perder en el intento?

Cuando despertó en la mañana y se preparó para bajar al desayuno, su madre la esperaba en la puerta de su dormitorio con los brazos cruzados.

—Frances, tenemos que hablar —dijo con seriedad.

—No hay nada de qué hablar, lo sé todo. Piensan castigarme y buscarme un esposo conveniente. No estoy en contra de eso. —Frances se adelantó a su madre.

—No puedes desafiar a tu cuñado, no te atrevas a hacerlo, porque no quieres conocerlo enfadado.

—Él es como un tierno gatito desde que se casó con Mildred, no tengo miedo de lo que pueda decirme.

—¿Tierno gatito? —increpó con el rostro oscurecido por la ira.

La joven cuñada de Daniel palideció.

—¿Dije gatito? —preguntó queriendo parecer simpática frente a su cuñado. Debía aprender a cuidar sus pensamientos para que no salieran por su boca.

—También tierno.

—Oh, no, no, no —negó Frances con una sonrisa nerviosa—. Eres un tigre gruñón.

—Es un poco tarde para cambiar, Frances. Estás castigada. Todas tus joyas y vestidos de temporada serán requisados.

—¿Qué? No… Espera, Daniel. No estaba pensando con claridad. Es temprano y mi sentido común no ha despertado del todo.

—El sentido común es el sentido menos común en esta casa. Aprenderás a cuidar tu espalda y el de tus hermanas. Todo lo que haces tiene consecuencias buenas o malas para todas. No puedes arrastrarlas a tu fango y si caes, lo harás sola y estarás muerta para todos nosotros.

Capítulo 2

Miró a su madre para que pudiera ayudarle en lo que estaba ocurriendo, pero aquella asentía para asegurar que eso que decía Daniel era lo necesario.

—Subestimaste mi castigo, ¿verdad? Tierno gatito… —Rio Daniel—. Fuiste engullida por tu propia confianza, Frances. Irás a cuatro bailes en esta región y en todos ellos aprenderás la humildad sin tus joyas y vestidos fastuosos. Después irás a Londres con nosotros para que te conozcan mis amistades, a lo mejor uno de ellos es lo que necesitas.

—¿Cuatro bailes? ¡Esto es humillante! —se quejó.

—Pueden ser más si sigues reclamando algo a lo que no le veo sentido, Frances —siguió Daniel—. La condesa y Mildred se encargarán de sacar lo más resaltante de tu habitación. No volverás a comportarte con malicia solo porque alguien tan joven e inexperto como lord Rotterdam te ha impresionado. Oye, me decepciona que eligieras a alguien con la visión tan corta como él. Ser conde no lo convierte en alguien respetable. Es tan engreído como tú, a veces creo que se merecen.

Ella hundió sus uñas en su piel. ¿Cómo Daniel sabía sobre lord Rotterdam? Debía tener alguien que la espiaba, un informante o tal fuera la misma Sarah traicionando su confianza.

—Ahora sabes que el respeto es importante, Frances. Te comportarás como debes porque es tu obligación.

El cotilleo sobre el castigo de Frances había llegado a oídos de sus hermanas quienes, zalameras, comenzaron a intentar ganar los favores de Daniel para no caer en desgracia como ella. Penélope se ofreció a pintar al caballo de su cuñado, mientras que Hannah propuso un concierto en el pianoforte y Alethea se comprometió a buscar tantas flores como le fuesen posibles para que Mildred estuviese contenta. Esas actitudes a Frances le daban asco, pero entendía que todas querían salvarse, ninguna quería ser arrastrada por su caída, eran una manga de convenencieras, pero con comportamientos comprensibles ante su desgracia.

—No sabía que alguien podía ser tan tonta —se burló Penélope, que tenía un lienzo frente a

ella.

—Lady Penélope... —la reprendió la señorita Carlington para que no molestara a Frances que estaba ahí con un libro en la mano, pues su madre y su hermana mayor estaban cumpliendo con la orden del conde.

—Ella está deseando que nuestro cuñado regrese a su casa, pero todos sabemos que nos esperan meses muy largos a su lado —alegó Hannah que estaba completando un castigo en su cuaderno, siendo supervisada por el preceptor, el señor Kepler.

El sonido de la fusta del hombre en la mesa hizo que la joven continuara.

La más pequeña seguía escribiendo con presteza para que no terminara con un golpe en la espalda.

—Creo que Frances ha desperdiciado sus oportunidades y, ahora, está perdiendo sus privilegios, esos mismos que te cegaron para creerte superior a todas nosotras, cuando somos iguales —continuó Penélope.

—No querrás verme cuando me case con alguien importante. Te aplastaré, Penélope —espetó Frances, amenazante.

—Primero quiero ver que tengas un solo pretendiente. Me dejaré aplastar con gusto cuando lo vea llegar aquí...

—Es suficiente, lady Penélope, retírese a otro lugar —ordenó la institutriz.

—Por supuesto, tal vez la estupidez sea contagiosa. —Cogió su caballete, su lienzo y sus pinturas antes de retirarse.

—Está cosechando lo que sembró, lady Frances —habló el preceptor. Creyó que sería sencillo humillar a los caballeros, pero olvida que quien la mantiene es uno. Debería ser más cuidadosa con sus cosas.

—Continuaré de la misma manera, señor Kepler. Uno que no sea un engreído caerá en mi red.

***

Robert Preston, marqués de Winchelsea, estaba entusiasmado con la nueva aventura en otro condado. Después de regresar a Londres por un inconveniente que tenía que ver con su madre y las preocupaciones sobre su exprometida, que él había querido alguna vez y que se había terminado casando con otro, pero no quiso escuchar nada de ella e instó a su madre a guardar silencio, consideraba que otro viaje era la mejor opción. Yorkshire fue un excelente lugar para vivir por un par de semanas, mas lo mejor había sido alejarse por la paz de cierto caballero que creía que él se arrojaría a los brazos de su amada; sin embargo, aquel poco sabía quién era en realidad.

Le encantaba pasearse por toda Inglaterra, conociendo lugares y solo lo hacía con su cochero y un poco de dinero. Su carruaje no tenía blasón, por lo que cualquiera creía que era un hombre rico que viajaba por placer. No estaban del todo equivocados, solo que no quería contar que era un marqués, eso sería como arruinar su experiencia nómada. Las personas no veían con buenos ojos a los nobles como él, a los que juzgaban como caprichosos e irresponsables. Cuando no estaba en su casa oficial, su administrador estaba capacitado para encargarse de que todo funcionase sin inconvenientes. Robert podía tardar todo el tiempo que quisiera en sus viajes. Lo único que le hacía regresar era su madre, que lo amaba y lo extrañaba. Siempre le decía en dónde podía encontrarlo por si lo necesitaba.

Años atrás una de sus visitas a Londres se debió a que ella había tenido un colapso al enterarse de que «la prometida de su hijo» se casaría con otro y aquella debía saber la razón exacta. No había querido decirle nada, pero la situación lo requirió y tuvo que confesar que aquella fue encontrada con un hombre en una situación comprometedora durante un baile al que él no acudió por dedicarse a administrar personalmente sus propiedades. Después de esa decepción y fracaso tan grande, decidió hacerse nómada y no aferrarse a nada. Recordaba que Julie le había pedido perdón de rodillas, pero su corazón se había enfriado. Robert no quería formar parte del escándalo y la dejó en libertad.

Con el desamor a cuestas comenzó su aventura por Inglaterra para olvidar con lentitud lo que había pasado. Nunca preguntó por ella y la gente tampoco le contaba nada, porque él cortaba todo de raíz sin posibilidad de escuchar algo que no le importara. Con los años olvidó aquello, pero el gusto de no tener arraigo permanecía.

—Hemos llegado a Cheshire, milord —anunció su sirviente—. Me dijeron que a unas millas de aquí hay una posada.

—Es perfecto —dijo Robert sin sonreír, se sentía feliz, pero sus expresiones faciales no decían mucho. Llevaba tiempo sin gesticular sus emociones. Trató de aprender una sonrisa graciosa de lord Northland en Yorkshire, si veía a una joven tal vez volviera a ponerla en práctica.

Consideraba que la posada le ofrecería lo mismo que las anteriores, aunque a él lo que le interesaba era conocer lugares y en ocasiones a la gente que vivía por los alrededores. Evitaba en lo posible los bailes en los que estaban personas de su mismo estatus social por varios motivos: la falsedad y también que alguien lo reconociera, ya fuera por ser el prometido engañado o el marqués de Winchelsea. Si eso ocurría, tendría que mover su trasero a otro condado, dejándolo sin muchas oportunidades para divertirse. Esperaba tal vez conseguir alguna distracción como mozo o algo similar, sería interesante. Siempre le gustaba escuchar las anécdotas de las personas que trabajaban en las caballerizas. La gente se cohibía cuando sabían que él era un marqués, no contarían lo que ocurría con la misma sinceridad y jocosidad. Por eso le encantaba quedarse en posadas y lugares de mala muerte, porque ahí estaba la diversión. Así conoció a su último amigo.

Al llegar a la posada se dio cuenta de que era un sitio plagado de aristócratas, algunos estaban experimentando en los bailes de los condados. Para él no había mucho que hacer, no se disponía a buscar nuevas amistades o ir a bailes, eso sería demasiado aburrido y tan conocido que le daba náuseas. Prefería estar alejado de ese mundo de traiciones.

El cochero bajó del carruaje para hacer averiguaciones de disponibilidad, regresó con prisa hasta el marqués y golpeó la portezuela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Solo tienen una habitación disponible, ¿la aprovechará?

—Sí. Tendré que mimetizarme con el ambiente de hipocresía que de seguro existe aquí.

—Entonces bajaré sus baúles para que podamos meterlos en la habitación.

Robert bajó de su carruaje y fue hacia la entrada. Él creyó que fuera de la posada estaban los

aristócratas, pero dentro estaba peor. Al entrar, lo miraron con curiosidad, pues querían saber de quién se trataba. Solo inclinó la cabeza, reservó la habitación y después fue hasta ahí en compañía de su sirviente.

Al entrar al dormitorio, suspiró y se sentó en la cama.

—Espero que la gente no me hable —habló molesto.

—Considero que la época del año no es muy propicia para ser asocial, señoría.

—Es cierto, pero trataré de conversar lo menos posible.

—Es lo más razonable. ¿Se le ofrece algo más?

—No, puedes retirarte.

—Que descanse, su señoría.

Aquel hombre se retiró y Robert pudo acostarse en la cama. Después de descansar se dedicaría a ordenar sus prendas en el armario de la habitación.

No tardó mucho tiempo en quedarse dormido. Había probado tantas camas que evitaba compararlas para no extrañar lugares. Ser nómada no era tan fácil, al menos al principio y más por las razones por las que él se había iniciado en eso. Desarraigarse fue la forma que encontró para sobrevivir a la humillación de la traición, algo que lo había dejado incapaz de hacerle escoger a una dama por causa de la desconfianza.

Cuando despertó todo estaba oscuro, la noche había empezado, por lo que debía comenzar a buscar algo para comer. Bajó las escaleras de la posada y fue hasta el comedor que se encontraba casi vacío, una imagen que distaba de la muchedumbre horas atrás cuando había llegado. Eso le dio cierto alivio.

—Oye, nos falta uno para completar un juego de cartas —dijo un hombre dirigiéndose a Robert.

—Gracias, pero no me apetece... —correspondió respetuoso antes de pedir algo para comer.

El que propuso el juego no se había dado por vencido, al ver que Robert esperaba su cena, sentado en un rincón, con una copa de whisky, se acercó.

—Me ofrezco a pagar lo que consuma para completar mi juego. Somos solo tres y nos falta alguien. ¿No le parece divertido? —insistió.

—Por el momento no, me siento cansado —respondió con cierta antipatía, aunque con educación.

—Insisto. Hoy no ha sido un buen día para salir. Aquí hay días buenos y malos. No hemos conseguido una invitación y estamos aburridos. —Señaló a sus amigos—. Soy lord Rotterdam, hemos venido desde Londres para conocer a jóvenes nuevas e interesantes... Puedes llamarme Luke.

—Lamento que se aburra. ¿Puede aburrirse lejos de mí?

—Oiga, aquí... ¿Cuál es su nombre? —se dirigió a Robert.

—Robert...

—Oigan aquí, Robert no es alguien sociable —pronunció ante sus amistades—. Después no venga a querer jugar unas partidas por diversión. Le diré que se aburra en otro lugar. No debería comportarse como un ogro. Somos personas divertidas. Tal vez la brecha de edad es lo que nos separa...

Los ojos de Robert se posaron en lord Rotterdam y, entendió que sí existía una brecha de edad, pero tampoco era tanta. Él quizá tuviese unos veinticinco años, solo cinco menos que el mismo Robert.

—Tampoco exagere con la edad...

—Entonces permítanos jugar con usted. Se divertirá, lo prometo. Si no es así, le devolveremos su dinero de la cena...

—No hago apuestas de dinero...

—Ese no es problema. Aquí solo apostamos nuestra dignidad, Robert...

La sonrisa locuaz de lord Rotterdam hizo que Robert se sintiera un poco arrepentido de seguirle el juego, pero debía admitir que le gustaban las cartas, el ajedrez y cualquier otro juego en el que tuviese que pensar para pasar el tiempo.

Cenó con tranquilidad, rodeado por sus nuevos amigos que no dejaban de hablar. De vez en cuando, Robert esbozaba un leve estirón en sus labios, deseaba carcajearse al oírlos hablar de varias damas e incluso emularlas.

—¡Ajá! Y la peor de todas, el broche de oro es para lady Frances Hess... —declaró Edward, uno de los acompañantes de lord Rotterdam.

—¡Déjame a mí que interpretaré ese papel! —exclamó, lord Rotterdam—. Mi cuñado es lord Cholmondeley, un hombre muy importante, casarse conmigo es un gran privilegio. Si no tienen lo necesario es mejor mantener la distancia de la gente de poco valor.

Los tres rompieron en carcajadas, mientras Robert intentaba comprender quién era la joven que estaba en el centro de las burlas.

Capítulo 3

Robert no comprendía la burla de esos caballeros, pero entendía que se referían a una dama que se creía mucho.

—¿Quién es lady Frances Hess? —curioseó Robert, haciendo que los otros varones lo rodearan, queriendo cada uno dar su propia versión de ella.

—Es una víbora —resaltó Edward que se lo dijo muy cerca de su oreja.

—¿Víbora? No, es una arpía maliciosa e insurrecta —alegó Luke, malicioso.

—Es una yegua mala —opinó Rick, el último amigo de lord Rotterdam.

Los tres coincidían en algo: que esa dama era despreciable, para nada memorable, aunque Robert deseaba saber la razón por la que ellos se burlaban tan abiertamente de ella.

—¿Por qué se han ensañado con ella? —inquirió el marqués, esta vez interesado en el asunto. Era tan curioso como cualquier otra persona. Un poco de cotilleo no le hacía daño de vez en cuando.

—¿Ensañarse? Ella ha sido despreciable con la mayoría de los caballeros y, a medida que avanzan los días, su comportamiento es aún peor. Cree que nadie está a su altura —respondió Luke.

—¿Tiene mucho dinero?

—Ella no, pero su cuñado sí —contestó Rick, haciendo reír a todos, incluso a Robert, que trataba de no ponerse de un lado de la situación. Quería sacar sus propias conclusiones y no tomar las opciones ajenas como válidas.

—Eso tiene mucho sentido —afirmó Robert para que ellos siguieran contando más—. ¿Una ronda más de whisky?

—¡Por supuesto! Oye, Robert, tú eres alguien que sabe divertirse, aunque de manera extraña —dijo Edward, sonriente.

—Es que ustedes son animosos. ¿Esa dama es bonita?

Los tres se miraron y sonrieron con cierta complicidad.

—La verdad es que es preciosa —confesó Luke—. Creo que la primera vez que la vi, la juzgué mal, aunque lo que tiene de belleza, lo tiene de insoportable... Dicen...

—¿Dicen? —lo cuestionó Robert.

—Sí, pues no me consta más que los chismes alrededor de ella —correspondió lord Rotterdam.

—Entonces, ¿ninguno de ustedes sabe si los chismes son algo real?

—Mmm... No, pero hemos presenciado situaciones. Le he dicho a Luke que se acerque a lady Frances, pues se ha filtrado la información de que ella está interesada en él —contó Edward con aire cómplice.

—Qué afortunado, lord Rotterdam. Una dama engreída y bella. Eso no se consigue en muchos lugares —resaltó Robert queriendo incitar al cotilleo.

—Me siento halagado, pero no dejaría que nadie golpeara mi orgullo. Todavía soy joven, pero no un tonto. Robert, ¿qué te parece si tú nos cuentas cómo es ella? No te conoce, puedes ser la carnada perfecta.

—Caballeros, he venido a Cheshire buscando paz, no un problema con una dama cuyo nombre grita la palabra «problema» por todos sus poros.

—¿Y si apostamos? —preguntó Luke.

—¿Apostar qué? —inquirió el marqués.

—Quién de nosotros se acercará a ella para corroborar lo que se dice y lo que se ve, aunque

la sabiduría milenaria insinúa que eso que se ve no se pregunta. —Luke había encontrado algo novedoso y atractivo para apostar, algo que no fuese dinero—. ¿Están de acuerdo? ¿Qué dices, Robert?

Esa pregunta de lord Rotterdam era un poco tentadora. Divertirse no era algo que hacía con frecuencia. Además, no le haría daño a nadie comprobando lo que se decía sobre la famosa lady Frances Hess. Trataría de no llegar con la mente nublada hasta ella para darle el beneficio de la duda. Si quería averiguar qué había detrás de la joven y de su extraño comportamiento.

—Acepto.

Los otros festejaron ante el rostro de seriedad de Robert. Él no tenía otra cara por más que estuviera divirtiéndose.

Terminó con su cena y se unió a ellos para comenzar con el juego. Después de los primeros minutos, se dio cuenta de que aquellos caballeros eran duros de roer con las cartas. Tenían menos edad que él, pero al parecer el doble de horas de repartija.

Habían acordado que, el mayor perdedor de cuatro juegos sería el caballero que se enfrentaría a lady Frances Hess sin morir en el intento. Robert había perdido el primer juego, pero para él eso significaba un poco de calentamiento; sin embargo, las cosas se complicaron cuando al final de las partidas, los cuatro habían perdido en la misma cantidad. Solo quedaba un desempate.

—Qué desafortunados. Debemos desempatar esta situación, salvo que alguien se ofrezca para ir como un héroe... —habló Rick, burlón.

—Saldremos y nos colgaremos de una rama. El que caiga primero será el elegido —decidió Luke. Ese sería el reto para que pudieran solucionar el asunto.

Salieron de la posada y observaron la oscuridad que los rodeaba. Edward fue a buscar una lámpara para buscar la mejor rama posible, mientras que Robert negaba con la cabeza. Él era un hombre maduro para andar en esas situaciones tan embarazosas que correspondía a jovencitos que descubrían su sexualidad. Se consideraba una persona demasiado seria para esto.

—Lo haré yo. Dijeron que soy el señuelo perfecto. La conoceré por ustedes... —se ofreció

con tal de no hacer tonterías y de paso que vieran su nulo estado físico.

—Eres valiente, todo un héroe —lo alentó Rick, sonriente.

—Los héroes son los únicos que no disfrutan de una victoria, Robert. Esperemos que salgas con bien —alentó Luke que le dio la mano para sellar el trato.

Ellos no sabían que él había sobrevivido a una gran traición años atrás e involucraba a una dama con esas características. Julie fue una preciosa debutante, aunque un tanto pretenciosa. Rechazó a muchos por un marqués, no lo escogió por amor, sino por un gran estatus que podría ofrecerle. En cambio, Robert estaba perdidamente enamorado de la sensación de la temporada. Tenía la edad de lord Rotterdam y, pese a su inmadurez, no dudó en seguir su corazón y eso fue lo que le hizo fracasar. Julie prefería las aventuras con un conde conocido por ser un libertino. No dudó en arriesgar su reputación y el buen nombre de su prometido para conseguir un poco de atención. De nada servían sus lágrimas, pues jamás le volverían a conseguir el título de marquesa.

***

Su primera noche despojada de sus cosas no le había arrebatado su confianza. Las joyas solo ayudaban a realzar lo que ya tenía. Sacándole sus vestidos más elegantes y las joyas no habían logrado mucho.

—Esta noche esperamos mucho más de ti, Frances —pronunció Mildred que confiaba en que su hermana encontraría su buen juicio en cualquier momento.

—Pudieron arrebatarme todo, pero hay algo que no han podido y es que soy pariente de lord Cholmondeley... —alegó sin haber aprendido la lección.

—¿Por qué no me sorprende? Puedes seguir burlándote, Frances, pero las cosas no te saldrán bien ni si mencionas que eres la hija del rey —afirmó Daniel que miraba a través de la ventana del carruaje.

—Tú me castigas y yo lo haré contigo, Daniel —advirtió con malicia en sus palabras.

—Ajá. Creo que ya he descubierto lo que has hecho y, como yo soy mejor castigando el

doble, no solo arreglarás el problema, limpiarás las caballerizas si has hecho lo que pienso.

Frances se veía acorralada con las advertencias de su cuñado. Tendría que recoger su pequeño desorden después de un momento de rabia y locura por el castigo. No le parecía justo lo que habían hecho con ella.

Cuando llegaron al salón, Frances evitó sentirse inferior sin sus joyas. Su vestido no era tan malo. Era evidente que ella había tratado de compensar su falta de brillo con más horquillas en el cabello. Pese a que su cuello estaba vacío, tenía pensado hacerlo resaltar de cualquier manera posible. Alzó la barbilla y sonrió con suficiencia.

—No olvides ser encantadora —se burló su cuñado.

Ella solo le dedicó una mirada antes de ir hacia la mesa del tentempié. Desde ahí observaría el salón para fijarse si lord Rotterdam se encontraba ahí. Para su mala fortuna aquel no estaba y para variar su poca suerte, solo había gente a la que ya había humillado, por lo que le esperaba una noche triste sin algún incauto con el que pudiera conversar y que desconociera lo que había hecho hasta que le resultara desagradable y decirle un par de cosas.

Esa fue la noche más aburrida de su vida. Lo único que había hecho era comer y beber. Las tres copas recomendadas habían sido triplicadas y se sentía más animada que de costumbre. Se juntó con un par de damas y se puso a hablar sobre cualquier cosa, dándole alas a aquellas que hablaban sobre el atractivo de Daniel que, pese a su rostro serio y poco agradable seguía arrebatando miradas en las mujeres, aunque Frances sabía que el corazón de ese hombre le pertenecía a Mildred, siendo más fiel que un perro.

—Es probable que les guste ver a mi querido cuñado, pero, damas, él no enviudará, al menos no pronto. Han llegado tarde —musitó—. Además, no creo que sea un lujo tener a Daniel en la familia, es un individuo irascible, quejoso y desagradable.

Las mujeres que le acompañaban le dedicaron una risa nerviosa después de escuchar esas palabras. Entonces, Frances cerró los ojos con fuerza, ya sabía lo que ocurría.

—Está detrás de mí, ¿cierto? —Hizo una mueca y vio ahí a su cuñado.

—Irascible, quejoso y desagradable, ¿qué más tengo que saber, Frances? —curioseó

enfadado.

—Daniel, era un pequeño, un diminuto chascarrillo... —Ella intentó justificarse para salvar su pellejo.

—Sí, por supuesto. Te entiendo, es por el alcohol. Mis estimadas damas, lamento tener que robarles a mi cuñada. Tiene problemas con la bebida. Con permiso... —Daniel la tomó del brazo para sacarla de la fiesta y la ayudó a subir al carruaje.

Frances cerraba los ojos sabiendo lo que ocurriría. Estar un poco mareada por la bebida no la salvaría de que la desplumaran como a una gallina muerta, también, debía recordar colocar las cosas que movió en el orden correcto, antes de que su cuñado terminara enviándola lejos de su familia. Cuando él se enfadaba, muchas cosas podían ocurrir. Recordaba el día en que llevó a Penélope y le enseñó la prisión de Newgate: «Si sigues así, aquí es en donde acabarás». Consideraba que esa experiencia fue suficiente para darle una lección a su hermana, tal vez por eso no hacía tantos berrinches como antes, diciendo que se casaría con la persona que Daniel propusiera, porque sabía lo que le convenía a ella y la familia.

De cierta forma tenía razón. Daniel solo quería que fueran buenas personas sin intentar tomar el lugar de un padre. Él sabía que era el tutor y esposo de Mildred, no quería más responsabilidades que esas. Era suficiente con estar presente, aconsejar e intentar corregir el comportamiento descarriado que adquirieron con los años y el alboroto de las hormonas.

Cuando Mildred subió al carruaje, fijó sus ojos en Frances. Aquella no se cansaba de dar un disgusto tras otro.

—Hablaste mal de mi esposo —pronunció Mildred, molesta.

La condesa viuda y Daniel subieron detrás de Mildred, mientras Frances cruzaba los brazos bajo el pecho.

—¿Querías que esas mujeres te robaran a tu esposo, Mildred? Lo defendí —justificó con serenidad.

—Haces una defensa extraña, Frances —acusó Daniel—. No necesito que me defiendas y menos de mujeres, sé hacerlo solo, las repelo con mi indiferencia, sin decir que nadie me interesa

más que Mildred. —Él cogió la mano de su amada y dejó un beso en el dorso.

—La tentación puede ser fuerte y traicionar a quienes amamos... —musitó jocosa.

—Eso es para la gente sin lealtad, Frances. A mi esposo le sobra, tal vez a ti te escasee, pero no hables por los demás —la reprendió su hermana mayor.

—Lo siento, estaba aburrida —se disculpó avergonzada.

—Por supuesto que estabas aburrida. Nadie quiere estar con una mujer irrespetuosa y de mala reputación. ¿Qué haremos contigo? En Cheshire ya no tienes una sola oportunidad ni siquiera de pescar un resfriado —expresó su madre—. La gente te huía y las madres de esas jóvenes con las que estabas se abanicaban con desesperación al pensar que estarías dando consejos para que se hundieran contigo. Eres un fracaso, Frances.

Capítulo 4

Esas palabras cayeron como agua fría sobre Frances. Su corazón comenzó a palpitar por los sentimientos encontrados. No era un secreto que ella misma había puesto los clavos a su ataúd y las personas que estaban ahí, mirándola con gestos reprobatorios, solo querían su bienestar.

Guardó silencio, tratando de saber qué podía hacer para salvarse de la desgracia que acontecería si no se casaba. Esa noche fue reveladora porque le había mostrado que nadie la quería a su alrededor. Los hombres no eran perfectos, pero sabían bien con quién no arrimarse. Frances comenzaba a sentirse como una horrible plaga de la que pronto su propia familia se desharía por el bien de las otras.

La joven rebelde fue la primera en abandonar el carruaje, y en lugar de ir a su habitación, tuvo cuidado de que nadie la viera para entrar a la biblioteca. Lo peor era que no había anotado los lugares de los libros que había movido para molestar a Daniel. Se estaba arrepintiendo de su pequeña venganza.

—¡Eres una tonta, tonta! —se reprendió a la vez que trataba de ordenar todo, pero al parecer las cosas no iban así. Mildred y su esposo habían tardado semanas en ordenar e inventariar aquello. Si la pillaban, su tiempo en esa casa estaba contado.

La puerta se abrió y ahí vio a Humbert, el sirviente del conde. Ella se quedó helada al verlo ahí, eso no era algo bueno.

Cuando Humbert la vio con esos libros entre las manos, él se compadeció de ella. Ese era un acto criminal e irreverente que el conde no podría perdonar con facilidad. Podría quizá pensar en perdonar a su esposa por un desliz de esa magnitud, pero a su cuñada jamás, no era tan compasivo.

—Veo que se ha metido en un problema. La dejaré sola para ver si lo soluciona —dijo queriendo retirarse.

—¿Puedes ayudarme, Humbert? Me he complicado sola.

—Milady, quiero conservar mi trabajo. Usted intente conservar la cabeza...

La puerta volvió a cerrarse y Frances cayó al suelo, derrotada. No sabía por dónde empezar. Debió ser más astuta y solo mover uno, pero el enfado pudo más que la razón. No estaba tratando con su madre que lo tomaría con humor, sino con su cuñado, conocido por ser un verdadero energúmeno, pero que por amor a su esposa soportaba a la familia.

Recordó cómo ese mismo día y con una sonrisa maliciosa quiso hacer su acto malvado sin pensar en las verdaderas consecuencias. Se arrepentía de ser tan impulsiva, pues lo único que lograría era acrecentar su sufrimiento. No quería un matrimonio arreglado, de corazón no lo deseaba. Algo le decía que lord Rotterdam era ese hombre. Joven, gallardo, bien parecido y suponía que era inteligente, además de contar con un título nobiliario, algo que ella codiciaba para estar a la altura de las ambiciones familiares. La sociedad suponía que por ser del campo se casarían con cualquiera; sin embargo, las damas Hess pensaban en grande. Les gustaba la buena vida a la que su cuñado las tenía acostumbradas, no podían buscar algo inferior a eso.

Pasó toda la noche intentando ordenar el desastre que había hecho, pero terminó empeorando la situación y una gran fila de libros cayó, sepultándola. En lugar de continuar, se rindió ante el sueño, creyendo que tendría la oportunidad de solucionar el problema antes de que todos despertaran.

Creer eso había sido su error y su condena. Un libro cayó sobre el rostro de Frances. Su cuñado estaba ahí, mirándola con desaprobación, al igual que Mildred, su madre, sus hermanas, la institutriz y el preceptor.

—Bonito despertar, Frances —pronunció Daniel en tono frío.

—¡Juro que lo solucionaré todo! —expresó con presteza, saliendo de debajo de todos los libros que le habían caído antes de rendirse.

—Eso no te salvará del castigo —se burló Alethea.

—Eres un problema, Frances —acusó Hannah cruzada de brazos, mirándola con impaciencia.

—Nos perjudicarás a todas. Eres ruin y egoísta —atacó Penélope.

Lo merecía, sí. Fue imprudente e inmadura. No podía esperar mucho de ellos.

—Ve a cambiarte, desayuna y ve al despacho —ordenó su cuñado.

No dudó en acatar lo que había ordenado él. Su madre la seguía de cerca, al igual que Sarah. Los sirvientes se quedaron junto a la puerta para escuchar, el asunto parecía divertirlos, pues Humbert ya le había contado que Frances estaba intentando arreglar la trampa en la que ella misma se había metido.

—¿En qué estabas pensando, Frances? No eres capaz de dar una, niña —la reprendió su madre que la ayudaba con el vestido.

—Hice una tontería, ¿de acuerdo? ¡Sé lo que hice! —asumió—. Basta. Haré lo que debo y es todo. Solucionaré esto con Daniel.

—Lo único que logras con esto es alejarte de tu familia. Quién sabe qué castigo te dará y no creas que Mildred será tu salvadora en esta oportunidad. Te has portado mal y asumirás las consecuencias de tus actos. Es posible que te lleven a Londres. ¿Es eso lo que querías? ¿Probar si podías poner a prueba la paciencia de quien nos da de comer?

—Ni siquiera él se da tanta importancia como usted le da, madre. Lo único que espero es que el castigo no sea tan riguroso.

—¿Piensas que no lo será? Hace tres años que pertenece a esta familia y aún no lo conoces. Debe estar pensando en qué castigo darte que sirva de ejemplo por si alguien más tiene la gran idea de un comportamiento como el tuyo.

—Sería mezquino de su parte hacerlo.

—Es mezquino, querida.

En el despacho, Mildred estaba en compañía de su esposo. Ella fue hasta ahí para convencerlo de que no quemara a su hermana en la hoguera.

—Querido...

—Ese tono condescendiente no deberías utilizarlo conmigo, sabes que no me gusta y que no solucionará nada. Si sigues así terminarás ordenando libros con tu hermana.

—Eres cruel, pero me parece justo que la castigues. No tengo palabras para justificar su actuar, Daniel.

—Menos mal que no sabes cómo, entonces ni siquiera lo intentes. La castigaré porque lo merece.

Tiempo después, la puerta del despacho se abrió y Frances, cabizbaja, entró al lugar.

—Estoy aquí... —anunció sin saber qué esperar.

—Te vemos, no somos ciegos. Sé que piensas que somos unos tontos de los cuales puedes burlarte. No dudo que tu madre y Mildred tal vez lo sean, pero yo no —dijo Daniel con determinación.

—Me disculpo por lo que he hecho...

—Es un poco tarde para arrepentimientos, pero nunca para tomar medidas más drásticas...

Esa frase le daba un mal presentimiento a Frances.

—Hice una rabieta de la cual me arrepentí y quise solucionarlo, es solo que fui más tonta de lo habitual y no he sido capaz de recordar el orden correcto —confesó—. Creí que podría tomar una pequeña venganza por el castigo que me impusiste.

—Escúchala, Daniel. Frances está muy arrepentida por lo que ha hecho. Además, no es tan grave, eran solo libros —intervino Mildred en favor de su hermana.

El suspiro del conde parecía ser uno de calma y serenidad.

—La verdad es que lo importante es siempre asumir los errores. Has hecho lo correcto al confesar lo que hiciste, Frances. No te castigaré —pronunció—. Estoy orgulloso de ti.

—¿De verdad? —indagó la joven, ilusionada.

—¡No! Eso es lo que tu cabecita insurrecta espera escuchar, pero la realidad es que de las veladas que te esperaban, solo te quedan dos para conseguir algo, al menos que alguien en este condado tenga compasión por ti para bailar una pieza o tomar una copa de vino y si consigues que te visite, te levantaré el castigo, te devolveré tus vestidos y joyas. La arrogancia debe desaparecer, Frances, te estás perjudicando y haciendo lo mismo con tus hermanas menores. Ten un poco de razonamiento la próxima vez que hagas algo dentro o fuera de esta casa.

Frances echó su cuerpo en la silla y sollozó.

—Estoy perdida, nadie quiere bailar conmigo, ni hablar... No conseguiré eso.

—Tu hermana decía que se casaría con ese imbécil de Albert, y mira, consiguió algo de verdad. No pierdas la esperanza. Las cosas para ti pueden mejorar si cambias de actitud. Dos noches serán suficientes si en verdad quieres algo diferente.

—Considero que Frances tiene razón, Daniel. No creo que consiga a nadie. Todos la conocen.

—Gente va y viene todo el tiempo. Ella debe escoger cómo luchar sus batallas... Escoger la mejor velada y no cualquiera. Esto la convertirá en alguien inteligente... Al menos confío en que puede tener mayor capacidad mental para afrontar la vida. Si lo haces con tanta inmadurez, las cosas te saldrán mal y puedes ver lo que te ocurrirá. Este es solo el principio si no cambias tu camino.

Había hecho tantas cosas tontas que no sabía cómo solucionar el problema. Estaba a poco de que la llevaran a Londres y la casaran con algún amigo anciano de Daniel. Casarse por dinero y por amor era mucho pedir para ella en ese momento, con solo lograr un matrimonio sería un milagro en esas condiciones

—Lo intentaré. Sé que parece imposible... ¡Y lo es! ¡A quién quiero engañar! —chilló.

Daniel tapó sus oídos con ambas manos para protegerse del grito desgarrador de su cuñada. Eso le arrearía un dolor de cabeza. Sabía que cuando alguna de las niñas de esa casa se ponía a llorar, ese barco estaba destinado a hundirse, porque él no intentaría consolar a nadie. Lo único

que esperaba de Frances en ese momento es que demostrara una pizca de arrepentimiento por las malas decisiones que había tomado basándose en niñerías. Ella poco entendía que eso que estaba haciendo repercutiría en su vida y no sería para bien si no se corrige.

Abandonó el despacho de su cuñado, que antes había sido de su padre, y vagó por los pasillos de la casa antes de salir hacia las caballerizas. Necesitaba pensar un poco. Como tenía la edad para no seguir tomando clases de ningún tipo, tenía como actividades cabalgar, recolectar flores o frutas del campo y leer lejos de la casa. No había mucho más para Frances. Después de que Daniel entrara en sus vidas, ellas no habían necesitado volver a buscar huevos en el gallinero siendo atacadas por las gallinas furiosas, ordeñar vacas y hacer alimentos derivados de la leche.

Lejos de su casa pudo encontrar un poco de paz arrojando piedras a la laguna en donde unos patos flotaban con gracia. Ella deseaba ser como ellos, sin ningún problema, ni castigo, pero no podía, lo único que podía hacer era responsabilizarse por sus acciones, pero ¿cómo se acercaría a lord Rotterdam después de haber hundido su propia reputación porque él no se acercaba a ella y había tomado represalias contra cualquier cosa con pantalones?

Estaba segura de que el hombre de su vida era lord Rotterdam, ya que él era atractivo y ella también. Debía encontrar la forma de tenerlo en sus manos y para eso necesitaba ser como la señorita Carlington le había enseñado, pero a ella le costaba mucho ser adorable. Debía practicar sus modales.

Un poco avergonzada, comenzó a repasar frases aprendidas y, usando su reflejo en el agua, practicaba su sonrisa, aunque después se descomponía pensando en que sería imposible porque seguía resentida en su interior. Era una gran lucha entre obedecer y hacer las cosas por su propio bien o ser prepotente y alimentar a su orgullo.

Regresó a su casa con la mentalidad de mejorar y querer conseguir que lord Rotterdam se fijara en ella de alguna u otra manera. Tendría que ser inteligente y dejar de lado su petulancia, aunque siempre pensó que hablar bien de Daniel la llevaría a estar con las personas correctas, mas terminó en el lado en el que nadie quería estar. Escogió mal sus palabras, en lugar de demostrar su buena vida con educación y calma, demostró que estaba más hueca que una nuez defectuosa. Durante sus momentos iluminados, entendía cuál era su problema, pero como actuaba como un animal, no se podía ayudar, solo aprovechaba para hundirse más, pero esta vez las cosas serían distintas, lograría su objetivo y levantarían su castigo.

Capítulo 5

En los días siguientes, se encontró evaluando invitaciones en compañía de su madre. Debía escoger la indicada para acudir, en la que definitivamente debería ir lord Rotterdam. Cuando conquistara a ese hombre ganaría el respeto de su cuñado y de la familia, la halagarían por su determinación e inteligencia.

—Las más lujosas e importantes... A esas irá lord Rotterdam —opinó Frances mirando cada una de las invitaciones.

—A todos nos sorprende que sigamos recibiendo invitaciones de las personas de los alrededores, con las habladurías sobre ti nadie estaría dispuesto a recibirte —comentó su madre que tenía otra partida de invitaciones que revisaba.

—A la gente le gusta el escándalo, madre, y es probable que me consideren uno ambulante. Quieren ver a qué me atrevo, qué más soy capaz de decir, pero quedarán decepcionados cuando logre cazar al mejor candidato que ha visitado la región.

—A Daniel no le agrada, piensa que es un niño malcriado.

—Debe gustarme a mí y no a él, sería extraño que fuese de otra manera, ¿o no?

—Creo que no deberías soñar con un joven de Londres que anda saltando de condado en condado. No lo conoces, no tiene un lugar fijo. No sabemos nada de sus reputaciones.

—Creo que seré la dama que logrará que se quede en un lugar o que me lleve a alguno. Pondré mi esfuerzo en que así sea, madre. Sé que las cosas serán más difíciles ahora por lo que dije e hice antes. Para mí esto es un desafío. Sé que cuando consiga que me pida matrimonio todo estará perfecto y seré feliz.

—Ni siquiera lo quieres ahora, ¿qué te hace pensar que lo querrás más adelante?

—Madre, lo siento en el corazón. Él es un caballero tan atractivo que dudo que alguien no lo quiera. Además, si me da más de lo que tengo aquí, lo amaré sin límites. Un esposo que

consiente a su esposa tiene el cielo ganado. No hay joya que no solucione un pequeño altercado familiar.

—No sé si eso pueda ser posible, pero intentaré creerte. Quiero que seas feliz, entonces te apoyaré en lo que quieras...

Después de un par de horas decidiendo, la joven tenía en su mano las invitaciones escogidas para gastar las miserables oportunidades que su cuñado le había otorgado. Fue hacia el despacho de aquel en donde pensó que lo encontraría trabajando como siempre, pero al entreabrir la puerta, vio a Mildred sentada en el regazo de él besándolo en el cuello, mientras su cuñado reía. Eso era algo desconocido para la misma Frances. No sabía qué hacían los esposos cuando estaban solos, pero era evidente que esto sería algo escandaloso. Su mente se puso a trabajar como si nunca lo hubiese hecho. Las conclusiones iban llegando a su cabeza. Mildred había seducido al conde para lograr casarse y que de esa manera él pudiera encargarse de la familia.

Cualquiera diría que debió pensarlo antes, pero era tan inocente, que creía a Mildred incapaz de urdir un plan maléfico para acabar con la pobreza familiar. Su cuñado tampoco parecía tan obligado a permanecer en esa familia. Estaba disfrutando de aquel momento, entonces, una idea salvaje cruzó su mente, si quería conseguir un matrimonio con lord Rotterdam debía sentarse en su regazo y besarlo.

Negó con la cabeza pensando en que la señorita Carlington y el señor Kepler la golpearían con una fusta por ser indecente. Tal vez con un beso estuviese solucionado el asunto.

Ante las dudas que la asaltaban, fue al salón de estudio en donde estaban la institutriz y el preceptor, discutiendo airadamente por algún problema que surgió. Sus hermanas estaban disfrutando de un receso mientras aquellos dos se arrancaban los ojos.

—Lady Frances, ¿necesita algo? —preguntó la institutriz al percatarse de la presencia de la joven en el salón.

—Sí, quería hacer una pregunta. Menos mal que los encuentro a los dos, porque sería útil conocer lo que piensan, pero antes, me gustaría saber la razón de la discusión.

—Milady, el señor Kepler está siendo irracional...

—Usted está siendo irracional, señorita Carlington. Es un hecho, esta joven es su obra y ahora está castigada. ¿Tiene algo que decir en su defensa? —acusó el preceptor.

—Por supuesto que sí, señor insensible. Usted tampoco pudo hacer milagros con estas niñas. Es mejor que cierre el hocico, porque nadie lo respeta.

—Ninguna de estas niñas respetará a nadie si la institutriz llama hocico a la boca ajena. Son su vivo ejemplo...

Los dos siguieron la discusión olvidando que Frances estaba ahí.

—¡Paren! —gritó molesta—. Solo quería una respuesta y ahora tengo más preguntas, pero por el momento me conformo con lo que vine a averiguar. ¿Es correcto besar a un caballero para conseguir un compromiso?

—¡Pero escuche la pregunta, señorita Carlington! —expresó el preceptor escandalizado—. Ni siquiera le habló de los peligros de un beso a esta joven.

—¿Peligros?

—Claro que peligros, lady Frances. Le puede asegurar un matrimonio, pero también un gran odio por parte de su futuro esposo. Piénselo bien, que ese hombre al que besará le corresponda para que la condena sea de buen grado.

—¡Qué consejo le está dando a la niña! —La señorita Carlington le cerró las orejas a Frances antes de decirle lo que ella deseaba—. No bese a nadie, es un pecado. Está reservado para el matrimonio. No haga cosas de las cuales pueda arrepentirse...

Quedó más confundida que segura. Ni siquiera se atrevería preguntar eso de sentarse en el regazo de alguien, si un beso los escandalizaba, un roce de esa naturaleza les daría un soponcio.

Asintió ante todo lo que le habían dicho y regresó por el pasillo hacia el despacho en donde golpeó la puerta para no volver a cometer la misma indiscreción. La voz gruesa de Daniel aceptó su entrada.

Una vez dentro, ella miró a Mildred que estaba tocando los hombros de su esposo, después

ella le dio un beso en la mejilla y se retiró.

—¿Por qué interrumpes mi trabajo? —cuestionó Daniel a su cuñada—. Espero que tengas algo útil para molestar.

—¿Qué trabajo haces con mi hermana en tu regazo?

Al conde ni siquiera se le aflojó un músculo de la cara al oír lo que Frances dijo. Era evidente que aquella no tendría lo que esperaba, que era que se sintiera avergonzado o culpable.

—Vaya, qué curiosa resultaste ser, cuñada. Cuando tengas un esposo, si lo llegas a tener, deberías aprender de Mildred, que es una esposa completa. Bella, inteligente, que me tiene tan consentido y que me ha dado un hijo. Veremos si eres capaz de dar algo más, no es suficiente con ser bonita, Frances.

—No quería espiarlos, solo no toqué la puerta. Espero exactamente hacer lo mismo que ella en el futuro. Venía a decirte que escogí dos veladas a las que acudiré y son las más grandes, lo que significa mayores posibilidades de encontrar lo que requieres para mí.

—Estás equivocada en ese concepto, es lo más conveniente. Me preocupo más por ti de lo que lo hago por un caballo, Frances, y eso es mucho. No me hagas perder el tiempo. Esas dos invitaciones representan tu futuro y el de la familia Hess. Una vez dije que no quiero solteronas aquí y que las echaré a la calle, es así. Mildred tiene prohibido ayudarlas y seguirá mis reglas como ustedes deben seguirlas.

—He cambiado, Daniel. Sé que he sido estúpida, me dejé llevar por mi orgullo.

—Ya era hora de que te dieras cuenta del error que estabas cometiendo. Lord Rotterdam es un niñato malcriado, Frances, y lo que dijo no es más que una niñería más en su larga lista de tonterías. Tú eres más inteligente, al menos lo creo, aunque no tanto como Penélope.

—Ajá. Nunca quisiste admitir que tenías a una favorita.

—Por Dios, no me acuses de esa forma, solo escojo de mis males al menor. Ella ha decidido que yo escogiera a su prometido y lo haré con la mejor intención posible. Eso es lo que espero, que con Penélope todo sea sencillo, creo que ir a conocer Newgate en persona la persuadió para

ser una buena niña.

—Eso es chantaje.

—Tal vez, pero Mildred sabe de lo que soy capaz con tal de conseguir lo que quiero. Ahora tú eres la próxima en regularizar su situación familiar con un matrimonio. Veremos si todavía estás a tiempo de salvarte.

***

Esa noche estaban yendo a una de las invitaciones que habían recibido y a la que decidió acudir. Iba vestida con sencillez. Nadie en su casa le había ofrecido al menos un pedazo de vidrio que lucir, dependía de ella llamar la atención para bien y comportarse de otra forma.

Cuando llegaron a la entrada del salón, Frances fue caminando hasta que su mirada se cruzó con la de un hombre alto, de complexión atlética y de cabellera rubia larga hasta el hombro. Aquel no intentaba recogerlo como el resto de los caballeros, este varón era distinto y algo nuevo en el condado. Era alguien atractivo, aunque su rostro era serio y le daba un aire parecido al de Daniel con la mueca de sus labios hacia abajo. Sin poder evitarlo, Frances le entregó una sonrisa que quería ser más que amable, seductora, y después siguió su camino en compañía de su hermana, cuñado y madre.

Robert había llegado hasta la fiesta en la que se encontraría con lord Rotterdam y sus amigos para que le mostraran quién era lady Frances Hess. Le resultaba divertido estar involucrado en tonterías, pero era una forma de matar el tiempo en medio de su vida nómada. Lord Northland le había enseñado a divertirse un poco, dentro de su carruaje practicó la sonrisa seductora de aquel, pero fracasaba estrepitosamente intentándolo, porque sentía que no era suficiente. Sus labios no se estiraban de la manera correcta y no se sentía capaz de conectarse con una dama para hacerlo. Mientras pensaba en eso y esperaba a sus nuevas amistades para entrar, distinguió a una joven de belleza cautivadora, sencilla y, dentro de todo, adecuada. Se ajustaba al concepto que durante años tuvo de una dama para ser la esposa ideal.

Algo se removió dentro de él al ver que aquella belleza rubia le sonrió y no pudo mover un solo músculo para corresponder, pues estaba sorprendido por lo que había hecho. ¿Cómo podría concentrarse en conocer a lady Frances Hess si tenía los ojos puestos en esa mujer? Necesitaba saber quién le había entregado esa sonrisa. Debía ser el primero en anotarse en su carnet.

Siguió a la joven hasta dentro del salón que estaba decorado con preciosas flores y otros accesorios que resaltaban la opulencia de la familia que organizaba el evento. Aquella se había perdido entre las demás personas y él se había desorientado, aunque no dejaba de pensar en la dama que había visto vestida con sencillez, pero con el carisma de una gran mujer.

Cogió una copa y comenzó a buscar la mirada de la joven. Recorrió ese salón de cabo a rabo hasta encontrarla. Con su copa le hizo un pequeño saludo.

Frances, que esperaba la presencia de lord Northland, no podía concentrarse en su objeto al ver a ese caballero extraño que le mostró su copa como si brindara con ella. Eso le parecía atrevido, pero aquel era un hombre que parecía interesante.

No solo ella notó el gesto de saludo sugerente de aquel, sino también Mildred. Aquella se acercó con su bebida en la mano para hablar con Frances.

—Ese caballero no te conoce. Es tu oportunidad de demostrar que no estás hueca. Desea algo de ti —dijo Mildred evitando mirar al hombre para que su esposo no se sintiera celoso o incómodo.

—No iré hasta ahí para hablar, si le intereso, él estará aquí en menos de lo que cante un gallo, ¿no lo crees así?

—Tal vez, pero es una oportunidad que no puedes dejar pasar. Piensa en todo lo que ganarás cuando consigas que Daniel te devuelva todo lo que te ha sacado.

—No me ilusiones, Mildred, sé de qué lado del tablero juegas y no es del mío. Esperaré a que ese hombre se acerque, mientras solo corresponderé a su educación.

Capítulo 6

Mildred le daba ánimos para que se aventurara con un extraño. En cierta manera, ella tenía razón al referirse a él como una oportunidad de conseguir algo con alguien que no la conocía, pero por el momento solo lo observaba y aquel lo hacía de la misma forma. Entre las personas que pasaban de un lado al otro frente a ellos, separándolos físicamente, se mantenían la mirada como si fuese algo extraño. Frances lo observaba mientras aquel llevaba la copa de whisky hacia sus labios y sus ojos no la perdían de vista. Era una sensación extraña que la perseguía al verlo. Había algo extraño en él que necesitaba descubrir.

Robert no podía dejar de ver a Frances sin saber quién era ella. Le resultaba atractiva y extraña. Existía una rara conexión que no había forma de describir. Esas miradas que intercambiaban eran como una solicitud para conocerse, aunque sin mención de ella.

—Robert, has llegado más temprano. Nosotros hemos tenido un pequeño contratiempo —manifestó Luke, burlón.

—A él se le pegaron las sábanas —confesó Rick para avergonzarlo.

—Envidioso... —reprochó lord Rotterdam—. ¿Qué has visto, Robert? —curioseó para distraerse.

—Nada importante. ¿Quién es lady Frances Hess? Deseo saberlo para poder abordarla si es que está aquí... —alegó Robert que, pese a estar ocupado observando a la bella y desconocida joven.

Los ojos de Luke no tardaron en encontrar a Frances; sin embargo, se sorprendió al no verla embadurnada con joyas que eran más grandes que sus propias manos y sin un vestido extravagante. Le gustaba lo que veía, pues distaba de ser lo que antes había demostrado.

—Bien... Aquí hay algo que no comprendo —comentó. Hizo una seña a sus amigos que conocían a Frances para que miraran hacia donde él señalaba. Quedaron tan sorprendidos como él al notar que no era la misma de tiempo atrás.

—Pero... —Rick no pudo terminar su frase.

—¿Qué ocurre? —indagó Robert con curiosidad.

—No quiero que pienses que te hemos timado. Estamos sorprendidos por lo que vemos. Ella ni siquiera se parece a la mujer orgullosa y petulante que hemos descrito días atrás... —confesó—. Lady Frances Hess es la bella jovencita rubia de vestido lavanda...

Robert se dio cuenta de que desde hacía rato había encontrado a la mujer de la cual esos hombres le habían hablado mal y, hasta se habían burlado. Aquella no parecía ser una dama ostentosa como ellos dijeron.

—Pues... Estoy confundido. No parece esa víbora y arpía de la que me hablaron con tanta saña.

—Nosotros estamos igual de confundidos. Se ve tan diferente... —pronunció lord Rotterdam.

Al oír esas palabras de Luke y al verlo entusiasmado con la nueva imagen que mostraba lady Frances Hess, suponía que su intervención no sería tan necesaria al final de todo, pero él se sentía tan interesado como aquel. ¿Por qué tendría que dejar su propio interés por el de otra persona? No era un tonto mayúsculo.

—La abordaré, caballeros. Me sacrificaré por este equipo... —anunció Robert con seriedad.

—Oye, al menos trata de poner una sonrisa en esa cara. La asustarás si vas como alguien que está atajando sus necesidades —manifestó Rick, ladino.

Ciertamente, tenía una cara de pocos amigos, por lo que una práctica de sonrisa encantadora que había tomado tiempo atrás debería servirle para algo útil. Comenzó a mover sus labios y estos temblaban al cambiar de posición.

Los otros lo miraban un tanto horrorizados por su nulo encanto.

—¿No prefieres que vaya uno de nosotros? —cuestionó Luke que prefería ir a ver a la joven transformada.

—Cuando llegue hasta ella verán cómo mi sonrisa reluce, confíen en mí, estoy entrenado en esto.

Cuando Frances notó que el hombre desconocido en realidad era conocido de lord Rotterdam, supuso que cualquier esperanza de oportunidad estaría sepultada. No había forma de que aquel se acercara ni si ella pusiera su mejor sonrisa, ya que ellos no podían leer sus pensamientos. Lo único que le quedaba era tirar a matar para conseguir al caballero que creía ideal y ese era el conde. No obstante, al ver el rostro serio del extraño acercarse, hizo que su cuerpo se tensara. ¿Sería capaz de arriesgarse, pese a quizá conocer sus antecedentes? Su corazón palpitaba de una emoción desconocida. No sabía si era anticipación o temor por el rostro extraño del hombre. Se detuvo a una distancia prudente e hizo una inclinación de cabeza como saludo.

—Buenas noches. ¿Podría concederme un baile? Estaría encantado de poder llenar su carnet —dijo Robert que no había podido verse encantador y mucho menos escucharse así.

Ella correspondió al saludo sin dilación con una venia.

—Puede completar su nombre... —Frances le pasó el grafito para que escribiera. Su mano temblaba con ligereza y más aún cuando sintió que se habían tocado.

Los dos cruzaron sus miradas al sentir el contacto y no pudieron definir esas sensaciones que los recorrieron.

—¿Es nuevo en Cheshire...? —indagó cuando el caballero le devolvió el carnet. Quiso llamarlo por su título, pero él solo colocó su nombre—. ¿Robert? —continuó con su pregunta.

—Sí, estoy de paso por el condado. Soy una persona que disfruta recorriendo el país. Inglaterra es maravillosa en todas sus épocas del año. Es una isla que merece visitar en cada rincón... Lamento solo poner mi nombre, pero es como prefiero que me conozcan en todas partes, dígame Robert.

—Es una forma muy personal de llamarlo, sería inadecuado. ¿Puedo decirle señor si se niega a decirme su título?

—¿Cómo sabe si tengo un título?

—Tal vez no lo tenga y quiera burlarse de mí. Lo digo al notar a sus amistades. Lo más probable es que le hablaran de mí...

—Por supuesto. Lord Rotterdam me ha hablado de una mujer bellísima de nombre lady Frances Hess, por fin la conozco y no puedo estar más de acuerdo con su afirmación.

—¿Lord Rotterdam ha dicho que soy bella?

—No, bellísima —exageró. Era evidente que ella estaba interesada en Luke. Eso complicaba las cosas para él.

—Qué cumplido más agradable de oír. Pensé que no le resultaba graciosa.

—Pues al parecer sí, aunque no siempre fue así. Me han dicho...

—Que soy presumida y arrogante. Lo soy, lo admito, estoy castigada y necesito que un caballero baile conmigo, que no huya y me visite para que mi cuñado me devuelva mis privilegios.

Esa confesión estaba bastante atarantada para que alguien lo suelte de golpe ante un desconocido. En aquel tono comprendió que sí era todo lo que habían dicho de ella y que solo fingía para recuperar sus beneficios.

—¿Quiere que sea ese hombre o prefiere que sea lord Rotterdam? —cuestionó. Ante la determinación de la joven, él también atacaría con su misma arma.

—Me parece que usted y yo nos entendemos bien. No sé si hablamos el mismo idioma, no quisiera confundirme.

—Puedo servirle para conseguir sus beneficios de vuelta y hasta puedo conseguir que lord Rotterdam se acerque un poco más y que deje de decir que es bellísima, aunque debo decirle que, si quiere conservar a ese hombre, tendrá que fingir lo que es ahora, pues la otra personalidad no le agrada.

Para Frances no era un secreto lo que escuchaba de Robert, por algo aquel se había alejado

y la mantenía lejos. El ego de lord Rotterdam no aceptaba una fuerte competencia como el suyo.

—Entonces, ¿me propone un trato? —indagó Frances con curiosidad. Quería estar segura de lo que escuchaba antes de dar algo por sentado.

—Por supuesto, usted me cuenta cuál es su mayor inconveniente y le prometo ayudar en lo que esté a mi alcance…

No sabía ni siquiera lo que estaba diciendo. Quería meterse en un problema con una mujer frívola interesada en un ser hueco como Luke, pero él, al parecer, comenzaba a interesarse por la nueva imagen que lady Frances Hess proyectaba, una que era falsa.

—¿Por qué es tan amable? —indagó Frances, desconfiada.

—Porque usted me engañó con su fachada de mujer sobria; no obstante, que sea frívola e inescrupulosa tampoco me molesta. He venido a pasar un buen rato en Cheshire, no a cultivar heridas, para eso está el pasado.

Algo extraño se gestaba entre Robert y Frances, los dos eran terriblemente sinceros para convivir en medio de la falsa sociedad. Debían disfrazar sus pensamientos y sus palabras para no ser inadecuados e inapropiados, pero al juntarse dos individuos de la misma calaña en un solo lugar, muchas cosas podrían surgir.

—Interesante, Robert —comentó la joven, entregándole una sonrisa—. ¿Podrá conseguirme un baile con lord Rotterdam?

Los ojos grises de Robert la observaron en profundidad. Tampoco era un tonto para intentar entrar por los ojos de una mujer que estaba ciega.

—Lord Rotterdam es importante para usted, ¿no es así?

—Es el esposo ideal. Usted es sincero y también lo soy…

—¿Haría lo que fuera por conseguir un matrimonio con él?

—Es el único que vale la pena a millas de distancia y ni siquiera es de Cheshire. En este

condado no hay mucho y más cuando una misma busca hacer que las cosas vayan mal por tomar decisiones absurdas.

—Necesito escuchar más de esto. Prometo conseguirle más que un baile con Luke.

La sonrisa radiante de Frances mostraba que había conseguido un aliado inesperado en su búsqueda del amor y, lo mejor era que aquel tenía una amistad con el hombre que le interesaba.

—Regresaré a pedirle mi pieza. Dígale a su familia que la visitaré mañana en el té.

—¿Y si me preguntan por su nombre? ¿Usted quiere que me maten al decir solo Robert? Eso complicaría mi vida.

—Dígales que soy el señor Robert Stanton.

—Está bien, señor Stanton.

Él le dio la espalda y regresó a reunirse con sus nuevas amistades de Cheshire.

—Ha vuelto con la moral elevada sin sonrojarse por el enfado y con la misma cara con la que se fue —habló Edward al ver que Robert se juntaba con el grupo.

Luke le ofreció una copa de whisky a Robert para que pudieran conversar.

—¿Qué te ha dicho milady? —indagó Luke que primero miró a Robert y después a Frances que se fue caminando hacia otro sitio.

—Como ven, estoy entero, caballeros. Ella es una mujer encantadora…

Los otros quedaron boquiabiertos al escuchar lo que había dicho Robert.

—Pero… —Rick no sabía qué decir.

—La verdad deberían cuestionar las fuentes que surten la información, no hay nada más perfecto que lady Frances Hess en este salón, y tú, Luke, eres el afortunado del condado…

—¡Oh, lo sabía! —exclamó Edward—. Ella siempre ha querido acercarse a Luke, pero él ha huido de aquella por defender su orgullo.

—Es cierto, puedo ser tonto, pero no dejar que me humillen. Lady Frances Hess comienza a ser un enigma para mí —musitó Luke.

—Pues dejará de serlo. Le prometí un baile contigo. A mí me ha aceptado dándole solo mi nombre sin un título. Me parece alguien humilde, entonces no vi inconveniente en que Luke pueda cumplir con un deseo de ella.

—Si ha cambiado, por supuesto que acepto. Siempre me ha parecido bella.

—Bellísima, no me hagas quedar mal —lo alentó Robert con un atisbo de envidia en su voz, pues él sintió que había encajado y comprendido a la perfección a esa mujer, pero como no estaba listo para ningún compromiso y ella deseaba casarse con Luke, le parecía justo hacer de cupido—. Primero bailaré con ella y la dejaré contigo. Si pregunta por mí, díganle que soy el señor Robert Stanton.

—¿No eres Robert Stanton? —cuestionó Rick.

—No, pero saben que soy Robert para todos, prefiero mantener el anonimato. Es más cómodo viajar sin el gran baúl de los recuerdos. Ustedes están cómodos exhibiendo su nombre, pero a mí no me gusta, prefiero la tranquilidad.

—Lo respetamos, Robert. Nos damos cuenta de que solo tienes cara de amargado, pero que no lo eres del todo. De hecho, me has hecho un favor que no sabía que necesitaba. Tendré la emoción de coquetear con una belleza…

Las palabras de lord Rotterdam alertaron a Robert. Sus intenciones no eran las mismas que las de lady Frances Hess. Él defendería a cualquier persona que lo necesitara de una injusticia. No importaba que algunas mujeres no merecieran ni siquiera el saludo, pero si creía que existía una causa justa, se interpondría para hacer las cosas de manera correcta, ya fuese aconsejando o tomando medidas. No le gustaban los engaños ni los juegos que pudieran perjudicar a alguien vulnerable.

Capítulo 7

—¿Con quién estabas conversando? —preguntó Daniel cuando su cuñada se acercó a él.

—Con el señor Robert Stanton —respondió—. Es un forastero.

—¿Un señor? Ah, no sirve para el propósito familiar de la codicia —replicó lord Cholmondeley.

—Me ha pedido bailar y dice que me visitará mañana.

Su madre, Mildred y Daniel no dejaban de reír como si ella hubiese contado una broma. Se quedó mirándolos con fijeza hasta que dejaron de desternillarse de la risa.

—No puedo creer que lograras embaucar a alguien. Al parecer solo era necesario cerrar la boca. Te felicito, solo es cuestión de pescar un pez un poco más grande, Frances —pronunció su cuñado.

—Sí, lo sé, pero ese hombre es mi camino para llegar a lord Rotterdam. Es su amigo.

—Oh, Frances, a Daniel no le agrada lord Rotterdam, le parece nefasto —mencionó Mildred.

—A Daniel con suerte le agradas tú. No espero mucho de él. Además, a quien debe agradarle es a mí, pues seré yo quien pasaré el resto de mi vida con él.

—¿Y si las cosas salen mal, pasarás el resto de tu vida con nosotros? No, Frances. Escoge bien las batallas que librarás —advirtió el conde.

—Supongo que aquí el asunto es fácil, tú y yo preferimos un título, entonces, o es el título de lord Rotterdam o si me convertiré en una carga para ti —contrarrestó Frances, decidida a que su voz fuese escuchada por Daniel que quería controlarlo todo.

—Frances, no puedes controlarlo todo. Debes asegurarte de que lord Rotterdam esté

interesado en ti, ni siquiera intentes pelear con tu cuñado —intentó persuadirla la condesa que la mayor parte del tiempo estaba en el bando de su yerno, porque era el más racional y el que mantenía todo en un orden necesario que era para el beneficio de todas.

Cuando fue el momento de ir a reclamar su pieza, Robert caminaba con sus ojos puestos en la figura de Frances, como si no existieran otros invitados en ese lugar, ella estaba ahí, separando sus ojos de su copa de vino para fijar su mirada en Robert.

Para ella, Robert se veía tan atractivo al acercarse, que por un momento le robó el aliento. Tenía una presencia que hacía que ese lugar se sintiera vacío como si solo ellos dos estuviesen ahí. Esa sensación era extraña, pues no la había experimentado jamás. Cuando creyó que todo estaba bajo control, la figura de Daniel interrumpió su próximo encuentro.

—Daniel… —murmuró para que se fuera.

—Lo conoceré más a fondo. ¿Señor Stanton? —se dirigió Daniel al hombre.

Al llegar hasta Frances, Robert se encontró con un caballero elegante, de porte arrogante y mirada fría. Era alguien que imponía con su sola presencia. «Ese debía ser el cuñado de la joven», pensó.

—Buenas noches… —saludó Robert con una inclinación.

—Buenas noches. Es un placer conocerlo, señor Stanton. Mi cuñada, lady Frances Hess, me ha comentado que la ha invitado a bailar.

—Sí, por supuesto, lord Cholmondeley.

—No tuve que presentarme, ya que todos me conocen como su cuñado.

—Puede ser al revés, que tal vez a ella la conozcan por ser la cuñada del conde de Cholmondeley —musitó condescendiente.

—Usted sabe cómo agradar a los demás, señor. Tiene mi permiso para distraerla —habló el cuñado de Frances como despedida. Lo único que quería dejar claro era que aquella dama contaba con el apoyo y la protección de un caballero.

—Gracias, milord. Así lo haré…

La mirada de Robert se dirigió a Frances que le sonrió con confianza.

—Le ha gustado a mi cuñado. Créame que eso no lo consigue cualquiera y a usted le ha resultado tan fácil, señor Stanton.

—Si hay algo que les encanta a los aristócratas de cuna son los cumplidos.

—¿Acostumbra a codearse con muchos de ellos?

—Siempre están a mi alrededor, o quizá yo esté alrededor de ellos. Es confuso —alegó con la misma condescendencia con la que trató al cuñado de Frances.

—Sabe con quienes codearse. Supongo que es el dueño de un exitoso negocio. ¿Vende caballos, carruajes o algo similar? —inquirió con curiosidad.

Robert le respondería, pero después de formarse junto a los demás para bailar.

—Vayamos y le contaré a lo que me dedico… —Él le enseñó su brazo para que ella lo cogieran y pudieran ir hasta donde se encontraban el resto de los danzantes—. Tengo tierras productivas y arrendatarios, lo que me permite viajar por el país como un pasatiempo, soy un nómada.

—¿Es un nómada? ¿Y su familia? —Ese concepto lo conocía, pero lo asociaba a otra clase de personas—. ¿Es gitano?

—Oh… —dijo con un deje de diversión, aunque con la sonrisa ausente en sus labios—. ¿Me ha escuchado? Tengo tierras y soy rico.

—Es por la vida nómada. Mi institutriz y el preceptor dicen que la gente sin hogar son los gitanos.

—¿Tiene hermanos por eso cuenta con un preceptor?

—Es una larga historia, señor Stanton.

—Esta pieza será larga para que pueda escuchar lo que tiene que decir.

Los dos iniciaron con los pasos para el baile campestre. Primeramente, estarían juntos, lo que Robert aprovecharía.

—Ahora tengo tiempo para escucharla —declaró Robert bailando con elegancia.

—Mi cuñado ha querido educación con mano dura, señor Stanton, y no se le ha ocurrido algo mejor que contratar a un preceptor con el carácter digno de un mastín iracundo...

—¿La educó un preceptor? —curioseó impresionado por tal cosa. Los preceptores eran exclusivos educadores para caballeros. Esto era algo que nunca había escuchado.

—Sí, en una horrorosa combinación con una institutriz comparada con la ternura de una liebre. He tenido años difíciles.

—Eso explica el comportamiento que me han comentado mis amistades.

—¿Han dicho muchas cosas poco favorecedoras para una dama? —inquirió.

—Pues no para una que fue educada por un preceptor. Esto es algo nuevo para mí. Si me hubiese educado una institutriz sería como el señor naturaleza rodeado por pájaros que cantarían a mi alrededor.

La suave y encantadora sonrisa de Frances se escapó de sus labios, haciendo que Robert le devolviera una de esas sonrisas practicadas en privado.

Al distinguir una breve mueca de diversión en el rostro de Robert, notó que era aún más atractivo de lo que creía.

—Tiene una forma extraña para divertirse, señor. No sonríe como cualquier persona, de hecho, casi no lo hace —comentó la joven.

—Creo que perdí la costumbre de hacerlo. Como le dije, paso mucho tiempo viajando por el

país, por lo que la soledad es la única compañía que conozco.

—Yo adoro Cheshire, no me gustaría vivir en otro lugar, pero soy consciente que una vez que me case, tendré que hacer vida social en otro lugar ajeno a este. Además, si logro conseguir el interés de lord Rotterdam con su ayuda, lo más probable es que termine viviendo ahí.

—¿No le gustaría vivir la alegría de viajar?

—No tenemos el mismo concepto de alegría en los viajes, señor Stanton. Me duelen las posaderas y las piernas en los largos viajes. Ir a Derbyshire a visitar a mi hermana y mi cuñado suele convertirse en una odisea, en especial con mis hermanas y mi madre dentro de ese carruaje.

—El barullo debe ser inmenso. Dejé de acostumbrarme a las masas con los viajes, solo quiero buscar algo que hacer para distraerme y continuar mi camino.

—¿Qué hace en Cheshire para distraerse? —curioseó Frances.

—Tengo malas compañías. De vez en cuando es bueno tener aventuras. Mi objetivo era encontrar algo más que eso, pero por el momento me conformo. Me estoy divirtiendo mucho.

—Supongo que las malas compañías son lord Rotterdam y sus amigos. Mi cuñado no lo quiere, pero lo importante es que yo lo quiera.

—Cuánta razón, salvo que su cuñado es demasiado inteligente a mi parecer, debería hacerle caso de vez en cuando.

—De vez en cuando, lo ha dicho bien. Considero que mis deseos son más importantes que los del resto…

El baile los hacía separarse para compartir pasos con los compañeros que estaban cerca. Entrelazaban brazos con el resto, mientras que Frances y Robert se miraban con fijeza. Él notaba la sonrisa de picardía en ella y se sentía hipnotizado. Eso era una mala señal, parecía que jugaría con fuego y terminaría en llamas.

Cuando volvieron a juntarse, pudieron continuar con su conversación.

—Esperemos que sus deseos coincidan con los del «deseado» —alentó sin reír, solo lo dijo con un tono picaresco.

—Si usted y yo podemos llegar a un acuerdo, la diversión será doble. Hoy me conseguirá un baile con él, mañana tal vez una visita y después las cosas fluirán libremente. Quedará como un héroe ante mis ojos. De hecho, ya casi lo es.

—Me alegra ser su héroe personal, aunque no sé si puedo terminar siendo un terrible villano, pero nunca la víctima, nunca más lo volveré a ser…

—¿La víctima? —indagó la dama que lo acompañaba.

Para su buena fortuna, había llegado el fin de la pieza y tuvieron que saludarse y aplaudir junto al resto. Robert cogió su mano para dejar un beso al dorso.

—Lo hablaremos en nuestro próximo encuentro —se despidió Robert, perdiéndose entre las demás personas que regresaban a sus lugares. Ella creyó que la conversación continuaría siendo interesante.

Robert regresó hasta sus amistades que lo miraban con cierta admiración y curiosidad.

—Me sorprende tu capacidad para hablar y bailar sin desconcentrarte —dijo Edward con suspicacia. Él comenzaba a desconfiar de Robert de una manera extraña.

—Es tu momento, Rotterdam —indicó Robert para que fuese a abordar a Frances.

Luke carraspeó su garganta antes de asentir e ir detrás de Frances. Robert sabía que estaba construyendo algo que terminaría cayéndose en su cabeza. Su vida era demasiado tranquila, necesitaba un problema para convertirlo en algo más divertido.

—No puedo creer esto. Has logrado convencer a Luke de que vaya junto a alguien a quien ha rechazado por semanas… —alegó Rick, sorprendido.

—No hice nada. Él se ha fijado en ella y eso es suficiente para ir corriendo y convertirse en parte del tapizado del salón. En verdad milady es una mujer hermosa e interesante. Si Luke tiene buenas intenciones, le irá muy bien, puede que consiga que acepte ser su esposa.

—¿Esposa? Luke no quiere eso. Es un cazador, le gustan las mujeres bellas, pero no para algo serio —replicó Edward muy en contra de Robert.

—Eso será malo para él, porque ella tiene otras intenciones. Espero que la joven tenga cuidado y esté preparada contra los sinvergüenzas, aunque después de conversar con milady un rato, es alguien con muchas sorpresas.

Frances se dirigía junto a su familia, cuando la figura de lord Rotterdam se cruzó frente a ella. Le hizo latir el corazón con fuerza, pero gracias al susto de muerte que le había dado.

—Milady, ¿puedo presentarme?

Alzó su barbilla con suficiencia por unos segundos, pues deseaba decirle que sabía quién era él, pero recordó las palabras de Robert, ella debía ser lo que lord Rotterdam esperaba si quería casarse.

—Por supuesto… —Ella hizo una reverencia y sonrió con amabilidad.

—Sé que mi amigo, Robert, le ha dicho un par de cosas sobre mí y quién soy, pero esperaba poder hablar por mí… Soy Luke Wellington, conde de Rotterdam…

—Tal como el señor Stanton ha hablado de usted, también habló de mí, supongo, pero haré lo mismo, milord. Soy lady Frances Hess, hija del fallecido conde de Walton.

Esta vez evitó decir que Daniel era su cuñado. Se veía más humilde y daba más empatía al hablar de su padre fallecido que de un pariente político rabioso.

La presentación de la joven dejó gratamente sorprendido a Luke. En verdad Robert tenía razón y ella había cambiado. Eso le hacía sentir más cómodo que la vieja lady Frances.

—Es un verdadero gusto conocerla. Quisiera que aceptara un baile conmigo…

—Será un placer para mí bailar con usted…

Eso lo había esperado por semanas, pero él nunca se había acercado. Juraba que tenía a ese

hombre ahí gracias a la intersección de Robert. A aquel caballero le debía ese gran momento de satisfacción.

Tanto ella como Luke estaban encantados con la idea de bailar, salvo Daniel que observaba todo con molestia. Su presentimiento no se equivocaba con las personas y algo le decía que ese hombre quería perjudicar a Frances. Ese tal señor Stanton le agradaba, pero si se juntaba con lord Rotterdam, no era alguien de utilidad social.

Capítulo 8

—Deja esa cara, Daniel. Ella está consiguiendo coser tus labios, querido —manifestó Mildred que lo cogió del brazo con cariño—. Llévame a bailar cerca de ellos.

—¿Quieres que muerda a lord Rotterdam? No muerdo porquerías. Me quedaré aquí, paciente, esperando que no haga una tontería que nos perjudique y, digo nos, no porque considere familia a esas personitas tan desagradables, sino porque pueden convertirse en una carga peligrosa para todas. Esto es así, si una fracasa, la posibilidad de éxito del resto es cercano o igual a nada.

—Por favor, no puedes pensar que Frances hará algo insensato —pronunció la condesa que se dio cuenta de que había dicho una tontería a causa de las miradas incrédulas de su hija y el esposo de esta—. Está bien. Es cierto que es capaz de muchas cosas incorrectas, pero está poniendo de su parte para corregir su camino. Hoy ha conseguido dos bailes, no puedes pasar eso por alto, querido yerno.

—La suerte de los insensatos existe y no lo pienso discutir con nadie. Estaré vigilando a ese hombre para que no extinga la recién adquirida suerte de Frances. Coincidimos en que siempre tuvo las posibilidades de ganar algo bueno, pero las fue desperdiciando por un arranque de estupidez, y ese punto tampoco está en discusión.

—Sí, tienes razón, Daniel, pero creo que esta noche ella está haciendo un gran trabajo. Se la ve bien y desenvuelta, no le hacía falta ninguna joya ni vestido extravagante, con eso ha logrado que dos caballeros se acercaran y uno de ellos es su objetivo. Estoy comenzando a sentirme orgullosa de su cambio.

—Mildred, tú no tienes criterio. Esto no durará y lo sabes. Es solo una fachada, aquí los tres sabemos cómo es y qué ocurrirá. Fingir es algo que tus hermanas no podrán hacer por más de una semana, de hecho, eso es demasiado tiempo conociéndolas. Esto estallará en menos de lo que creemos.

—No tengo dudas de lo que dices, pero quiero creer que todo estará bien, consuélame, querido —pidió su esposa acariciando su brazo.

—Sigue soñando, Mildred, ¿eso te consuela?

Frances seguía los pasos de lord Rotterdam en el baile y, pese a no ser un gran bailarín como el señor Stanton, que tenía amplias capacidades no solo para entretenerla con su voz, sino también para una danza envidiable.

—Lo he visto en varias fiestas antes —comentó Frances para continuar la conversación con ese caballero mientras bailaban.

—También la he visto, pero…

—Lo sé, quizá tuve algunos defectos en el pasado, un par de caprichos que me hicieron más mal que bien, ha sido una tontería. —Esa era su forma de disculparse por lo que había hecho, aunque él era el causante de su locura temporal.

—Es un gusto saber que nadie volverá a tener cuidado para acercarse a usted.

—Nadie quiere acercarse a mí, milord. He construido una pésima reputación que alejó a muchos buenos candidatos.

—Pero usted es muy joven para pensar en el matrimonio… —habló Luke sin comprender que ese era el objetivo de una dama de su edad. Varón y mujer no significaba lo mismo. El tiempo estaba en contra de ella.

No sabía qué cosa decir para congraciarse que lord Rotterdam, pese a que estaba equivocado, lo único que podía hacer era darle la razón sobre que era muy joven para casarse, de esa manera llegaría a él a través de la simpatía.

—Creo lo mismo que usted. Todavía soy muy joven…

Luke sonrió pensando que con eso podría cazar a la joven para pasar un buen rato. No había nada mejor que estar con una mujer bella. Respetar el límite era lo primordial o terminaría casado y eso todavía no estaba en sus planes.

Siguieron los pasos del baile y Frances por un momento desvió su mirada de lord Rotterdam

para dirigirla hacia donde se encontraba Robert. Aquel estaba solo, los otros dos secuaces del hombre con el que bailaba lo habían dejado. Tenía la copa en su mano, mientras que con sus ojos profundos la miraba sin perder detalle de lo que hacía. Su mente se desenfocaba de lo que le acercaba al conde, porque estaba interesada en conocer lo que escondía el señor Stanton. Lo bueno era que la visitaría al día siguiente.

Cuando terminó la pieza, Frances creyó que el conde la dejaría ir; no obstante, le ofreció su brazo para acompañarla hasta donde se encontraba su familia.

—Buenas noches… —saludó Luke con una inclinación de cabeza hacia Daniel y sus acompañantes.

Los ojos de Daniel no podían ocultar el repudio hacia Luke.

—Buenas noches —correspondió la condesa al ver que su yerno solo estaba ahí dispuesto a ignorar al conde.

—Milady ha sido encantadora —expresó como halago.

—No ha mostrado ni siquiera una pizca de su verdadero encanto —masculló Daniel—. Esperaba más para mi cuñada que bailar con usted…

—Gracias por el baile, milord —musitó Frances con presteza antes de que su cuñado la hundiera.

—Con permiso…

Después de que lord Rotterdam se fuera, Frances abrió la boca para reclamar.

—Hice todo bien, Daniel. ¿Tienes miedo de que tengas que devolverme mis cosas? Pues lo harás porque mañana me visitará el señor Stanton. Espero que como persona que quiere mi bienestar, me apoyes en mis emprendimientos. Esta noche tuve dos buenas oportunidades.

—¿Dos? El señor Stanton es un poco decente, pero tampoco es lo mejor, tú puedes disparar más alto si no solo te conformaras con joyas, vestidos y orgullo. Este tipo quiere lo que cualquier sinvergüenza desea: entrar bajo las faldas de alguien desesperado. Y si estos dos son amigos, el

asunto empeora.

—No seguiré escuchando tonterías, continuaré disfrutando la noche, y tú, prepárate para desempacar mis cosas guardadas, Mildred.

La joven le dio la espalda a su familia y fue a buscar una copa. Discutir con Daniel era inútil, siempre debía retirarse antes de que barriera el piso con sus suposiciones lógicas que, dentro de todo, terminaban siendo verdad de alguna u otra manera, pero convenientemente, si lord Rotterdam quería entrar bajo su falda, lo atraparía para siempre.

Robert no se había perdido ni un segundo de la vida de lady Frances Hess mientras estuvo en compañía de lord Rotterdam. Aquel se acercó a él con el pecho saliendo como un jilguero, se veía orgulloso de lo que había logrado al acercarse a la mujer.

—Veo que todo ha ido bien —comentó en voz alta para que Luke le respondiera.

—Más que bien. Será fácil estar cerca de ella, es agradable, incluso ya me hubiese agradado siendo un poco arrogante, pero me gusta más así, es más maleable.

—¿Qué intenciones tendrías con ella? —indagó tratando de parecer despreocupado. Sorbió un poco del contenido de su copa y sonrió para darle confianza a Luke.

—Ninguna más que las convencionales. Tal vez un beso para divertirme, pero tú sabes que hay que tener cuidado con estas debutantes, algunas pecan de tontas, pero no tienen escrúpulos. El cuidado es lo más importante. Es una belleza más para añadir a mi lista y ha sido por tu causa. Tienes buen ojo o tal vez la encontraste siendo un ángel. Creo que tú y yo congeniamos bien, Robert, pese a que no seas un aristócrata.

—Es probable que nos llevemos bien, Luke, pero hay cosas que no son negociables y eso pone en riesgo la integridad de una dama.

—¿Acaso eres defensor de las damas en apuros? No pasará nada. He hecho esto durante mucho tiempo, créeme, no habrá problema para que lady Frances Hess y yo podamos darnos un poco de atención adicional. Es una promesa que yo la esperaré.

—No hace falta que prometas nada, recuerda que también puedes salir muy perjudicado en

esto. No soy un defensor de las damas, sino que prefiero que todo se lleve de la manera más transparente posible.

La sonrisa burlona que le entregó lord Rotterdam hizo que Robert comenzara a temer por la seguridad de Frances. Era evidente que Luke era un joven caprichoso y malcriado, acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo. Le preocupaba que se obsesionara con la dama. Era divertida y bella. No solo llamó la atención de dos hombres en una noche, había conseguido que él la ayudara a conseguir recuperar su orgullo que no podía demostrar. Ella no era la fingida criatura inocente que parecía estando en convivencia con ellos. Él vio su verdadera cara en un momento, tal vez aquella no tuvo la intención de mostrarse, pero su sinceridad era la clave, una que era tan ruda y cruda que, por lo que había notado, el cuñado no toleraba. Todo era por darle gusto a aquel para recuperar lo que creía era esencial para ella.

Su forma de hablar y contar sus experiencias era refrescante. La última vez que alguien logró hacer que se cuestionara cosas fue conociendo a la prometida de lord Northland, Berenice. Aquella fue sincera al expresar que estaba mintiendo sobre su identidad. Esa situación dentro de todo le parecía graciosa, pues ambos se mentían, pero por amor. Era raro que él no estuviese decepcionado del romance, aunque podría aún estarlo. Debía admitir que durante los primeros tiempos después de su ruptura, repudió todo a su alrededor, la falsedad lo rodeaba y se sintió asfixiado. Suponía que su reputación de marqués engañado no era algo que pudiera salvar, por eso decidió que la vida nómada era lo mejor para él. Fue liberador distraer su mente hasta olvidar que alguna vez cometió el error de enamorarse de Julie. Cada vez que regresaba a Londres para visitar a su madre, sus recuerdos salvajes lo asaltaban, por eso sus visitas eran escasas o breves. No dejaba que mucha gente lo viera. Prefería la noche para comenzar su visita y también para terminarla.

Durante lo que quedó de la noche y después de su pequeño momento de catarsis, siguió observando a lady Frances Hess hasta que se fue. Los otros caballeros que lo acompañaron bailaron con otras damas, mientras él prefirió apreciar a una sola. No le pasó desapercibido que ella lo estuvo viendo igualmente; sin embargo, también podía creer que estaba buscando a Rotterdam, porque aquel era su verdadero interés. Entendía que esa dama estaba enamorada de la idea de lo que Luke podría ser y del futuro como condesa. Era evidente que no estaba tan entusiasmada con ser la señora Stanton. Esa idea era risible, porque si era antojadizo, podría sacar del camino a Rotterdam y decirle que era el marqués de Winchelsea, que era más rico y más serio, pero Robert no estaba en planes de conquista.

Regresaron a la posada y fue Robert pudo recostarse en la cama a pensar en lo que había pasado en la noche. Se reprochaba haber alentado a Luke a que abriera su mente hacia Frances. No tenía malas intenciones con ella, pero tampoco algo que ofrecer, le gustaría una amistad temporal. Su personalidad era interesante. Visitarla sería algo agradable y esperaba que esas visitas fueran más constantes.

A la mañana siguiente, Robert salió de la posada sin haber descansado mucho. Su mente era una maraña de pensamientos que se enfocaban en lo que haría para visitar a lady Frances. Cogió uno de sus caballos después del desayuno. Sus amigos temporales seguían durmiendo, pues habían bebido demasiado la noche anterior, por lo que no habían despertado para afrontar el día.

Cabalgó hasta la propiedad en la que ella vivía y despide lejos vio la majestuosa Autum Hall, una gran mansión en una colina. El día soleado hacía que aquel sitio se viera aún más imponente. Por esa casa, suponía que la familia de ella debía tener mucho dinero, aunque eso no era suficiente incentivo para conquistar a una mujer orgullosa. La dote debería ser generosa para soportar a alguien así.

Bajó del caballo y un mozo se acercó hasta él para sostener su caballo, mientras él golpeaba la puerta.

Un hombre de mediana edad abrió y lo miró con un poco de duda.

—Buen día, ¿puedo ayudarle en algo?

—Mi nombre es Robert Stanton, ¿podría comunicarle a lord Cholmondeley que tengo intenciones de visitar a lady Frances Hess?

Capítulo 9

Humbert no podía estar más sorprendido. Se hizo a un lado para que el visitante pasara al recibidor.

—Por favor, tome asiento, lo anunciaré con milord —habló un poco confuso.

En un primer momento, el sirviente caminó con normalidad, pero una vez que entró al pasillo que lo llevaba al despacho, aquel apresuró el paso, cruzándose con Sarah y Diana que conversaban y reían, cada una llevando sábanas en sus brazos. Él las atropelló sin querer, pero porque iban con lentitud y Humbert tenía urgencia.

—¡Oye! —exclamó Diana, molesta.

—¡Es una situación urgente!

Sarah cerró el paso en el pasillo y sonrió con picardía.

—No pasarás si no nos cuentas esa urgencia... —dijo Sarah con suficiencia.

—Sí, queremos saber. Esto es así, Humbert, nos dices y te dejamos pasar —apoyó Diana que se unió a Sarah para saber el chisme.

—Hay un hombre que viene a ver a lord Cholmondeley, alguien interesado en visitar a lady Frances —contó—. Es la primera vez que milord recibirá un pedido de permiso de un caballero para estar con su cuñada.

—¡Esto será un espectáculo! Debemos tener los mejores lugares —expresó Sarah que se hizo a un lado al igual que Diana.

—Dile eso a milord, nosotros queremos ver esto...

—No se dejen ver, par de matonas chismosas... —Humbert pudo seguir su camino hacia el despacho.

Una vez frente a la puerta, tragó saliva y golpeó. Al oír su voz gruesa y despreocupada, comenzó a sentir que su corazón latía con presteza.

—Disculpe la molestia, milord, pero en la recepción hay un caballero, el señor Stanton, que ha venido a visitar a milady. Desea hablar con usted...

Aquel no había tenido compasión por pasarle la información de manera más amable. Lo soltó de golpe y Daniel quedó estupefacto. No podía emitir palabra alguna, debía digerir lo que oía.

La primera visita de una de sus cuñadas había llegado. Era un poco extraño sentir que con lentitud iban abriendo sus alas, aunque él no estaba de acuerdo que Frances tuviese una relación estrecha con un señor, alguien que no le daría nada a lo que ella estaba acostumbrada. Esa idea comenzaba a perturbarlo de una manera en que no podía explicar. La dote de su cuñada, si bien era alta, no podría suplir una vida suntuosa como la que le gustaba a Frances.

Sin darse cuenta, pasó su mano por su frente como si estuviese agotado y eso que aún no le había dirigido la palabra a ese hombre para escuchar lo que tuviese que decir.

—Hazlo pasar aquí, sírvenos una copa y luego te retiras.

—Por supuesto, milord.

Después de que Humbert se fuera, aflojó un poco su pañuelo lazado en el cuello, de repente sentía que le apretaba más de lo necesario, hasta llevarlo al punto de que quedaría sin aliento. Se puso de pie para esperar al señor Stanton. Cuando la puerta volvió a abrirse, la mirada de Daniel fue de completa desaprobación al distinguir al caballero pasando el umbral.

—Buen día, lord Cholmondeley, espero no interrumpir algo importante en su agenda —alegó Robert con el rostro tan serio como el que tenía frente a él.

—Sea bienvenido, señor Stanton. Siéntese.

El tono del conde hizo que dudara por un instante de estar haciendo lo correcto al estar ahí solo porque Frances tenía algo que no lograba comprender, aparte de sentirse culpable por

ponerla junto a un depredador como lord Rotterdam.

El ayuda de cámara de Daniel sirvió las copas para los dos y se fue con discreción.

—Mi sirviente ha sido breve diciendo que usted ha venido a visitar a Frances...

—Sí, he venido a conocer mejor a milady...

—¿Cuántos años tiene, señor Stanton?

—A punto de cumplir treinta.

—Es un poco más joven que yo. ¿A qué se dedica?

—Tengo tierras productivas, milord —respondió. Él vio que el conde daba vuelta el whisky en su copa y después lo miraba con molestia, como si fuera que su presencia fuese intolerable.

—Ajá. Le advierto que Frances no es una persona barata, señor Stanton.

—No me atrevería a pensar semejante cosa, lo que sí creo es que usted piensa que yo soy una persona barata por no poseer un título.

—Desde que crucé esas pocas palabras con usted, supe inmediatamente que era inteligente, pero la inteligencia no es suficiente para la conveniencia.

—Es comprensible su punto; sin embargo, ¿por qué no deja que lady Frances Hess decida lo que crea conveniente? Le ha puesto una institutriz y un preceptor, al menos déjela decidir si quiere mi visita. Esto no significa que tenga intenciones de casarme y ella tampoco. No debería estar a la defensiva, espantará a los pretendientes de milady.

—Es un poco atrevido decir eso, pero por hoy lo dejaré pasar, aunque no sin advertirle que lo estaré vigilando, a usted y a sus secuaces. Ninguno merece a Frances.

—Milord, a veces debería notar la oportunidad en eso. Cualquiera de nosotros puede ser su concuñado en un futuro no muy lejano. Sin embargo, transmitiré su preocupación a los otros.

—Usted no se rinde... —Daniel estudió al hombre frente a él. Lo vio cogiendo su copa y darle un sorbo como si no se sintiera intimidado. Ni siquiera lo había asustado al insinuar que Frances era una víbora codiciosa—. Haré que alguien busque a Frances. Pueden conversar en el jardín y una doncella los acompañará.

—Le agradezco, milord.

Robert vio a lord Cholmondeley agitando la campanilla para concederle la visita. Ese caballero no era hostil porque él no tuviera título, sino porque estaba protegiendo a su cuñada. Había una razón por la que lady Frances Hess alardeaba de su cuñado y era porque, dentro de todo lo malo que aquel pudiera tener, lo admiraba. Ninguno de ellos estaba dispuesto a demostrar el afecto que sentían el uno por el otro.

El sirviente que antes lo había llevado al despacho regresó con una rapidez casi mágica o milagrosa.

—Dile a Frances que han venido a visitarla, que se prepare con ropa de paseo —ordenó a Humbert que no esperó ni un segundo para cumplir la orden—. Y usted, señor Stanton, tenga paciencia, es una dama y tardará.

Humbert salió del despacho y vio a las dos doncellas corriendo por el pasillo. Habían escuchado las instrucciones que había dado el conde.

Frances, que estaba en el salón de estudio tratando de pintar algo en compañía de sus hermanas, oyó cuando la puerta del sitio se abrió con violencia. Sarah y Diana estaban ahí, de pie, agitadas por lo que parecía una carrera. Después entró Humbert e hizo a un lado a las doncellas.

—Lady Frances, lord Cholmondeley pide que se prepare con un vestido de paseo para recibir al señor Stanton… —anunció anticipándose a las otras que querían adelantarse a la comunicación.

—¿Qué es esta intromisión? —increpó el preceptor que estaba junto a Alethea que se hallaba con la cabeza casi metida en un libro de matemáticas, apenas levantó la mirada para distraerse, el señor Kepler hizo que ella retornara a su posición anterior con una mano.

—¿Le preocupa la intromisión? ¡Debería preocuparle que un señor sin título esté aquí pretendiendo cosas con la hija de un conde! —estalló la institutriz, que no quería que la primera de las niñas a la que educaba fuera mal casada, esa era su presentación ante la sociedad cuando tuviese que encontrar otra casa en la cual estar.

—¿Un señor? ¿Esa era tu gran cacería? —inquirió Penélope, burlona.

—Y un conde… —dijo Frances, animada.

—Concuerdo con la señorita Carlington. Deberías decirle que no te agrada la gente sin dinero… —alegó Hannah, preocupada.

—¿Crees que todo lo que te enseña esta solterona es bueno? Y ni hablemos del solterón —masculló antes de salir del lugar. Sabía que eso le costaría miradas muy feas a la hora del almuerzo, pero ella estaba entusiasmada con la idea de ver a Robert Stanton por varios motivos no solo porque la ayudaría a conseguir lo que su cuñado le había quitado, sino también porque era agradable y la noche anterior habían dejado algo en el tintero y ella quería averiguar más de él solo por curiosidad.

Sarah fue la doncella que siguió a la joven y para vestirla en la habitación.

—¿Sabe que la institutriz y el preceptor le contarán a lord Cholmondeley lo que les dijo?

—¿Y con qué crees que Daniel puede castigarme? Me ha quitado todo lo que me importaba. Solo creo que me dirá que soy malagradecida o poco educada.

—¿A usted le gusta mucho el caballo que él le obsequió por su cumpleaños número dieciséis?

—¡No, no, no, mi caballo no!

—Puede que milord quiera tomar venganza por ahí. Esperemos que solo le reproche un poco y que no la castigue otra vez. Con usted agotará todas sus ideas.

—Créeme, puede ser demasiado creativo para la maldad.

Sarah ayudó a Frances para que se vistiera lo más pronto posible. No le importaba lo que los demás tuvieran que decir sobre Robert, solo lo que a ella le interesaba, aunque no le diría que resultaba agradable, lo de ellos era un pacto temporal, pues aquel había conseguido lo que esperaba que era que lord Rotterdam se interesara en su persona y también recuperar sus posesiones.

Al terminar de vestirse fue hacia las escaleras en donde vio a su cuñado a punto de dejar al señor Stanton. Se acercó a ella y la observó con la idea de persuadirle de que saliera con este caballero. Daniel era muy clasista.

—Prepárate para devolverme todo. He cumplido con los requisitos. Espero que no sea humillante para ti tener que hacerlo —musitó con suficiencia.

—Disfruta el momento, Frances. Volverás a caer.

Después de decir esas palabras, subió las escaleras y ella continuó su camino. Ahí estaba también Diana junto a un pilar, aquella sería la encargada de vigilar que alguno de ellos no se propasara con el otro. Desconfiaba de que su cuñado prefirió a la doncella de Mildred porque pensaba que Frances acosaría a Robert.

Al notar la presencia de la joven, Robert se puso de pie y la buscó con la mirada.

—Buen día, milady —saludó acercándose. Ella extendió la mano y él plantó un beso en su extremidad enguantada. Se quedó unos segundos más de lo necesario para disfrutar de ese acercamiento.

—Sea bienvenido, señor Stanton. Es un gusto ver a mi querido cómplice —agregó orgullosa, levantando un poco la barbilla.

—Espero serle de utilidad por un tiempo más. Su cuñado me concedió un paseo por su jardín, siendo escoltados por la doncella como carabina.

—Me parece muy bien. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Él le entregó el brazo y caminaron juntos hacia el jardín. Diana hizo una mueca imitando a Robert, aquel no mostraba ni siquiera un atisbo de alegría o algo que pudiera indicar su estado

emocional, solo permanecía con seriedad.

—La vi bailando con lord Rotterdam. Se ha divertido mucho con usted —comentó mientras caminaban.

—Sí, lo hemos hecho. Solo me queda agradecerle que me consiguiera su atención, aunque considero que hice gran parte del trabajo al ser hermosa.

La seriedad en el rostro de Robert hacía que ella pensara que no le habían divertido sus palabras, creyó que ambos podían entender el idioma de la burla.

—Tenga cuidado con él. Si bien, he conseguido que usted se acerque a él, eso no significa que sea para su beneficio.

—¿Se atreve a hablar mal de su amigo?

—No es mi amigo, es un conocido con el que bebo y juego cartas apostando que podría abordarla a usted como la mujer más petulante de Londres. ¿Cuánto vale su orgullo ahora sin sus cosas? Sé que cuando me vaya de aquí, su cuñado le devolverá lo suyo, le conviene seguir siendo orgullosa y molesta, es por su bien.

Frances abrió la boca para protestar, aunque guardó silencio y su rostro animado cambió de expresión por uno más antipático.

—¿Entonces todo fue una apuesta para acercarse a mí?

—No del todo.

—Déjeme decirle que enviaron al pobre diablo para hacer el trabajo sucio. Usted y ellos son unos cobardes sin beneficio alguno.

—No sea malvada, gracias a eso puedo desenmascarar a lord Rotterdam para salvarla de sus garras.

—Pues no perderé mi oportunidad de ser condesa por un hombre mediocre, mentiroso y sin título. No me salve, no quiero que lo haga, ni se le ocurra. Aquí el que necesitará ser salvado es

él.

Capítulo 10

—Su orgullo la matará, pero a mí no me intimida la tontería. Soy defensor de las damas decentes y antes de que cambie de bando de manera atolondrada quisiera cuidarla. No es un interés romántico, dudo que Dios castigue dos veces con las mujeres o tal vez sea obra del Diablo, pues siempre están asociadas con la maldad.

—Su manera de considerarse un caballero es un poco siniestra. Ayer nos entendíamos, señor Stanton, y hoy resulta que toda su comprensión era solo una facha para crear un problema y hacerse pasar por un héroe que salva damiselas.

—No crea en eso. Me di cuenta de mi error después de conversar con lord Rotterdam. Escuche mi advertencia: no es alguien que tenga intenciones de casarse en este momento. Es cierto que usted le agrada, pero lo que espera tener es algo que una dama no puede entregar, al menos que la indecencia se enrolle por su cuello como un pañuelo de seda.

—Ya le advertí que el único que corre peligro es él. Usted no me conoce…

—Los demás sí. No se pase de lista que las cosas pueden salir mal, solo tenga en cuenta eso. Mi intención no es burlarme de usted, es solo pasar un rato agradable sin pretensiones. No crea que me tiene atrapado porque es bella, ese estremecimiento dura muy poco.

—Definitivamente es un gitano.

—No lo soy, solo me gusta viajar, pese a eso conozco a pocas personas y usted, pese a su impertinencia, es una dama divertida con la que me ha gustado comunicarme. Admítalo, se divierte conmigo más que con Rotterdam, lo noté en sus ojos.

—Está equivocado. Usted ni siquiera sonríe para saber si se divierte.

—Sonrío en ocasiones, no siempre.

—Imagino que su sonrisa lo hace tan especial, capaz de desarmar a una dama. Puede que sí, porque su bolsillo sería incapaz de hacerlo. Apela a sus encantos.

—Al igual que usted, porque todos sabemos quién es el que tiene dinero.

Ella entrecerró los ojos y lo miró como si fuera el más incordio de los seres vivientes. A Robert no podía aplastarlo como a una cucaracha pestilente y lo único que podía hacer era llevarle la contraria, él diría no y ella sí. Terminaría rompiéndolo con la impaciencia, aunque si se parecía a Daniel, la única que terminaría rota sería ella.

—Vaya, qué sorpresa, señor Stanton...

—¿Pensaba que me dejaría humillar? Eso está lejos de mí. Solo me defiendo cuando me atacan. Me preocupa su seguridad, milady, y soy el culpable de haberla puesto en un peligro potencial. Como una dama, usted no puede defenderse de los avances de él y menos teniendo en cuenta su interés económico y quizá sentimental por Rotterdam.

—Se pone del lado equivocado, señor Stanton. Él es quien está en peligro y no crea que es mentira, ¿sabe la razón? No soy una tierna jovencita...

—Eso me queda claro, pero monta una buena fachada para hacerle creer eso. Le resultó muy atractivo. No le gustaba en el tiempo en que presumía de todo.

—¿Sabe la razón por la que presumía? Me gusta que sepan que me valoro, pero esa no es la verdad. Lord Rotterdam dijo cosas de mí que me hicieron cambiar. Le molestaba que dijera lo que pensaba, creía que diciendo el nombre de mi cuñado y contando lo que quería, el camino sería más fácil para que alguien de buena posición se fijara en mí. Lo malo es que posé mis ojos en el hombre que despreciaba lo que hacía. Sí, es cierto, no debería ser tan brutal, pero la competencia en mi casa no perdona. Debemos tener buenos esposos, no podemos quedar por debajo de Mildred que nos ha salvado... —Esa confesión estaba guardada en el fondo de su corazón y su mente. Su madre siempre les repetía que ellas estaban así gracias al esfuerzo de Mildred y a la generosidad del esposo que la adoraba, sin ese afecto ninguna disfrutaría de la buena vida.

—¿Por qué no sigue molesta con lord Rotterdam? Se arrojó con facilidad a sus brazos.

—También tengo una pequeña venganza en puerta, no será algo tan malo, solo será para agasajarme, por eso le digo que no necesito protección.

—De todas maneras, mientras permanezca en Cheshire estaré pendiente de usted y de sus acciones.

—No será necesario, tal vez tenga que cuidar de usted por las compañías con las que anda.

—Me divierte que intente girar la situación a su favor; no obstante, usted es mujer, débil, delicada, pero su mayor defecto es ser confiada.

Frances puso los ojos en blanco, una de sus expresiones más cuestionables en el ambiente familiar.

—No me hable de defectos, que usted es falso como la bisutería.

—No tanto como algunas damas que brillan como diamantes y terminan siendo un simple vidrio.

—No sé si usted es enemigo de las mujeres o defensor de ellas.

—Defensor de casi todas y enemigo de una.

—Oh, comprendo. Espero no tenerlo como enemigo... —musitó con aire burlón.

—No, usted es mi defendida. Es otra mujer.

—Ajá, ¿es la misma de la que no quiso seguir hablando ayer? Si no me va a contar algo es mejor que guarde silencio, pero si lo dice, debe hacerlo con detalles para llenar mi curiosidad.

Ambos se acercaron a un banco que estaba debajo de un árbol. Desde ahí se podía ver la mansión de Autum Hall. Tomaron asiento, mientras Diana permanecía a una distancia prudente. Deseaba escuchar la conversación, pero ese hombre acostumbraba a hablar en voz baja, con absoluta discreción.

—Sí. Se llamaba Julie y era mi prometida... —contó sin emoción en su voz—. Era un hombre ocupado, viajando para responsabilizarme por mi patrimonio, ese que algún día la cubriría de joyas y lujos. Sin embargo, ella no vio el asunto de la misma manera. Decidió

aventurarse al mundo de los amantes y eso terminó con Julie comprometida con otro al ser descubiertos en una situación comprometedora. Es una condesa hoy en día, pero no imaginarás cuánto lloró y se arrodilló para conseguir mi perdón, pero jamás lo tuvo ni lo tendrá.

—No veo lo malo en que sea una condesa. Quizá tomó una mejor decisión para ella. ¿Qué podría ofrecerle alguien sin título? Solo ausencias y peripecias —opinó Frances buscando la lógica.

—Desearía decirle que el título y el dinero no han sido el problema, fue su corazón infiel, aquel que creía que tendría su aventura y a un hombre fiel que le daría todo lo que esperaba. Eso es peor que la ambición. Un corazón desleal es la gangrena que consume al espíritu y destroza la confianza. No existe nada que construir en las ruinas de la confianza.

La joven lo observó con interés queriendo encontrar algo en su cara, quizá un invento ingenioso para cambiar de tema, pero notó nostalgia y melancolía en sus ojos.

—Los tiempos pasados han sido mejores para usted, señor Stanton... —aludió después de descifrar su mirada.

—No, el futuro es mejor, lleno de posibilidades para ser mejor y progresar. Algún día encontraré a una mujer fiel a sus convicciones y a una promesa de amor, mientras...

—Seguirá siendo un granuja.

—Esa es una palabra fuerte para alguien que viaja por gusto.

—Entonces es un vagabundo.

—Tal vez en algún condado esté la mujer indicada, alguien un poco ambiciosa, bella, pero que me adore.

—Dudo que alguien lo adore, pero admito que sentí empatía por su historia. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Años, ni siquiera podría precisar cuántos, el tiempo no ha sido muy generoso con mi memoria —dijo como excusa para sustentar su poca exactitud.

—Se ve joven para alegar la senilidad.

—Definitivamente, usted me divierte, ¿se enfadará si vuelvo más veces a visitarla? La próxima vez traeré algo más que mi sola e invaluable presencia.

—¿Qué traerá?

—Tal vez alguna joya interesante. No crea que aceptar algo de mí signifique un compromiso, usted siga con sus planes como hasta ahora, yo vigilaré a lord Rotterdam para que se porte bien, solo evite quedar a solas con un hombre soltero, es por su bien, para que no piensen lo peor de usted o para que no termine en un compromiso indeseable como le ocurrió a Julie.

—¿Sabe si Julie es feliz?

—No lo sé, me convertí en nómada después de eso y pocas veces regresé a mis raíces. Ahora no pertenezco a ningún lugar, solo a donde el destino me lleve.

Seguía empatizando con la historia de Robert. No era un gitano, era un hombre huyendo de la traición, intentando encontrar un lugar en el que pudiera permanecer o tal vez buscando a la mujer especial que lo haría olvidar su turbulento pasado.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Cheshire?

—No lo sé, pero tal vez toda la primavera y parte del verano.

—Es mucho tiempo para vivir en una posada y más con las compañías tan selectas que lo acompañaron la noche pasada.

—Es cierto, pero solo rentaré una casa si algo es capaz de detenerme aquí.

—¿Algo como qué? —curioseó juguetona. Se sentía enfadada con él, pero le gustaba el juego que llevaban cuando se trataban.

—Una dama interesante. La última la conocí en un condado, pero se casará con otro amigo

que conocí en una posada. Al parecer, mujer que me agrada, mujer que me roban. Es tragicómico.

Una risita inevitable escapó de la boca de Frances. Robert era divertido hasta para contar sus penurias.

—Tal vez a eso se deban sus celos hacia lord Rotterdam.

—No podría celar de esa rata ni si estuviese quebrado. Es inmaduro y oportunista.

—Él y yo nos hemos llevado bastante bien, ¿no lo cree?

—Los dos son inmaduros y oportunistas... Tal vez se lleven mejor de lo que necesitan.

—Ser la condesa me dará mucha satisfacción, confío en que lord Rotterdam puede fijarse en mí por lo que soy...

—¿Y qué es usted? ¿Alguien que simula ser humilde, pero que en realidad no lo es? Su falsa humildad no le servirá por mucho tiempo si en verdad quiere algo serio. Mostrar su verdadera cara después del matrimonio los convertirá en seres infelices.

—Como dice mi institutriz: «una vez que el compromiso se haga público, es el momento de mostrar los dientes».

—¿Cree que en los consejos de alguien que no se ha casado? —preguntó con burla.

—Si usted pudo creer en un preceptor que tampoco se ha casado, yo puedo creer en lo que me apetezca.

—Estoy de acuerdo...

Los dos siguieron conversando, arrojándose indirectas sobre cualquier tema.

Llegaron hasta una laguna donde un par de gansos se acercaron a ellos y más específicamente a Frances para morder el dobladillo de su vestido.

—¡Es suficiente! —masculló Frances que cogió al ganso por el cuello.

A Robert se le desorbitaron los ojos al verla hacer eso.

—Milady...

—No se preocupe. Recuerdo que, tiempo atrás, cogía gansos, patos y gallinas. Las otras son mejor en la cacería de ciervos... —comentó soltando al animal lejos de ella para que la dejara en paz—. Fueron tiempos difíciles después de que nuestro padre falleció y nuestro destino era incierto.

—La pérdida de su padre no debió ser nada fácil...

—Fue horrible. Estábamos a la deriva. Daniel nos odiaba sin conocernos y Mildred fue quien se encargó de colocar todo en sus hombros y hacerle frente a la situación. Nuestra madre nos enseñó supervivencia, pero mi hermana nos mostró la valentía en todas sus formas. No le dio miedo ir a casa de un ogro...

—Y lo peor es que lo trajo con ella —murmuró Robert haciendo que Frances sintiera.

—Si lo oyera no le volvería a dar permiso de venir.

—Lo más probable es que no lo vuelva a hacer. La encontraré en los bailes...

—¿Por qué? ¿No se ha divertido conmigo?

—Sí, pero lo mejor es que observe todo de lejos, para no inmiscuirme.

Estuvieron juntos un rato más y después Robert decidió despedirse. Consideraba no regresar a esa casa pronto, porque ella era un poco hostil y caprichosa, aunque divertida. No le agradaba saber que deseaba exponerse al peligro, no era asunto suyo; sin embargo, esperaba que no hiciera una tontería que la obligara a algo que más adelante le daría infelicidad.

Capítulo 11

Robert y ella se dirigieron a la residencia, en donde él se detuvo para despedirse. Ya había dilatado ese momento dando un paseo demasiado largo solo para escuchar a Frances presumir sobre lo inteligente que creía ser.

—Es momento de que me vaya —dijo a su lado, separando su brazo de ella.

—¿Tan pronto? —preguntó Frances que no se había dado cuenta del tiempo que habían pasado juntos.

—Hemos paseado más del tiempo conveniente. A la doncella le duelen los pies —alegó mirando hacia atrás. La joven que la acompañaba también se dio la vuelta y miró a Diana, que casi estaba arrastrándose gracias al cansancio.

—Oh... —Frances entendió que sí llevaban dando vueltas un buen tiempo. Se había perdido en la conversación con él. Robert era excelente escuchando y casi un experto dándole consejos que ella, por supuesto, ignoraría. Lo importante era que se estaban divirtiendo mucho—. Comprendo.

—No volveré a visitarla. He cumplido con haberle concedido la visita para conseguir lo que le sacaron.

—¿Lo veré en los bailes?

—No lo sé, tal vez, aunque no creo que sea de su interés volver a verme...

Esas palabras no le sentaron bien a Frances que comenzaba a sentirse vacía; sin embargo, le molestaba que aquel no quisiera volver a encontrarse con ella.

—Si no lo veo, será por su causa, no por un deseo mío —confesó.

—No me agradan las fiestas, solo fui porque lord Rotterdam y los demás teníamos una apuesta de la cual ya he hablado. Desmentí que fuera una víbora cruel y desalmada, al menos

usted confirmó eso con su falsa humildad. No olvide seguir fingiendo si quiere tener a Rotterdam en sus manos. Le gusta lo que ha visto, le agradó la dama que mostró que podría ser, por más que usted y yo sepamos que esa personalidad es una farsa. Búsqueme si se ha metido en un problema y no quiere decirle a su cuñado. Estoy seguro de que él le arrancará los dientes y se los pondrá como collar.

—Gracias por alentarme tanto.

—Sé que fracasará, no podrá ser amable por siempre. También lo he comprobado. Es un hecho, anoche no tuve dudas de eso. —Él cogió la mano de ella para darle un beso ahí y despedirla.

Ella lo despidió con una reverencia y lo vio retirarse a largas zancadas. No perdió un segundo para observarlo hasta perderse en el horizonte con su caballo. Suspiró y giró para ver a Diana que ya para ese momento estaba acostada entre las hierbas.

—Levántate, Diana —mandó.

—Ay, no puedo, milady. Me duelen los pies por estar dando vueltas en círculo, sola y aburrida, mientras usted se sostenía en los brazos fuertes de un caballero. Él es tan apuesto...

—Lo es, pero no es para ti ni para mí, es solo alguien con dinero que no puede ofrecer un estatus real para alguien como yo. No debo perder el norte por el atractivo de un caballero.

—Es evidente que él está muy interesado en usted. Cómo la miraba y la sostenía...

—Es suficiente, ven, Diana. —Frances la cogió de un brazo e intentó arrastrarla, pero no pudo moverla—. Enviaré a por ti.

La joven regresó a su casa y vio ahí a Humbert, que llevaba una bandeja de cigarros hacia el despacho de su cuñado.

—Eso junto al whisky es lo que mató a mi padre... —dijo para asustar al sirviente

—Milord estaría contento al morir y saber que se liberará de sus cuñadas. No lo motive al vicio, milady... —replicó.

—Quise intentarlo. Oye, ¿puedes ayudar a Diana? Está afuera, tirada entre la hierba alta, dice que le duelen los pies.

—No se preocupe, me encargaré de ella. Es una doncella holgazana. No sé la razón por la que lord Cholmondeley le dio esta misión de cuidarla.

—Yo tampoco, pero no te olvides de ella.

Humbert asintió. Dejó los cigarros de Daniel en una mesa y fue hacia la entrada. Frances quiso deshacerse de ellos, pero eso solo provocaría a su cuñado, haciendo que él pensara en un castigo cada vez más creativo. Cogió la bandeja y ella misma le llevó aquello para colocarla en su caja que siempre tenía en el escritorio de la misma forma en que su padre solía tenerlo

Golpeó la puerta y entró. Al oír su voz firme, aceptando la entrada, abrió la puerta y miró hacia el escritorio, pero estaba vacío. Daniel estaba mirando a través de la ventana lo que ocurría en el jardín delantero.

—Traigo tus cigarros —comunicó abriendo la cajita para ordenarlos.

—Qué servicial. ¿Qué quieres? Ya sé, que te devuelva tus cosas. —Él se dirigió a su sillón y tomó asiento antes de cruzar sus dedos.

—Sí, sé que lo merezco, he cumplido con tus condiciones a cabalidad.

—Es cierto, tienes tus cosas de vuelta...

Una gran sonrisa adornó el rostro de Frances. Se sentía aliviada al poder tener sus pertenencias de nuevo.

—Te lo agradezco, Daniel.

—No me agradezcas nada, han quedado nuevamente retenidas por cinco días más.

—¡Por qué! —exclamó con vehemencia.

—¿Por qué no le preguntas eso al preceptor y a la señorita Carlington? Para castigarte otra vez debía devolverte tus cosas. Me sentí conforme al ver tu rostro feliz al recuperar todo, pero me puse más contento con la sorpresa después...

—Eres tan malvado...

—No, no, no. Tú no controlas tu boca y eso equivale a problemas. Cuando te comportes como una dama, las cosas cambiarán y tendrás mi respeto. Mientras tanto, confórmate con saber que en cinco días te devolveremos todo y no hagas otra tontería que te deje sin zapatos.

Cerró los ojos y echó su cuerpo en el sillón. Sarah le advirtió que esto solo le daría problemas, pero no podía controlar su lengua cuando se burlaban de ella, era tan visceral que era imposible mantener el control de sus impulsos.

—¿Cómo te fue con el señor Stanton? Es alguien ingenioso, aunque sin título —comentó Daniel cogiendo uno de sus cigarros. Cortó la punta y lo encendió. Le arrojó un poco de humo a su cuñada para que respondiera.

—Es muy agraciado, pero no persigo gente sin título y lo sabes.

—Me alegro. La reputación es importante para que las otras víboras también dejen el nido; sin embargo, lord Rotterdam...

—Lord Rotterdam será tu concuñado. Puedes mentalizarte con eso.

Daniel entrecerró los ojos y sonrió, él sabía que eso no pasaría, no tendría a un renacuajo en esa familia.

Robert regresó a la posada para la hora del almuerzo. Cabalgó un poco por los alrededores de la casa de Frances. Ese lugar era encantador, al igual que ella. Mientras conversaban, en ocasiones, le parecía prepotente y engreída, y en otras, tan vulnerable y amorosa, en especial con su familia. Cuando hablaba de ellos, sus ojos brillaban con emoción contenida. Presumía lo bueno que tenía con orgullo porque los quería y apreciaba y no todo era como lord Rotterdam y los demás habían dicho.

Dejó su caballo en las caballerizas de la posada y entró para dirigirse al comedor que

comenzaba a llenarse. Después de sentarse a esperar el almuerzo, el primero que se presentó y se sentó a su lado fue Luke.

—¿Siempre te despiertas tan temprano? —indagó Luke, somnoliento.

—Buenas tardes, Rotterdam. Sí, suelo hacerlo, pero hoy tenía un compromiso y por eso salí más temprano que de costumbre.

—¿Un compromiso?

—Sí, debía ayudar a alguien con quien me comprometí anoche.

—Solo hablaste con lady Frances Hess... —alegó con suspicacia.

—No es ella, no te preocupes. Estuviste bailando y bebiendo mucho, no me viste conversar con las otras —se excusó.

—Estuve a punto de increparte. Edward y Rick estaban desconfiando de tu interés por milady, además, así me lo has hecho entender.

—¿Te preocupa que pueda acercarme a ella? No deberías hacerlo, está enamorada de ti o al menos de la idea de lo que cree que eres. Yo solo he querido persuadirte para que no hagas cosas de las cuales podrías arrepentirte. Puede ser una mujer avivada que quizá pueda llevarte al abismo del matrimonio. Deberías considerar esa posibilidad.

—Por supuesto que lo considero; sin embargo, sé cómo moverme en este mundo. Si en Londres no me han atrapado, menos una noble rural que no ha sido adiestrada como las mujeres londinenses que son más inteligentes.

—No puedes quitarle importancia a la inteligencia de lady Frances Hess. En una noche te ha echado en su ridículo, ¿no crees que es una habilidad especial?

—Sí, es hábilmente hermosa y seductora a su manera.

La sonrisa ladina en el rostro de Luke hacía que el conde desconfiara de todo lo que se relacionara con Frances. Aquel la enamoraría aún más y después le rompería el corazón. No

deseaba que eso ocurriera, pero ella quería entrar a la boca del lobo. No debería inmiscuirse, mas le daba roncha este asunto y no se confirmaba con rascarse, necesitaba curarse de eso y eso lo conseguiría haciendo que él se alejara o que ella dirigiera su atención a otro.

Esa última idea parecía descabellada, ¿quién sería el otro? Él no estaba listo para el mundo de las relaciones y tampoco quería contar quién era. Prefería pasar desapercibido para continuar su vida. No podía arrojarse a salvar a alguien que claramente le había dicho que no deseaba que la salvaran, entonces, su enfoque debía ser evidente: salvar a lord Rotterdam del amor incondicional de una bella mujer del campo. Hasta sonaba ridículo cuando lo pensaba de esa manera, pero caminaba por el abismo de lo absurdo.

—Debes cuidarte de ella —advirtió Robert.

—No hace falta que me cuides. Estoy pendiente de encontrarla pronto otra vez. Debo llevar mi plan al siguiente nivel: un encuentro en el jardín...

Los otros caballeros se unieron a ellos dos. Cuando ellos revivían sus anécdotas en Londres y los condados, Robert estaba perdido en sus pensamientos. Tendría que acudir a las veladas sin que nadie se diera cuenta para poder cuidarla de lord Rotterdam. Él estaba entusiasmado con la idea de que ella le perteneciera de alguna forma por cualquier periodo de tiempo. No quería asistir a ningún baile, no era agradable ni agraciado con los demás para presentarse de frente y controlar a Luke. Debía estar cerca para actuar solo si la situación fuera de suma importancia, como defender el honor de Frances.

—Esta noche tenemos un baile, ¿irás con nosotros, Robert? —indagó Rick, curioso.

—No, no soy alguien que participe con mucha frecuencia en esos actos. Me aturde la cantidad de gente y prefiero quedarme a buscar un digno adversario para jugar al ajedrez —respondió limpiando su boca con una servilleta después de terminar su almuerzo.

—Nos tientas a quedarnos, pero yo estoy dispuesto a ir a bailar con un par de damas bellas. Si encuentro a lady Frances Hess la noche será exitosa y con muchas oportunidades. Ella es el objetivo —musitó lord Rotterdam.

—Nosotros estaremos ahí para llevarla a ti, confía en nosotros que somos tus amigos... —Al decir eso, Edward miró a Robert. Desconfiaba de él sentía que era un infiltrado en sus filas.

—Sé que cuento con ustedes. Esta noche probaremos suerte. Esperemos encontrar lo que deseamos. ¿Quieres jugar a las cartas, Robert?

La mirada que Luke le dirigió le decía que aceptara, por lo que no podría ir al pueblo a buscar algo para obsequiarle a lady Frances como le había dicho. Quería darle una joya y no sabía la razón. Suponía que no era una forma de conquista, no le serviría. Ella era demasiado exquisita. Buscaba un hombre con título, podría decirle que era un marqués y con eso darle una bofetada, pero no era lo que quería, ¿para qué despertar a la dama codiciosa que vivía en su corazón? Esa carta la dejaba por si necesitaba salvarla, era como un as bajo la manga, solo que podría servir para que le ganaran a él si no pensaba pedirle matrimonio.

Sería un error comprometerse con alguien como Frances y más sabiendo su interés hacia otro hombre. Lo que ellos habían logrado era solo una amistad de una noche. Incluso, tal vez ni siquiera fueran compatibles más de veinticuatro horas. Podían tener largas conversaciones sin parar y sin aburrirse, aunque eso no aseguraba un matrimonio feliz. Le daba miedo que ella le hiciera lo mismo que Julie. No quería invertir en sentimientos, eso lo motivaba a mantenerse al margen y solo actuar si era requerido en una situación escandalosa en la que ella debería ser salvada.

Capítulo 12

Jugó en compañía de Luke y sus amigos hasta casi las cinco de la tarde, después se retiró a su habitación para descansar. Se había despertado antes de lo que acostumbraba, a cierta edad el cuerpo no respondía de la misma manera. Rotterdam y los demás estaban frescos como si nunca hubiesen bebido y bailado la noche anterior, mientras que él parecía atropellado por una diligencia luego de tres copas y un baile. Definitivamente, ellos aún estaban en sus veinte.

Para las ocho de la noche, alguien golpeó su puerta y él fue a abrir.

—Vine a… —Luke lo miró de pies a cabeza. Robert estaba en camisón—. Invitarte…

—Tengo una cita muy importante con mi almohada y no puedo cancelarla —dijo somnoliento.

—Quería que fueses con nosotros a bailar. Tenemos una invitación. Cuatro solteros codiciados que pueden ser la sensación en otra fiesta, piénsalo…

—No quiero cambiar mis planes esta noche. ¿Qué te parece mañana?

—¿Cuántos mañanas me ofrecerás?

—En pocos días resulta que comienzas a conocerme mejor.

—Sí, te encantan las excusas, pero yo soy una persona divertida y tú me agradas. Mañana no habrá forma de que te excuses.

—Estoy de acuerdo. Buenas noches…

—Buenas noches, Robert. Me divertiré por ti. Si encuentro a lady Frances Hess le daré un saludo de tu parte.

—Hazlo por mí. —Robert sonrió y cerró la puerta, aunque en un segundo, esa sonrisa se desvaneció. No quería pensar que ella se encontraría con Luke y caería en sus garras.

Se sentó en la cama y, como por arte de magia, su mente comenzó a emitir imágenes de Frances besando a Luke, después siendo descubiertos por alguien y que ella terminara casada con él… No, es al revés, que él terminara casado con ella. No sabía qué parte de todo era más desgraciado, pero de cualquier forma el panorama no era alentador. Tapó su cara con una almohada y se quedó en esa posición al menos por un minuto, después se levantó de golpe y comenzó a dar vueltas por su dormitorio. Se veía ridículo recorriendo el sitio en camisón, pero él estaba dispuesto a descansar, aunque sus pensamientos eran demasiado crueles para que pudiera quedarse dormido. Su mente le decía que no se metiera, que no era su asunto y que ya había hecho suficiente, que no necesitaba complicar su vida por una mujer que estaba enamorada de lord Rotterdam y no de él. ¿Para qué construir una herida de la cual quizá no pudiera recuperarse más?

Determinado a salvarla de su propia tontería, se vistió como pudo y se puso un lazo en el pelo para que su cabellera no interfiriera con sus nervios. Se acomodó las prendas mientras continuaba su camino para buscar a su caballo.

Partió sin mucha prisa, pues lo que haría era buscar a Frances entre los asistentes, si no la veía, regresaría tranquilo, mas si llegaba a encontrarla se enfocaría en que no cometiera un error.

***

Durante la tarde de ese día, Frances estuvo apareciendo hasta en el té de su cuñado. Si bien sabía que había perdido por unos días más sus preciadas pertenencias, mas las fiestas ya deberían estar permitidas. Primero él se había negado, en cambio, después aceptó, porque ella tuvo que recordarle a Daniel que siempre cumplía sus promesas, entonces, ella consiguió que le liberaran varias noches de fiesta, por más que fuesen pequeñas. Estaba segura de que en donde estuviese lord Rotterdam ahí se encontraría el señor Stanton. No sabía cuál de esas ideas le gustaba más, si discutir con un hombre sin título o perseguir a uno que era «conveniente» a sus ojos, aunque no a los de lord Cholmondeley que al final de cuentas tenía la decisión en sus manos y era evidente que, si podía, echaría por tierra cualquier relación con lord Rotterdam y no sabía las razones.

—Lo has conseguido —masculló Daniel que era arrastrado por Frances para subir al carruaje. Como su tutor, él siempre debía estar ahí. Cuando pensaba que después de esta joven tenía a otras tres más, su espíritu sucumbía a la presión de ni siquiera intentar tener más hijos por miedo a tener una niña. Eso lo inquietaba, por lo que con Mildred habían decidido esperar más

años para considerar ese asunto, pero mientras se cuidaban de varias maneras.

—Sí, porque no dejé que fingieras demencia.

—Ten cuidado con el asunto de buscar lo que no se te ha perdido, que buscando a un caballero no se te escape la decencia —aconsejó Mildred.

—Considero que estoy de suerte. Si hoy logro bailar con más caballeros, tendré más oportunidades de conseguir más gente adinerada. Piensa en lo bueno que puede ser eso para mí.

—Solo personas con título, Frances, salvo…

—El que me gusta. —Ella cortó a su cuñado.

—Qué inteligente, pero te pasarás ese único pensamiento racional por la oreja para limpiarla. Te conozco, si quieres tener tu ruina la tendrás, pero conoces las consecuencias —advirtió Daniel.

—Lo sé, no soy tan tonta.

—Déjanos dudar de eso. —La condesa empujó a su hija al carruaje y partieron.

Todos los que acompañaban a Frances preferían estar en su casa acostados o bebiendo una copa de vino en el salón, pero ella había arruinado esos planes desde la tarde, quería aprovechar los bailes, le gustaban mucho. Su castigo solo permanecía para sus joyas y vestidos, pero no para sus salidas. Ese fue un pequeño vacío que su cuñado no había considerado para mantenerla en la casa.

Al llegar al evento, no dejó de buscar a las personas que le interesaban. Encontró a lord Rotterdam con la mirada y sonrió. Tenía la oportunidad de volver a bailar, solo tenía que ser inteligente. Cuando él la distinguió vio que la joven le entregaba una sonrisa pícara. No perdió ni un segundo, cogió otra copa, una especial para ella y se acercó para conversar.

—Buenas noches, milady… —saludó animado.

—Buenas noches —correspondió Frances tan animada como él, hizo una reverencia y cogió

la copa que aquel le ofrecía—. Qué amable. Veo que está con sus amigos, pero no veo al señor Stanton…

La mirada de Luke cambió por un brillo diferente. No le gustaba que ella estuviera interesada en él.

—Él prefirió ir a otro lugar. Tiene un par de jovencitas enloquecidas a las que no debería alentar, pero es así. Le sobra tiempo, a su edad sigue siendo un mujeriego.

Esas palabras parecieron golpear el ego de Frances, se creía especial para tener a ese hombre a su disposición; no obstante, lo que lord Rotterdam decía, coincidía con el hecho de que se suponía que el señor Stanton no gustaba de los bailes, pero eso era una gran excusa para estar en otro lugar con más damas. Por supuesto, ese caballero era demasiado amable para pasar desapercibido por las demás mujeres. Ella no era importante en su esquema de coquetería. Debía ser un experto seductor.

—Me alegro de que el señor Stanton se divierta tanto en Cheshire, al igual que usted.

—Pero yo jamás la cambiaría, usted es la más bella de todas. Stanton cree que hay otra más bonita en otro lugar, por lo que no sabe apreciar la verdadera belleza.

Luke cogió la mano de la joven y dejó un beso en ella.

Pese a que le agradaba la atención que recibía de lord Rotterdam, su mente viajaba a Robert y recordaba la decepción. Eso le pasaba por fijarse en el atractivo de un hombre sin dinero, libertino y solterón. Lo único que deseaba era enfrentarlo y hacerlo sentir tan inferior como una rata.

—¿Debo hablar con su cuñado para tener un baile con usted? —curioseó Luke que no soltaba su mano.

—No, solo debe colocar su nombre en mi carnet. —Ella se lo entregó para que estampara su firma en el sitio. Lo vio hacerlo y después se lo devolvió.

—Me quedaré con usted hasta que llegue nuestra pieza. ¿Cómo estuvo su día?

—Recibí la visita de un caballero en la mañana…

—¿Quién? ¿Por qué? —increpó con más confianza de la necesaria.

—No se preocupe, era solo alguien sin importancia al que mi cuñado despachó con tranquilidad. Esa es la razón por la que hablo tanto de Daniel, me cuida tanto…

—Me alegro de que su cuñado actuara pronto para espantar a ese hombre.

—Si no le gusta algo, no lo oculta. —Frances fue condescendiente con Luke, después miró hacia un costado y los ojos de águila de su cuñado, no tardaría en colocar sus garras en aquel y echarlo; sin embargo, ella cogió a lord Rotterdam del brazo y lo instó a perderse a su lado—. Lo mejor es que nos vayamos hacia otro sitio…

Eso tomó por sorpresa a Luke, pero no se opuso, la acompañó y comenzaron a conversar.

—¡Lo ha hecho! —exclamó Daniel negando con la cabeza—. Y luego dicen que el pez no cae por la boca.

—Lo he visto también, querido. Sé que estás haciendo más de lo que deberías…

—No es suficiente. Lo echará a perder todo para Penélope, Hannah y Alethea. Si sigue así, irá a Londres con ustedes —alegó la condesa, preocupada.

—Sí, y tomaré decisiones que no le gustarán…

Mientras que su familia hablaba de ella en secreto, Frances se alejaba con lord Rotterdam. Aquel aprovechó la situación para llevarla a un rincón alejado del salón, esperaba conseguir algo más en ese sitio. No soltó el brazo de la joven mientras se escondían.

—Me alegro de que aquí podamos disfrutar de un poco de privacidad —habló lord Rotterdam, sonriente.

—Aunque me parece que este sitio no es apropiado para una dama y un caballero, lord Rotterdam —musitó Frances, juguetona. Era evidente que ese pequeño rincón formaba parte de uno de los símbolos de alarma que su institutriz y el preceptor le habían dicho, pero le gustaba

jugar sobre la cuerda floja y probar sus propios límites. ¿Hasta dónde dejaría que lord Rotterdam llegara?

—¿Inapropiado? Inapropiado sería intentar hablar entre aquel gentío. Escuchar su voz es lo más gratificante —agregó lambiscón.

—Qué galante… —Frances notó que el conde colocaba su otra mano en su antebrazo y la giraba un poco con dirección a él. La estaba acercando a su cuerpo más de lo necesario. Eso le parecía extraño, aunque no incómodo. Cuando aquel se acercaba con solo Dios sabía qué intenciones, la música se detuvo. Era el momento de que las parejas que bailaban se despidieran y entrara el nuevo grupo—. Parece que ha llegado el momento de bailar.

Lord Rotterdam lamentaba que tan buen momento fuese arruinado por la música, aunque no se daría por vencido, ya que la notaba feliz y complaciente. Fueron junto a los demás danzantes, volviendo así a la vista de todos después de perderse solo por unos minutos que no fueron suficientes para condenarla.

***

En el jardín, junto a unos arbustos cerca del salón, Robert se encontraba husmeando. De tan apresurado que estuvo, no recordaba haberse sacado el camisón, podría estar vestido como un viejo senil a causa del apuro, mas eso no lo detenía de su misión: vigilar que lord Rotterdam no se pasara de listo con Frances. Ella estaba tan equivocada sobre ese hombre que podría meterse en problemas de los cuales no podría salir bien librada. Los amigos de Rotterdam se encontraban como tiburones rondando el salón, ellos no bailaban, solo bebían, si no encontraban a una dama fácil, simplemente permanecían al acecho.

Después de buscar por un largo rato, distinguió la fuerte presencia de lord Cholmondeley que observaba todo a su alrededor con una desaprobación incipiente. Aquel era intolerante a la tontería y, suponía que, si él estaba ahí disconforme, su cuñada debía estar haciendo algo que lo molestara. No tardó mucho en descubrir que aquella se encontraba bailando en compañía de Luke. Él tenía el rostro de un verdadero fatuo bailando con ella. Un atisbo de celos se hizo visible en su rostro por más que nadie pudiese verlo, mas Robert podía sentir que algo semejante a eso se apoderaba de él.

Tendría que tolerar ver aquello por un buen rato hasta que acabara. Sabía que el manual de

los libertinos decía que después de un baile, Luke la llevaría a un sitio oscuro e intentaría besarla.

Capítulo 13

Soportó ver a Frances sonriendo ante todas las tonterías que Luke, sin dudas, le estaba diciendo. Él era un hombre sin oficio ni beneficio alguno para este mundo, robaba el aire de las criaturas necesarias en la faz de la tierra. No le gustaba ahí estar como un espectador más de la vida. Debería estar ahí, cuidando de esa joven a la que involucró con un sinvergüenza sin darse cuenta de la tontería que había hecho al servirla en bandeja de plata.

Una vez acabado el baile, lord Rotterdam se pegó a ella como una sanguijuela escuálida que se disponía a drenar toda la energía posible. Lo que más le molestaba era que hacían una buena pareja. Ambos eran atractivos y más aún Frances. La juventud de Luke, además de sus facciones y su sonrisa coqueta, lo convertían en un hombre deseable. No le gustaba tener que admitir que aquel se veía genuinamente feliz. Sabía que él se había burlado sin asco de Frances, mas tenía algo diferente en la mirada cuando se acercaba a ella. No solo notaba el espíritu de conquistador, sino que eso parecía una admiración extraña en su mirada, no quería pensar que Rotterdam pudiese pensar en perder la guerra de la soltería con una dama de la que se había burlado y de la que no sentía vergüenza al hablar mal.

Lord Rotterdam le consiguió una copa de vino y no se alejó de ella una vez que abandonaron el centro del salón de baile. Él parecía suelto al hablar y reía, arrebatándole unas carcajadas que Frances escondía detrás de su mano. Esa conversación era tan distinta a la que habían mantenido esa mañana. Le daba cierta envidia la familiaridad con la que se trataban, quizá ambos comenzaban a enamorarse. Sacudió su cabeza para sacar esa idea, era descabellado, absurdo y demasiado anticipado, llevaban solo un día hablando, aunque se conocían por más tiempo de una manera extraña, Luke le llevaba una gran ventaja.

Quería saber de qué estaban charlando, pero no podía dejarse ver y que su mentira de la cita con su almohada cayera, sepultando la veracidad de sus palabras para siempre. Un caballero no era nada sin su palabra.

Los vio moverse hacia un balcón alejado del resto. Los siguió a través de las plantas e incluso pisó los tulipanes que estaban ahí. No se había dado cuenta de su pecado hasta que las vio aplastadas por sus pisadas. Con remordimiento continuó su caminata hasta llegar a su objetivo. Desde esa distancia no solo podía observarlos bien, también podía oírlos.

—Es una gran noche, lord Rotterdam, es usted tan divertido —lo alagó un poco mareada por la frecuencia con la que ese caballero le conseguía las copas. Ella no veía nada malo en que le pasara una tras otra, pero consideraba que era el momento de parar, conocía los límites y había llegado ahí.

—Me encanta, milady. Es usted una compañía tan grata y encantadora. Lamento no haberme acercado antes por cosas que habían dicho de usted. No me atreví a aventurarme y me arrepiento de haber perdido el tiempo… —Luke se acercó a la joven, no sin antes mirar hacia todos los lados y cerciorarse de que tenía vía libre para actuar. Sus amigos lo respaldaban.

El tono de lord Rotterdam había cambiado y ella lo notó. Al parecer él había caído más rápido de lo que Frances creía, pensó que sería más difícil tenerlo a sus pies después de haberlo escuchado decir las peores cosas sobre su persona.

—Usted también es encantador, milord. No puedo esconderme mucho tiempo de mi familia, así que debo regresar al salón.

—¿Prefiere el salón y no la magia de la noche? —Él cogió la mano de ella.

—Por supuesto que no, es solo que notarán mi ausencia y esto no será tan malo para mí como puede serlo para usted si mi cuñado lo ve con sus manos tomando las mías. Al menos perderá unos dedos.

—No creo que lord Cholmondeley sea capaz de algo semejante. Solo nos dará un pequeño castigo...

Ella quiso carcajearse, pero no iba a discutir lo que Frances sabía que Daniel podría hacer en caso de estar muy molesto y conocía a la perfección que cualquier castigo recibido no sería uno pequeño, pues aquel buscaba herir, mutilar y matar si podía.

—De todas maneras, es mejor no probar su paciencia, no ha nacido con mucha.

Él no la soltaba, llevó esa mano hacia sus labios y besó su extremidad, dirigiéndole a Frances una mirada seductora.

La risa nerviosa que ella le daba era un poema. Se sentía incómoda. Días atrás hubiese creído que ese acercamiento del conde era lo mejor del mundo; sin embargo, no se sentía genial como había creído.

—No puedo dejar ir a la compañera más especial que he conocido...

Robert pronto se arrancaría las orejas para no escuchar la sarta de tontería que decía Luke para retenerla. Ella no estaba interesada en sus atenciones y aquel la estaba forzando. No podía salir de entre esos arbustos para darle una paliza decente a Rotterdam, solo podía observar desde su lugar lo que acontecía.

—Me encanta oírlo decir eso y superar sus prejuicios contra mí. Ahora sabe que soy una dama de principios igual que la mayoría, aunque debo admitir que me gustan las joyas caras... —Frances alargaba su agonía. Consideraba que su parte sociable quería regresar a su casa y dormir, aunque admitía que sería difícil conciliar el sueño, porque Robert ocupaba su mente por haberla engañado. Quería desplomarlo como a un pato. No hacía falta que se acercara a ella como un conquistador, él sabía que no le interesaba alguien sin título, mas le gustaba tenerlo cerca con sus falsas conversaciones bienintencionadas. Debió ver las señales de alerta que eran hablar mal de lord Rotterdam haciéndolo quedar a aquel como un aprovechado y después mentir con el asunto de las fiestas diciendo que no le gustaban tanto. Todo era parte de un plan malicioso de su parte, por eso lo mejor era quedarse ahí en compañía del conde—. Es el vicio de toda dama.

—Es comprensible. —Los ojos de Luke recorrían la boca de Frances que tenía una sonrisa ligera. Algo le decía que necesitaba meterse en problemas por ella—. Las damas tan hermosas como usted saben valorarse y buscan otros que las valoren igual, mas su belleza no necesita de más joyas, usted es naturalmente perfecta.

El entusiasmo que mostraba lord Rotterdam por ella no le parecía algo convencional. Por supuesto que le encantaba escuchar esos halagos, pero consideraba que era todo muy reciente para referirse así a ella.

—Qué palabras preciosas me ha dicho, pero lamento decirle que debo regresar con mi cuñado.

—La dejaré ir con la condición de que me deje darle un beso.

Tanto Robert como la misma Frances se quedaron de piedra al oír lo que Luke había dicho.

La joven nunca había besado a alguien y sentía curiosidad por saber lo que se sentía, pero ese balcón era un lugar demasiado público y los dos comprometerían su reputación.

—Milord, no es posible aquí... —comentó Frances para el alivio de Robert—. Podemos ir a una parte más alejada del jardín...

Aquel alivio le había durado muy poco a Robert, porque al escuchar el resto de lo que había dicho la jovencita, su quijada quedó en el piso.

La locura brillaba en los ojos de Luke. Esa dama era mejor de lo que esperaba y no podía estar más contento. Entonces, observó hacia el jardín encontrando un lugar perfecto.

—Allí —señaló con discreción—. Nos encontraremos en ese sitio en un rato. Primero irá usted y yo tardaré un poco...

—Sí, milord.

Pareciendo muy obediente, ella fue hacia el salón, miró a su familia y fingió ir hacia la mesa del tentempié. Cuando ellos la vieron sin la compañía de lord Rotterdam parecieron disminuir el nivel de asesinato que transmitían sus miradas. Se escabulló hacia el lugar para esperar al hombre. Sabía que lo que hacía no era correcto, pero se sentía estafada por Robert y sabía que este evento llegaría a sus oídos. Quería saber qué le diría la próxima vez que lo viera.

Mientras tanto, Robert comenzó a moverse por el sitio, no podía permitir que algo ocurriera. Con discreción llegó antes que Frances al sitio y aguardó un poco nervioso. No sabía cómo actuar sin ponerse en evidencia.

Frances intentaba pasar desapercibida, era evidente que una joven sola en un rincón alejado de todo era algo demasiado sospechoso para pasarlo por alto, pero nació con la cara tan dura que fingía la más absoluta demencia. Después de unos minutos distinguió la esbelta y alargada figura del conde que se acercaba hasta ahí.

Cerró los ojos por un segundo y sintió que su corazón se aceleraba por lo que estaba haciendo. Sabía que eso no era correcto y que iba en contra de todo lo recomendable para una dama, pero estaba cerca de conseguir demasiadas cosas, desde molestar a Robert hasta conseguir la oportunidad de tener a lord Rotterdam para ella.

Con la confianza del mundo, Luke se acercó y sonrió con coquetería.

—Estamos solos, milady. No pensé que usted tomaría la iniciativa... —dijo sintiéndose conforme con ella. Definitivamente era cierto que lady Frances Hess se sentía muy atraída por él, la tenía comiendo de su mano.

—Esto debe ser breve, milord, o ambos complicaremos nuestra vida de una manera que no deseamos.

—Está bien. Este será el principio de muchos besos más... —Aquel se acercó con tranquilidad y colocó su mano detrás de la nuca de Frances para atraerla hacia su boca.

Robert no sabía qué hacer, entonces cogió lo que él creía que podría ser tierra y se la arrojó a Luke en el rostro antes de que se acercara a ella.

Este comenzó a escupir la tierra y miró hacia la densa oscuridad de la que vino aquel ataque.

—¿Qué demonios...? —preguntó limpiándose con un pañuelo.

Frances se quitó un poco de la tierra que había salpicado su ropa. ¿Qué pudo haber sido eso? No sabía de dónde había salido aquello.

El marqués se dio cuenta de que aquello no fue suficiente para que Luke se rindiera, entonces decidió usar una táctica más agresiva: comenzaría a hacer ruidos para asustarlos, sonidos de animales. Rezaba que su imitación de un animal los espantara a ambos.

Unos gruñidos comenzaron a oírse entre los matorrales cercanos. Además de que se notaba que las hojas se movían anticipando que algo se acercaba.

—¡Es un animal! —exclamó la joven, apresurada. No esperó a lord Rotterdam. Comenzó a correr.

El otro quedó un poco rezagado, pero también corrió hacia el salón.

Cuando Robert se dio cuenta de que su plan había resultado a la perfección, por primera vez se dio el lujo de echarse una carcajada y unas palmaditas en la espalda por lo que había hecho. Los rostros que apenas distinguía le dio una gran satisfacción. Una vez que se calmó fue hacia el área de los sirvientes y le pidió a uno de ellos que le diera un mensaje a la joven. Entonces, él pudo retirarse tranquilo, no volverían a intentar encontrarse a solas y menos en ese jardín.

Dentro del salón a Frances todavía le latía el corazón con fuerza. Fue un susto de muerte saber que un animal los había estado acechando. Le parecía extraño que alguien dejara suelto a su perro, salvo que fuese un animal salvaje que llegó hasta la casa del anfitrión de esa noche.

—Disculpe, milady. Un caballero ha dicho que la esperará mañana en donde el ganso muerde... —habló el sirviente al que Robert le había dado la instrucción, luego se retiró sin que ella pudiera preguntar por la persona que lo envió.

Se quedó de pie esperando entender lo que aquel quería decir. Pensó por un largo rato hasta intentar dar con una explicación racional.

—¡La laguna! —exclamó llamando la atención de los que se encontraban cerca de ella. Se sonrojó por haber alzado la voz. Se disculpó agitando un poco la mano y sonriendo nerviosa—. Robert...

Esta última palabra la había dicho como un susurro. Solo podía ser él, pues a nadie más lo había invitado hasta ahí.

Capítulo 14

No podía creer la caradurez de Robert después de haberla engañado, aunque deseaba saber cómo había logrado dar con ella y enviarle un mensaje si él no había ido. Era evidente que quería morder más de lo que podía masticar. Le daría el gusto de encontrarse en la laguna de la propiedad y lo arrojaría frente a los gansos para que lo devoraran por su tontería.

Saber que aquel estaba pendiente de ella le daba cierto orgullo, pese a que no debería estar contenta, sentía cierta satisfacción al saber que pronto lo volvería a ver y podría encarar la situación que lord Rotterdam le había dicho sobre el libertinaje de Robert. Por supuesto que lo convertiría en picadillo y después se lo comería en un pastel de carne por intentar embaucarla con su caballerosidad y su coquetería disimulada. Gracias a él no podía concentrarse en mantener fijo su objetivo. Estuvo tan cerca de estar besándose con el conde de Rotterdam, pero Dios parecía estar del lado del señor Stanton para arruinar el único momento perfecto para tal acto.

No quería pensar que el señor Stanton fuese la criatura consentida de Dios y que por eso aquel había impedido un encuentro tan íntimo. Ella esperaba poder besarlo en una próxima oportunidad para saber qué se sentía ser besada. Eso no le traería problemas, solo «no debía abrir las piernas». Esa era una expresión utilizada por el preceptor que siempre discutía sobre la enseñanza de la señorita Carlington, la criticaba por no decir lo suficiente para que una niña no cayera en las garras de un caballero inescrupuloso. Insistía en que no tenían una buena preparación para llegar ignorantes hasta el matrimonio en los aspectos amatorios. Aquellas palabras siempre lograban su objetivo: escandalizar a la institutriz.

—La próxima vez que desaparezcas de nuestra vista, será la última —amenazó su cuñado que se colocó junto a ella. Después su hermana y su madre también lo alcanzaron.

—No hice nada malo. Bailé, bebí un poco, y conversé...

—Conversaste con un mono, no sabía que podías hablar con los animales. No existe nadie más primitivo que lord Rotterdam —acusó Daniel.

—¿Por qué lo odias tanto?

—Porque trato de informarme de las personas que vienen a Cheshire y porque tengo experiencia como caballero. No toda la vida fui un esposo adorable como hoy en día.

—Sigues sin ser adorable —reprochó Frances que cruzó los brazos bajo el pecho.

—Entiendes lo que él quiere decir, Frances. Déjalo ser como quiera, ese no es nuestro asunto —la reprendió su madre—. No puedes escaparte con los caballeros y tampoco puedes actuar como una jovencita sin responsabilidades. Tienes la obligación de pensar más de dos veces en las cosas que harás. Es por tus hermanas, piensa en ellas.

—Pienso en ellas en la misma cantidad de tiempo que invierto en pensar sobre la inmortalidad del cangrejo. No me importan más de lo que mi vida pueda importarme. Quiero ser feliz y no me arriesgaré a perder mis oportunidades por culpa de tres deslenguadas.

—Basta, Frances. No podemos obligarte a que pienses en ellas, solo concéntrate en no echar por tierra tus valiosas oportunidades de ser feliz por alguien que no vale las lágrimas que derramarás si cometes un error —habló Mildred.

Frances no podía discutir con Mildred, ella era la persona más decidida y sacrificada que había conocido en la vida. Desde que las cosas se pusieron difíciles ella había tomado las riendas de la familia como una verdadera guerrera, conquistando al ogro que antes de ser parte de los Hess no tenía a nadie, aunque pensaba que él extrañaba su antigua vida son molestias; no obstante, cogió a Mildred con toda la carga que llevaba. Podía decidir no involucrarse, pero Daniel amaba tanto a su esposa que haría más de lo imposible por apoyarla y desaparecer sus preocupaciones. Ella también quería un amor tan hermoso como el de ellos.

Después de escuchar un par de reproches más, se despidieron del anfitrión y fueron al carruaje para dirigirse a la residencia y poder descansar.

Los pensamientos de Frances vagaban dispersos entre la locura y la razón. Había hecho cosas muy locas esa noche sin escuchar a la parte racional que le advertía que se comportara porque existían riesgos, pero el orgullo herido era un mal consejero. Las palabras de lord Rotterdam sobre el señor Stanton la habían golpeado anímicamente sin darse cuenta. Ni siquiera debería importarle nada sobre ese caballero, pero cada tanto se encontraba pensando en él y le sorprendía lo tonta que se sentía al hacerlo. No quería desviarse de su objetivo, había trazado una línea e iba por buen camino para conseguir la atención del conde de Rotterdam. Ella podía

convertirse en una esposa tan devota como Mildred y el caballero podría ser como Daniel. Rezaba para que su matrimonio fuese tan feliz.

Al llegar a su casa, ella fue a su habitación y esperó a que Sarah la ayudara a cambiarse de ropa para descansar. No le contó nada sobre el señor Stanton y la cita que tenía con él en la laguna.

—Su cuñado estuvo ocupado el día de hoy escribiendo una carta... —contó la doncella que trenzaba el cabello de la joven.

—¿Le escribió al señor Sinclair?

—No, a su amigo que vive en Londres. Escuché que le dijo a Humbert que preguntaría por señor Stanton y sus antecedentes en la ciudad. Si existía algo malo, lord Cholmondeley estaba dispuesto a descubrirlo.

—No sabía que él estaba tan obsesionado con saber quiénes se acercan a su cuñada. Se ha tomado muy en serio el asunto de cuidar de nosotras. A veces me siento malagradecida cuando sé que hace estas cosas por nuestro bien, pero se me pasa cuando me pone esos castigos tan crueles para una dama. ¿Sabes lo que es estar sin mis joyas? Me siento desnuda en ocasiones. Daniel ha sabido en qué lugares golpear para causar mucho daño por más que entiendo que quiere lo mejor para mí.

—Espero que el señor Stanton no resulte tan mal en esta investigación de su cuñado porque lord Rotterdam ha sido desaprobado desde un principio.

Las palabras de la doncella le hacían pensar en que Daniel siempre estaba un paso más que ella. Siempre se estaba anticipando a todo y era evidente que tenía informantes de confianza. ¿Cómo no supuso que encontraría la forma de informarse sobre el señor Stanton? Fue muy tonto de su parte no creer más capaz a su cuñado.

—No creo que el señor Stanton sea alguien para preocuparse, pues es alguien sin título y que no ha ofrecido más que solo una visita inocente.

—Según lo que ha dicho Diana, su visita no ha sido solo inocente. Dijo que la miraba con demasiado interés, más del necesario, como cuando su cuñado mira a su hermana —confesó

Sarah.

—Diana debió interpretar mal lo que vio. El señor Stanton y yo hemos quedado como amigos temporales mientras él esté en Cheshire. Es nómada, por lo que supongo que hasta Daniel está perdiendo el tiempo para averiguar algo.

—Imagino que quiere sacar su sucio pasado para alejarlo, pero la verdad es que no importa. El señor Stanton me ha contado la razón por la que es nómada y se debe al engaño de su prometida, Julie.

Sarah escuchaba con atención. Haciendo caras de sorpresa a la vez que la joven contaba con lujo de detalles lo que sabía de la vida privada de aquel. En ese instante se estaba convirtiendo en vida pública. Después de dejar preparada a la joven para dormir, la doncella fue por el pasillo y dio un par de toques a la puerta de la habitación del conde solo para que aquel reconociera quién era.

—Espero que sea importante, Sarah… —habló Daniel al abrir la puerta.

—Por supuesto que sí, milord. —Ella percibió que a través de la puerta entreabierta se escapaba el aroma del perfume de su esposa, por lo que debía ser breve—. Milady me contó algo sobre el señor Stanton. Dice que es nómada y que recorre por todas partes gracias al engaño de una prometida de nombre Julie que se casó después y ahora es condesa.

—Esa información es más específica, se la daré a Derek. —Cerró la puerta en la cara de la doncella. Esa era su manera de despedirse.

—Solo debería decir gracias —reprochó la doncella en voz baja a la vez que se retiraba hacia las habitaciones de la servidumbre.

Daniel no fue hacia la cama en la que lo esperaba Mildred después de acostar al hijo de ambos.

—¿Ha ocurrido algo interesante? —indagó su esposa.

—Sí, más información sobre el señor Stanton. Te he dicho que tengo la sospecha de que no existe ese hombre.

—Creo que te estás tomando este asunto demasiado en serio. Ese hombre no ha hecho nada para que lo persigas y desconfíes de él.

—No es desconfianza… Bien, me pillaste, sí es desconfianza. Escucha, no soporto a tu hermana, pero eso no significa que deba dejar que cualquiera con malos antecedentes se acerque. Recuerda que es su futuro y el nombre de tu familia el que puede verse involucrado en un escándalo.

—Si averiguar sobre él te hace sentir mejor, entonces continúa.

—No es por mí, es por Frances. Ella no puede distinguir una mariposa de una polilla. Está tan hueca que podríamos golpear su cabeza y el sonido tendría eco. No sé cómo has tenido la desgracia de vivir con estas personas.

—Estás satanizando a mi familia. También soy irracional.

—Solo a veces. No quiero que vuelvas a desmeritar tu perfección, Mildred. Aprendamos a sobrevivir aquí… —Él se sentó en el escritorio de la habitación y comenzó a escribir una carta. Daniel no pensaba perder tiempo, cualquier retraso podría significar la entrega inconsciente de su cuñada a algún perdedor.

Al acabar su carta, el conde fue hacia la habitación de los sirvientes. Aquellos pensaban que todos en la casa dormían, entonces se dio cuenta de que ninguno estaba ahí, sino que estaban en las caballerizas bebiendo y bailando entre ellos. Carraspeó su garganta y los sorprendió. Todos corrieron como hormigas huyendo del peligro.

—Humbert…

Aquel fue el único que no había podido escabullirse para salvarse. Tuvo que quedarse ahí de pie con el vaso de vino en la mano.

—Milord, yo…

—No hay nada que explicar, pueden estar aquí, solo que mañana es requisito despertar a tiempo. Consigue que alguien lleve esto a Londres en la brevedad. Necesito una respuesta de

Derek.

—Por supuesto, milord.

Cuando se fue, los sirvientes salieron de sus escondites y se quedaron en silencio.

—¿Es otra carta? —inquirió Diana.

—Sí, al parecer alguien ha filtrado información para él y ya lo conocen, no se detiene hasta conseguir lo que quiere. ¿Quién ha bebido menos para cumplir el encargo? —preguntó Humbert bebiendo un trago antes de que alguien se ofreciera de manera obligada.

***

A Frances le había costado conciliar el sueño la noche anterior. Estaba somnolienta por andar pensando en lo que había ocurrido con el conde de Rotterdam y más aún con el misterioso mensaje de Robert con el sirviente. No sabía en qué horario debería estar ahí, pero tampoco importaba que él esperara por ella por ser un libertino sinvergüenza.

Bostezó al llegar al comedor y se sentó en su lugar arrojando su cuerpo a la silla.

—Un trapo tiene más vida que tú —dijo Penélope burlándose de ella.

—Ya te llegará el tiempo de beber vino, bailar y soportar la mirada de águila de tu cuñado, como si todos en ese salón fuesen sospechosos de un crimen —pronunció Frances que volvió a bostezar.

—La niña consentida se queda de sus privilegios y de cuidado que recibe por parte del esposo de su hermana mayor. Qué malagradecida eres —la reprendió Hannah en tono burlón.

—Envidiosa… —acusó Frances.

—¿Se les olvidaron los modales? Buenos días… —saludó Mildred que se acercó al comedor con su hijo en brazos—. No deberían pelear tan temprano. Hay gente aquí que anhela la paz.

—¿Puedes dejar que cargue al niño? —indagó Alethea que abrió sus brazos para que su sobrino se fuese con ella y su hermana se la entregó.

—Ellas no tienen buenos modales, Mildred, yo solo tengo sueño y quiero seguir durmiendo.

Capítulo 15

La familia completa se había reunido para el desayuno. Cuando los sirvientes comenzaron a servir, alguien golpeó la puerta y Humbert fue a abrir, unos segundos después la sonrisa del letrado se asomaba en aquel comedor.

La condesa se sonrojó de inmediato al sentir los ojos de sus hijas clavados en ella. Era evidente que todas ellas parecían estar a punto de estallar queriendo lanzar alguna frase que hiciera arder el día.

—Buen día, señor Sinclair, ¿ha venido a ver a nuestro cuñado o a nuestra madre? —cuestionó Alethea que se adelantó al resto.

—¡Qué preguntas haces, Alethea! —exclamó su madre, escandalizada—. Por favor, siéntese, señor Sinclair, y no le haga caso a esta niña que no piensa la mayor parte del tiempo.

—Madre… —murmuró la niña que la miró reprobando su comportamiento.

—Buen día para todos. He venido a conversar con lord Cholmondeley —confesó el letrado.

—Me alegra saber que soy su objetivo el día de hoy, señor Sinclair, es por paz de mis cuñadas —correspondió Daniel, que luego de decir eso le dio un sorbo a su copa de agua.

—Lleva mucho tiempo sin venir, señor Sinclair, mi madre puede sentirse sola y conversar más de lo debido con el señor Carpenter… —comentó Penélope, insidiosa.

—¿El señor Carpenter? Creí que ya era un cadáver… —farfulló el señor Sinclair queriendo descartar la teoría de Penélope.

—Mi madre lo ve en los bailes a los que vamos —contó Frances. Su progenitora solo era educada con aquel vecino, su interés era evidente por el señor Sinclair.

Los ojos del letrado buscaban una explicación a las acusaciones en la mirada de la condesa viuda.

—No haga caso a las niñas, hablan por hablar. Conversaré con el preceptor sobre ciertas actitudes, y para las niñas que ya no están bajo la tutela de un educador, puede ser simplemente acusada con la máxima autoridad de la casa… —alegó la condesa triunfante al ver el rostro desesperado de sus hijas, menos de Hannah que comenzaba a volverse un poco más razonable que el resto que actuaba por impulso sin calcular los problemas que podrían tener.

—Me ocuparé del castigo para Frances que todavía tiene un poco de cuota por escurrirse en la oscuridad durante un baile —agregó su cuñado para aumentar la desesperación en Frances.

—Admito que exageré la situación, señor Sinclair, mi madre saluda con amabilidad a ese hombre como saluda a cualquier otro —asumió Frances queriendo reducir su pena condenatoria. Si seguía así pronto estaría casada, pero también castigada, ya que nunca podía dejar de meterse en problemas por culpa de su estupidez.

—Lo rápido que estas jovencitas de hoy en día cambian sus versiones, ¿y tú, Penélope, no tienes nada que decir? —pidió su madre.

—Tal vez… solo tal vez me equivoqué en mi apreciación, señor Sinclair —murmuró sin querer decir nada más.

La admisión de la tontería por parte de las dos niñas causaba gracia en la mesa. Era parte de la diversión de tener una gran familia.

Después del desayuno, Frances cogió su caballo como lo haría cualquier día, no dio pistas de nada de lo que haría al irse, solo salió y cabalgó hasta perder de vista la casa. Iba a buscar su encuentro con el señor Stanton, lo increparía de tal forma que no le quedarán ganas de volver a acercarse a ella en lo que le quedaba de vida.

Llegó hasta la laguna en la que solo estaban los gansos caminando alrededor del agua. Ella aprovechó para atar a su caballo y esperar a que aquel caballero se acercara.

Unos momentos después oyó el sonido de un caballo, entonces ella supo que el enfrentamiento con Robert estaba cerca. Aprovechó su reflejo en el agua para arreglarse un poco más después de que el viento removiera su cabello en varios ángulos.

Robert llegó hasta ese lugar de la propiedad después de haber pensado mucho tiempo en cómo hacerlo. Frances se encontraba en ese sitio, cruzada de brazos bajo una sombra. La verdad le sorprendía encontrarla ahí. La curiosidad debió ser la razón para que lo esperara. Él dejó su caballo junto al de ella y sonrió antes de acercarse con una mano detrás de la espalda y la otra en la cintura.

—Buen día, lady Frances Hess —saludó con su habitual seriedad. Extendió la mano para que ella le diera la suya, sin embargo, eso no ocurrió. Aquella no estaba dispuesta a ser amable. Algo había cambiado en ella desde ayer.

—Señor Stanton... —pronunció con frialdad. Aguardó unos instantes antes de hablar otra vez—. ¿Ayer no se divirtió lo suficiente en otro lugar? ¿Por qué me ha citado aquí?

—Siento un poco de hostilidad por su parte.

—¿Hostilidad por mi parte?

—Ahora siento sarcasmo.

—Pues déjeme decirle que he descubierto a lo que se dedica, señor Stanton —escupió con suficiencia—. Creí que seríamos sinceros entre nosotros, usted se suponía que deseaba una amistad temporal...

—No estoy comprendiendo nada —admitió Robert, confundido. Vio a la joven acercarse, furiosa, y le dio una bofetada. En este punto, él todavía estaba viendo luces extrañas después de que esta mujer volteara su cara con la clara intención de dañarlo físicamente.

—Acabo de removerle la cabeza para que confiese...

—Considero que se ha excedido, ¿qué demonios tengo que confesar, mujer? —espetó enfadado.

—¿Con que no le gustan las fiestas? Si no le gustaban, ¿por qué estaba en otros lugares tratando de conquistar damiselas, sucio libertino?

—¿Qué? —Robert estaba sin palabras ante la acusación de Frances—. ¿Ha bebido

demasiado?

—¿Me está acusando de ebria? ¿Cómo se atreve? —Ella quiso volver a levantarle la mano, pero Robert se lo impidió.

—No me volverá a pegar y menos por cosas que no comprendo. ¿Quién le ha dicho mentiras?

—Lord Rotterdam me dijo que usted no fue con ellos porque tenía mujeres más hermosas con las cuales tratar. ¿Podrá refutar esa afirmación?

Para sorpresa de Frances y para el mismo Robert, una carcajada fuerte se escapaba de la boca del caballero. Se retorcía de risa por lo que escuchaba.

—¡No se burle, señor Stanton! —exigió al verlo encorvado por la risa.

Cuando Robert pudo parar y limpiarse las lágrimas que se le escapaban, mostró el rostro que siempre escondía detrás de su fachada seria.

—¿Se da cuenta de a quién le ha creído? Creí que usted era más inteligente, milady. Claramente, lord Rotterdam me ve como un estorbo para lograr sus planes. Le diré con exactitud lo que ha pasado. Anoche le dije que me quedaría a dormir. Admito que fue a invitarme para que lo acompañara, pero lo rechacé porque estaba cansado; sin embargo, él dijo que podría encontrarla ahí y no pude quedarme. Esperé a que ellos salieran y luego fui al baile.

—Es mentira, usted no estaba —afirmó con presteza—. Lo busqué durante parte de la noche.

—¿Por qué me ha buscado?

—No es asunto suyo. Está mintiendo, señor Stanton. ¿No le parece que es demasiado mayor para andar en estos juegos?

—¿Demasiado mayor? Tampoco abuse. Si creer que miento le indigna, le molestará mucho más saber lo que estuve haciendo en el baile, aunque le complacerá saber que no perseguí más falda que la suya.

—¿Qué?

—Sí, la estuve espiando. —El marqués confesó un poco avergonzado, pero se tragó ese sentimiento porque no creía que estuviese mal cuidarla.

—Eso no puede ser... Lo busqué con la mirada...

—Estaba escondido entre las plantas del jardín... ¿Este sonido se le hace familiar? —Él emuló al mismo animal que imitó la noche anterior. El rostro de Frances era un poema. Su boca estaba abierta a causa de la incredulidad, aunque después su cara se puso roja y lo señaló, acortando la distancia entre ellos.

—¡Usted! ¡No puedo creer lo que ha hecho! ¿Cómo se atreve? ¡Estuvo jugando con nosotros!

—Si estuviese comportándose como una dama decente sin ceder ante las presiones de un libertino, yo no tendría que haber recurrido a tal forma de espanto. Además, no le arrojé tierra a Luke, sino que era excremento de algún animal. ¡Lo sé, es asqueroso! No sabía que no era tierra, lo supe después al querer limpiar mi mano.

—¡Oh!

Frances todavía estaba incrédula por lo que había oído de la boca del señor Stanton. Se sentía tan avergonzada por haber sido escuchada siendo un tanto liberal.

—¡Le exijo que se aleje de mí o...!

—¿O qué? —increpó Robert que tenía clavado un dedo de ella en el pecho—. ¿Hablará con su cuñado y contará esto, señorita libertina? Se ganará un castigo eterno.

Volvió a intentar golpear a Robert, pero él no quiso dejarse. La cogió por ambos brazos y la pegó a su cuerpo.

—Si quiere un beso yo se lo daré para que no vuelva a mentir algo así y menos a un mentiroso como lord Rotterdam.

Sin perder tiempo, Robert se abalanzó sobre los labios de Frances y la devoró primero con fuerza, pues ella no estaba dispuesta a cooperar, aunque de repente fue cediendo ante el ataque. Su lengua comenzó a pasearse en su boca, haciendo sentir a la joven que el mundo era diferente, que las sensaciones eran la mayor felicidad que alguien podría experimentar. Ese acercamiento era tan poderoso que amenazaba con volverla loca por lo gustoso que volvía a cada segundo. Respirar se había vuelto algo innecesario, cuando lo más importante era llenar sus sentidos con el hombre que la besaba. Su aroma ligero a alcohol y tabaco la embelesaba, pese a que nunca le había agradado del todo que su padre y su cuñado olieran así, pero con Robert era diferente, porque esos aromas se mezclaban con el de su piel.

Robert sabía que estaba cometiendo un error terrible. No había querido involucrarse con nadie y menos tan pronto, no llevaba ni siquiera dos semanas en Cheshire y se estaba metiendo en problemas con el interés de otro noble. Era evidente que lord Rotterdam estaba más que interesado en Frances, porque, de lo contrario, no se hubiese tenido que ver en la necesidad de mentir de una forma tan absurda. Lo hizo con mala intención y alevosía. En ese mismo instante no le importaba lo que Luke podía sentir por esa dama, solo le interesaba lo que él sentía por ella. Esa pasión indomable y esa compresión extraña sobre la joven y su actuar. Tal vez sus pensamientos estuviesen nublados por el momento que vivía.

Ambos se habían perdido en el beso. Frances se aferró a la prenda del marqués, mientras él no soltaba la cintura de ella. No podrían negarlo por mucho tiempo, existía una atracción prohibida entre ellos.

Cuando por fin se alejaron, la bofetada llegó para Robert.

—¡Lo siento! —exclamó Frances que no entendía la razón de la bofetada.

—Me ha acomodado la boca después de haberme devorado. Asumo que con esto no irá a mendigar otro beso a nadie y se mantendrá alejada del peligro. Ya sabe lo que es ser besada.

—¡Sinvergüenza! ¡Granuja! —expresó con el pecho subiendo y bajando con prisa por la agitación—. Usted sabe que mi deseo es casarme con lord Rotterdam. No tiene razones para interferir.

—Le aseguro que lord Rotterdam no podrá besarla con la misma pasión con la que yo lo

hago.

—Usted es tan inconveniente, ni siquiera tiene un título que ofrecer.

—No quiero a una mujer interesada y que no me aprecie. He pasado por algo similar en el pasado. Solo espero que su curiosidad se vea saciada para esperar a que llegue el hombre de su vida, que claramente no es lord Rotterdam.

—No me dará consejos después de su deslealtad hacia él.

—¿Deslealtad? Para que eso ocurra primero debe existir una amistad sincera y no es así. No le debo nada; sin embargo, ahora estaré pegado a él para evitar que se acerque a usted para dañarla.

—¡No quiero que me salve! ¿Cuántas veces se lo diré?

—¿Le ha gustado mi beso?

—Eso no tiene nada que ver con lo que conversamos.

—Sí, pero me interesa saber su opinión.

—Usted es un salvaje, el peor hombre que existe. Me ha besado sin mi consentimiento.

—Me estaba agarrando, no creo que fuera sin consentimiento. Usted lo deseaba tanto como yo.

Capítulo 16

—No puedo creer que me acuse de desear esto que usted ha propiciado. Me arrebató la oportunidad de ser besada por el hombre que será mi esposo.

—¡Ja! —exclamó Robert con sorna—. ¿Su esposo? Claramente, no estamos hablando del mismo hombre, ¿verdad? Ese hombre no tiene inclinación por el matrimonio y…

—¿Y usted? ¿Seguirá utilizando las mismas tácticas que lord Rotterdam que tanto critica? Deje de levantarle falsos. No se encuentra preparado para el matrimonio al igual que él. No puede seguir criticando el riesgo que usted mismo no está dispuesto a correr.

—Usted sabe la razón por la que el riesgo para mí no es viable. Esto lo hice para que pueda cuidarse la espalda de una persona inmadura que puede destruir su reputación con tan poco si le sigue dando oportunidades. En cambio, yo jamás lo haría, soy un hombre de honor que ha sido engañado por una dama inescrupulosa. Si creyera que todas eran así, ya lo hubiese hecho. Luke no es malo, pero está equivocado en sus conceptos, tal vez por su juventud e impulsividad.

—Confío en que algunas personas cambian. Conozco a alguien que por amor ha cambiado su mundo y nos ha aceptado en contra de su buen juicio. La esperanza está ahí. Entienda, lord Rotterdam es el hombre que espero, tiene un título para ofrecer y una vida por delante. Usted no tiene nada más que dinero…

—Entiendo que para las mujeres es importante un título y más para usted que es la hija de un conde. No pretendo nada. No soy un hombre para una dama de su alcurnia, pero eso no me impide cuidarla del peligro. Hay tantos sinvergüenzas cazando dotes.

—¿No cree que ese pudo haber sido el caso de Julie?

—No lo sé y tampoco me importa. Han pasado años, ella está casada y tal vez tenga hijos. No me he interesado en lo que ha ocurrido con su persona después de tantos años. El dolor es mejor dejarlo en donde debe estar: en el pasado. Traer algo aquí, hoy, sería solo apretar la llaga.

—Entonces puedo estar segura de que usted no es un mujeriego —afirmó.

—Sí, como mucho pueden acusarme de intentar propasarme con usted. ¿Le han dicho que sabe golpear bien?

Ella sonrió, sonrojándose por lo que él estaba diciendo. Robert tenía un encanto que la llevaba a unos pensamientos extraños. Frances quería ofenderlo, pero para intentar convencerse de que era inconveniente fijar sus ojos en aquel. No se sentía de la manera que creía que se sentiría junto a lord Rotterdam, este caballero que tenía enfrente era el que hacía que su corazón palpitara con locura. No sabía cómo había logrado desalentar sus deseos hacia otro. Estaba demasiado interesada en Robert Stanton y eso era peligroso para su futuro. Por algo su madre no cedía ante sus sentimientos con el letrado viudo, era evidente que no quería perder sus privilegios de condesa viuda y con eso su pensión. Daniel no la dejaría desamparada, pero para ella su buen nombre era más importante, entonces, el mensaje era claro: era más importante la clase que el amor.

—Es el primero que me lo dice.

—Y espero ser el último. ¿Todavía sigue enfadada conmigo? Hice mal, pero si aparecía ahí, hubiese humillado a Luke haciéndole ver a usted que mi ausencia era un invento. Ahora solo usted y yo sabemos lo mentiroso que puede ser, por eso, tome precauciones.

—¿Para qué hacerlo si usted me cuidará?

—¿Y si un día no puedo hacerlo?

—Créame que disfrutaré del beso de lord Rotterdam si no lo encuentro dispuesto a cuidar de mí.

—Supongo que es una amenaza velada, milady. Por su bienestar debería mantenerse al margen de situaciones peligrosas. Si confía en que lord Rotterdam se casará con usted, puede esperar a que se lo pida y cuando eso sea seguro, puede arrojarse a sus brazos y devorar sus labios. No existirá impedimento alguno. Lo que ha ocurrido aquí, se mantendrá en secreto por su reputación y para que yo pueda continuar mi recorrido. No creo que a su cuñado le agrade que le pida su mano por un beso y más aún sabiendo que quiere un título nobiliario. No me interpondría entre sus objetivos y sus deseos.

—Entonces supongo que podríamos seguir siendo amigos…

—Mejor prefiero mantenerla entre mis conocidos, para una amistad el tiempo debe ser más largo.

Después de aquel beso que compartieron, los dos fueron a sentarse en la orilla de la laguna. Cada uno de ellos tenía piedras a cada lado. Tiraban aquellas mientras seguían hablando de trivialidades, aunque lo único que buscaban era que el momento que habían compartido boca con boca se desvaneciera de sus mentes; sin embargo, lo que ocurría era lo contrario. Los dos estaban pensando en eso y solo esperaban evadir el asunto, por más que las cosas no serían como antes en un futuro.

Ella se levantó y fue hacia su caballo. Él la siguió para ayudarla a subir al lomo de su montura.

—La veré pronto —anunció Robert como una promesa.

—Olvidaré que me ha besado y volveré a mi vida normal.

—¿Qué tan normal?

—Usted no forma parte de ella.

Él entendió el mensaje que había querido transmitirle la joven. No lo quería en su vida y Robert no podía hacer nada. Resultaba un tanto ofensivo porque se preocupaba por ella, pero no era suficiente para formar parte de su vida. La cordialidad debía ser la única forma en la que se deberían comunicar.

—Cuídese, milady.

—También cuídese, señor Stanton. —Azuzó a su caballo y partió con presteza. Su corazón latía presuroso después de dejar a ese hombre ahí. Sentía que todo lo que le había dicho era para mantenerse segura y no para ofenderlo. Sentía miedo de perder el norte y terminar decepcionando aún más a la familia involucrándose con un caballero que no le daría algo importante a su futura descendencia. Sus hermanas se burlarían de ella y no sería capaz de tolerarlo.

***

Días después…

La sonrisa de Frances al ver su habitación llena de sus vestidos y de sus joyas, la hizo sentir como si todo pudiera volver a empezar; no obstante, en su mente tenía tan presente la imagen de Robert besándola. Sus pensamientos vagaban hacia él con mucha frecuencia, demasiada para ser saludable en una dama. El beso había trastornado todo lo que conocía en ese momento y solo pensaba en el momento de revivir aquella experiencia, aunque no sabía con quién lo haría. Su cabeza le decía que lord Rotterdam era apto; sin embargo, su piel deseaba a Robert.

—¿Volverás a ser la mujer que humillaba a todos ahora que vuelves a tener tus privilegios? —preguntó Penélope que se probaba las joyas de su hermana.

—No los humillaba —respondió Frances haciendo a un lado a su hermana de quince años. Se probó la misma joya para saber si le quedaba como antes.

—Eso puedes decírselo a cualquiera, menos a nosotras que conocemos toda la historia. En esta casa las paredes tienen oídos y boca.

—No me portaré mal. Utilizaré todo esto, pero con inteligencia. Una vez actué por resentimiento, pero ahora estoy bien y cerca de conseguir mi objetivo de casarme con lord Rotterdam…

—O «Ratardam» como lo llama Daniel cuando no lo ves. —Penélope no podía ocultar la satisfacción de molestar a Frances.

—¿Ahora vienes y te jactas frente a mí que eres la favorita de Daniel?

—No me jacto, lo soy porque le doy lo que quiere: paz…

Frances dio un gruñido y se arrojó sobre Penélope para golpearla.

Los gritos de las hermanas alertaron a la familia. Corrieron hacia el lugar del cual salían las voces. Daniel llegó primero y se apresuró a salvar a Penélope, ya que Frances estaba encima de

ella intentando cogerla de los cabellos.

—¡Frances! —gritó para que parara.

—¡Ella quiso golpearme, Daniel! —expresó Penélope que se abrazó a su cuñado, victimizándose y aprovechando su posición como «la favorita».

—¿Cómo puedes pensar en lastimar a Penélope? —increpó Daniel que sostenía a su otra cuñada con el brazo.

—¡Me provocó porque es tu favorita y se cree intocable por eso! —acusó Frances.

—Eres más grande que Penélope, deberías poner el ejemplo, pero no puedo fiarme de ti. Das un paso al frente, pero retrocedes dos. Apenas te hemos devuelto todo lo que perdiste por lengua suelta. ¿No eres capaz de aprender de tus errores?

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó la condesa irrumpiendo en la habitación.

—Penélope se estuvo excediendo en sus apreciaciones con sus opiniones que nadie le pidió —afirmó la joven.

—Solo porque le dije que ella da mucho de qué hablar con el tal lord Rotterdam.

—¡Le dijiste Ratardam!

La condesa y Daniel apenas podían contener la risa que amenazaba con hacer que la seriedad de la situación se esfumara.

—Por favor, no peleen, niñas. Pídanse disculpas… —pidió la condesa tratando de solucionar el conflicto que se había formado entre sus hijas.

—Prefiero besar a una rata que pedirle disculpas a esta víbora —masculló Frances inflexible.

—Y lo harás si te besa lord Ratardam… —Penélope volvió a burlarse de su hermana y aquella se puso a chillar. Su cuñado la sacó de ahí y cerró la puerta de la habitación.

—Bien hecho, Penélope. Tal vez con eso Frances vaya perdiendo el interés por ese rufián. Eres una buena hermana.

—Gracias, Daniel. Seguiré cumpliendo con mi deber de hermana de abrirle los ojos para que no cometa un error. Quiero que vaya bien casada y por lo que has contado de ese hombre, no es un buen candidato.

—Definitivamente no. Haremos todo lo posible para que este intento de relación caiga sin que nos veamos involucrados.

***

Robert llevaba un par de días asistiendo a los mismos lugares que lord Rotterdam. Se sentía cansado y hastiado por no ver a lady Frances, también Luke estaba muy irritado últimamente y la cercanía que habían tenido al principio comenzaba a convertirse en una distancia lenta e insalvable gracias a Rick y Edward que lo miraban celos y tal vez manipulaban la narrativa en su contra. Pese a todo eso, Rotterdam todavía intentaba ser agradable, aunque sabía que eso se acabaría cuando los dos encararan la situación que les importaba: Frances.

Pensar en esa mujer era un vicio y revivir el beso en su mente era un verdadero placer del cual no podía privarse por más que lo deseara. En eso le llevaba ventaja a Luke que hablaba de que se sentía frustrado al no ver a Frances en los últimos bailes. Los dos acudían a los eventos en el que podrían hallarla con la esperanza de tenerla. Luke contaba sus planes en voz alta, mientras Robert se reservaba sus deseos para no alentar alguna locura o comportamiento violento en lord Rotterdam. Si aquel sospechaba que él tenía interés de algún tipo por lady Frances Hess, el asunto podría escalar rápidamente en algo que nadie desearía.

De cierta manera, creía que estar en esta situación era incorrecta, pero no sabía qué deseaba Luke en realidad, si estaba dispuesto a cambiar y enamorarse de Frances o solo quería convertirla en una parte de su colección de mujeres a las que después dejaba abandonadas. Robert no tenía nada que ofrecer a una dama como ella, pues lo único que tenía consigo era la decepción del pasado y el miedo a repetir la misma situación de ser abandonado. Sabía que no podía seguir alejándose por muchos años, ya que debería cumplir con su deber de marqués de dar herederos al título. No se sentía preparado para tomar esa decisión, Frances tenía algo fascinante, quizá esa actitud irreverente, pero no podía arriesgarse a que eso lo cegara con lo conveniente. Ella era

sincera y sabía lo que quería. Deseaba un matrimonio beneficioso con lord Rotterdam porque se suponía que podía darle algo importante. Robert era consciente de que podía ofrecer mucho más, pero no se atrevía a ponerse en la lista de espera por su atención y más cuando la misma joven confesó sus sentimientos por otro. Forzar algo no era lo apropiado.

Capítulo 17

—Espero que esta noche no perdamos el tiempo otra vez como todos estos días —farfulló Luke, mientras se recostaba por uno de los pilares de la entrada mientras le ayudaba a Robert a encender su cigarro.

—No creo que las noches anteriores fueran malas, Luke. Hemos bailado, bebido y jugado. Si no te gusta lo que hay alrededor podríamos ir a la mesa de juegos. —Robert trató de reconfortarlo con eso.

—Creo que eso no será necesario, caballeros —comentó Edward que vio a Frances descendiendo del carruaje en compañía de su familia. Ella iba del brazo de su madre, mientras el conde de Cholmondeley caminaba en compañía de su esposa con una gran y orgullosa sonrisa.

—¡Por fin! —Los ojos de Luke brillaban como si Frances fuese la cosa más maravillosa de la historia—. Rick, consígueme una rosa o algo así. A las damas hay que convencerlas con obsequios. Veo que hoy ya tiene otras prendas.

Robert también se había dado cuenta de que le levantaron el castigo, por eso se veía mucho más arreglada y sofisticada. Entendía la razón por la cual no le interesaba un hombre sin título, se veía espectacular e inalcanzable. Esa era la razón por la que Rotterdam y compañía no se acercaban, si bien eran acomodados y con títulos, ella los intimidaba, el orgullo era demasiado importante para ceder ante esta belleza de Cheshire.

—¿Ahora no te da miedo acercarte, ya que parece ser la misma criatura arrogante de antes? —curioseó Robert para saber lo que pensaba. Su esperanza era que Frances fuese tan grosera que lo espantara. Se sentiría muy decepcionado si ella no era la mujer que le prometieron que sería el día en que conoció a ese trío de tontos.

—No, porque la juzgué con ligereza, pero ahora sé que no es tan arrogante, es preciosa y atrevida, como me gustan. La última vez estuve tan cerca de vivir mi fantasía, pero alguien me arrojó excremento... No sé si fue un mandril o algo de lo que habita en este condado. Tuve que lavarme la cara con mucho whisky para que se quitara ese aroma tan repugnante.

El marqués se sonrojó al recordar que él era aquel mandril, pero no sabía que eso que había arrojado no era tierra.

—Lamento que tu noche no fuese mejor... —alegó el marqués sin sentir lo que decía, menos mal que nadie sabía que él había sido la razón de la separación abrupta de ambos.

Rick bufó y fue a buscar la flor que le había pedido Luke.

A Robert no le pasaba desapercibido el rechazo que comenzaban a sentir por él los amigos de lord Rotterdam. Era evidente que Luke no notaba que ambos miraban a Frances de la misma manera. Existía una competencia y aquel pensaba que tenía la ventaja porque ella estaba interesada en él. Si el marqués veía que las cosas entre el conde y Frances iban viento en popa, no tendría razones para meterse en la vida de ambos, solo necesitaba asegurarse de que ese caballero no fuese una amenaza para la joven.

—Caballero, lamento decirles que me perderán toda la noche... —comunicó sin dejar de mirarla—. Esta noche será de suerte.

—Por supuesto que sí. Mientras tú te diviertes con la joven, Rick, Robert y yo jugaremos a las cartas si no conseguimos algo mejor.

—Hay jóvenes bellas, ¿por qué perder el tiempo en juegos cuando hay faldas para perseguir? —inquirió Luke con una sonrisa lobuna adornando su cara.

—Aquí tienes. No creo que a la anfitriona le preocupe que le falte un tulipán en el jardín... —habló Rick entregándole lo que Luke le había pedido.

Luke sonrió a sus amigos y se retiró, dejando a Robert con Edward y Rick. El marqués pretendía ir en la misma dirección que lord Rotterdam para vigilarlo, pero Edward lo detuvo colocándose frente a él, poniéndole una mano sobre el pecho.

—¿A dónde crees que vas? —increpó aquel que lo detenía.

Los ojos de Robert se intercalaban entre el rostro de Edward y la mano que lo tocaba para mantenerlo en ese sitio.

—¿No irán adentro? No pienso quedarme aquí si la diversión está en otro lugar.

—¿La diversión está en perseguir a Luke cuando está tratando de conquistar a lady Frances Hess? Qué curioso, ¿no? —interrogó Rick.

—Es una coincidencia, Rick —asumió Robert que no quería tener problemas con aquellos dos, pero si lo provocaban, las cosas se saldrían de control.

—Mantén tus garras lejos de ella. No sé la razón por la que Luke te mantiene con nosotros y no se da cuenta de tus intenciones —masculló Edward.

—¿Juzgas mis intenciones de querer entrar? Saca tu sucia pezuña de mi ropa si no quieres conocerme en mi peor momento. No quiero tener problemas con nadie, pero no soy un tonto. —Robert empujó a Edward y pasó a su lado para entrar en el salón. No le debía fineza ni buen trato a esos sinvergüenzas. Sabía que aquellos dos protegían los intereses y eran cómplices de las maldades de Luke, eran fieles sabuesos de la estupidez.

Sin dudar ni un segundo, sabía que debía establecer una rutina de vigilancia. Ir a la mesa del tentempié le daba la opción de ver todos los movimientos a su alrededor. Cogió una copa y se dedicó a observar a Frances. Aquella pronto sería abordada por lord Rotterdam y él solo podría mirar. Cuando se vieron por última vez después del beso, había dejado claro el lugar de cada uno en la vida del otro, aunque Robert no sabía la razón por la cual no tomaba sus baúles e iba al siguiente condado. Frances hacía que él deseara quedarse. No estaba cautivado por los paisajes de ese sitio, mas sí con la belleza de una de sus habitantes. No podía luchar contra su propia voluntad de estar cerca de ella. Su estómago dio un vuelco al ver a Luke acercándose con la flor en la mano. Aquello le parecía un juego bastante sucio.

Los ojos de Frances distinguieron a Robert lejos de ella con una copa en su mano. Su mirada penetrante hacía que sintiera el sabor de lo que él estaba bebiendo. Se mordió los labios, tentada a lo que esa boca le ofrecía. El beso que se dieron días atrás fue el peor error de su vida, uno que la perseguía sin tregua. Se sentía extasiada con solo considerar que fuese posible revivir aquello.

—Procura no intentar golpear a nadie en este lugar —mandó su madre que le habló al oído —. Ahí viene lord Rotterdam, atiéndelo bien si te interesa.

Ver a lord Rotterdam hizo que se distrajera y dejó de observar a Robert. El conde se acercaba con una flor, específicamente, un tulipán. Se veía extraño con eso en la mano, él no parecía ser alguien romántico. Ese detalle, en lugar de halagarla, la asustaba, pues algo parecía haber cambiado en la percepción de ese hombre hacia ella, aunque no podía dejar de pensar en las palabras de Robert sobre las mezquinas intenciones que tenía.

—Buenas noches, milady. Me alegra saber que ha decidido complacernos con su presencia en este salón. Las últimas noches se han visto eclipsadas por su ausencia. —Aquel tomó la mano de ella y la llevó a sus labios para dejar un beso.

La mirada de Robert no se apartaba de ellos. No le gustaba lo que veía, solo le quedaba apelar a algún vestigio de buen juicio de Frances, algo que sin duda alguna podía ser debatible, pues notaba que era una persona virulenta e impulsiva.

—Es un placer verlo de nuevo, lord Rotterdam. Lamento haberlo hecho sufrir con mi ausencia... —Ella hizo una graciosa reverencia y un puchero como disculpa para congraciarse con él.

—Me alegra que admita su culpa y crueldad, pero supongo que está aquí para corregir su abandono...

Ella rio ante las palabras que exageraban la realidad. No podía quitarle mérito a lord Rotterdam, aquel sabía cómo congraciarse con las personas de una manera que pocos lograban. De hecho, Robert no era tan cautivante con palabras bellas o frases estructuradas para conquistar, a Frances, él le parecía varonil, aunque caballeroso a su manera, no necesitaba ser más que elocuente para conseguir lo que deseaba. Como tonta, se ponía a comparar a esos hombres como si fuese que aquello le daría ventajas en algo. Debía tener cuidado con lord Rotterdam y tratar de apartar a alguien sin título de su mente.

—Buenas noches —saludó Luke para el resto de la familia de la joven. El conde de Cholmondeley lo miraba como si él fuese una alimaña pusilánime. Aquel hombre hacía que sus ojos hablaran en lugar de su boca—. Le pediré a milady un baile.

—Puede hacerlo, ya que no ha pedido permiso al tutor y lo ha decidido a conciencia... —farfulló Daniel que después sintió un leve codazo de su esposa para que pusiera una sonrisa y cerrara la boca, pero él se metía su sugerencia por donde se le antojaba.

—Lamento que lo vea de esa manera, milord... Volveré a por ella cuando empiece la próxima pieza. —Luke hizo una venia para la familia de la joven y también para Frances.

Después de que él se retirara, Frances fulminó a Daniel con la mirada.

—¿Esta es tu estrategia para mantenerme torturada bajo tu techo, Daniel? —increpó con suficiencia en su voz.

—No, es para probar la educación de ese rufián. Se invita solo y después saluda, muy conveniente, ¿no?

—Querido, no nos conviene estar en malos términos con un probable candidato.

—Mildred, querida mía, no me hagas pensar que no entiendes lo que te digo. Sé que eres inteligente. Lo investigué y este no tiene nada más bueno que su cara para ofrecer y un poco de dinero, tampoco es una fortuna para lo que está acostumbrada Frances.

—Puedo ser austera, Daniel. A él podría sorprenderle que yo sepa muchas cosas del campo y más aún hacer comidas. La vida no ha sido tan simple para nosotras.

—Por un año, pero gracias a mí disfrutas de cosas que nadie más te daría siendo grosera y arrogante.

—Prefiero que no me des nada... —Ella alzó la barbilla y dejó a su familia con las palabras en la boca. No estaba interesada en escuchar lo mismo de siempre. Quería estar tranquila.

Frances fue hacia la mesa del tentempié en donde se encontraba Robert. Aquel la notó; sin embargo, no dijo nada, solo la observó y se alejó un poco. Ella cogió su copa y fue hacia él, pero el hombre volvió a moverse como si tratara de evitarla. Chirrió los dientes y comenzó una persecución para saber si su presunción de huida era cierta y lo confirmó. Apenas se movía, el señor Stanton también lo hacía, evitándola.

—Es suficiente, señor Stanton —masculló asegurándose que él no viera su movimiento para alcanzarlo.

—Me atrapó. No quería molestarla con mi presencia ni interferir en su idilio con lord Rotterdam. Es un bello tulipán el que trae en la mano.

—No me molesta, señor Stanton, de hecho, creo que lo extrañé un poco desde la última vez que conversamos.

—¿Extrañó la conversación o el beso?

—Esas preguntas no se le hacen a una dama... Quiero que entienda que usted es... inapropiado.

—¿Inapropiado? Eso depende de quién lo diga, quizá para cualquier otra soy apropiado.

—Para mí no y tampoco para las expectativas familiares. Imagínese que lord Rotterdam no pasa la prueba de fuego teniendo un título, ¿qué sería de usted?

—Comprendo que lord Rotterdam no sea del agrado de la mayoría, ni siquiera a usted le gusta tanto.

—Oh, señor Stanton, ¿por qué me conoce tan bien?

—No lo sé, tal vez porque puedo ver más allá de lo que quiere mostrar. No se decide si quiere seguir sus sueños o las expectativas ajenas.

—Usted también tiene expectativas conmigo para que no esté detrás de lord Rotterdam; no obstante, ha cometido un grave error.

—¿Cuál ha sido ese error?

—Besarme, porque me ha gustado y ahora busco replicar eso con la persona que puede ser más indicada por su estatus.

Capítulo 18

—Si no puedo persuadirla, hágalo. Le enviaré un obsequio de matrimonio después de que el encanto de un beso termine. ¿Y si la pillan como a Julie?

—Supongo que si Julie lo engañó con otro es porque se sentía atraída por aquel y era correspondida. Debe estar felizmente casada.

—Le desea el bien, pero yo durante mucho tiempo le deseé la miseria por desleal. Milady, usted al menos no tiene compromisos con nadie. Puede caer en todos los hoyos miserables que prefiera, pues no traicionará a nadie, ni a sus pensamientos ni sentimientos. Dentro de su tontería, es honesta.

—Tal vez. ¿Cree que esta noche podré avanzar con lord Rotterdam? —inquirió fingiendo inocencia para tentarlo—. Si usted me apoyara quizá...

—No, no le conseguiré otra cita ni apañaré comportamientos absurdos que la llevarán a su ruina.

—Pero si usted me ha besado en la propiedad de mi familia, ¿ahora se rasga las vestiduras?

—Eso es diferente. No había nadie que pudiese señalarla como impía. Agradezca que su caballo relincha y no habla. Aquí los ojos están pendientes de cualquier error. Lord Rotterdam, de hecho, nos ha visto y usted más que nadie sabe que no me ve con buenos ojos cuando está en el medio de los dos. Vaya junto a su familia, conmigo puede encontrarse en cualquier otro momento. —Robert se alejó para dejar sola a Frances.

El conde de Rotterdam no tardó en acercarse a Robert una vez que dejó a la joven.

—¿Qué tanto hablabas con ella, Robert? —increpó con una sonrisa que no llegaba a iluminar su rostro.

—De nada importante, solo dije que tú estabas esperándola... —dijo para congraciarse con él y que dejara de preguntar.

—Qué generoso eres, Robert...

—Solo le hice saber a ella que te tiene en sus delicadas manos. Deberías aprovechar que está sola en este momento para abordarla sin la familia antes de bailar, quién sabe y la próxima pieza no sea apta para una conversación.

—¿Bailarás con ella?

—¿Quieres que lo haga?

El silencio por parte de Luke indicaba que no lo quería cerca de Frances. Era increíble que celara de él cuando ambos sabían que no existía nada serio entre ellos y tampoco existiría porque aquel no estaba dispuesto a dejar su buena vida por una mujer bella y menos del campo. Era un hombre de ciudad que no estaría dispuesto a visitar a la familia de su esposa con frecuencia, ni siquiera se casaría con ella. Ese debería ser el principio de todo. Ninguno de los dos estaba ahí para eso; sin embargo, comenzaban a sentir que uno de ellos orinaba en el mismo lugar que el otro para marcar el territorio, causando estragos entre los machos. Esto era algo natural en todas las especies, Frances era la encargada de escoger al mejor candidato para su futuro. Por supuesto que, si Robert hablaba de su ventaja, lo más probable era que hiciera añicos a Luke; no obstante, él ya no quería a una mujer ni por conveniencia ni que esperara algo más aventurero, lo debía amar a él en cualquier estado, pobre, rico, presente o ausente. No quería un corazón desleal que lo llevara de nuevo al pozo sin fondo en el que cayó durante mucho tiempo y que solo este y la distancia pudo cerrar.

Luke fue junto a la joven sin responder a la pregunta de Robert. A los dos le quedaba claro que las fricciones entre ambos comenzaban a notarse y la amistad temporal que tenían comenzaba a mostrar grietas que antes no era tan evidente porque solo bebían, fumaban y jugaban.

A Robert no le quedó más remedio que observar mientras Luke y Frances iban con dirección al resto de los que estaban esperando para bailar. Notaba que, mientras la joven hablaba, le dirigía un par de miradas furtivas. Ella se veía majestuosa con sus prendas y las joyas sencillas que llevaba. En verdad tenía muchas razones para ser engreída, ese papel no le quedaba grande. Era consciente de su belleza y valía, por lo que era normal que se comportara así. Su arrogancia era como un néctar para Robert, le encantaba escucharla decir sandeces. Estaría

dispuesto a entregarle mucho por lo sincera que era con él, aunque con Luke no podía mostrarse como era en realidad, ya que aquel no toleraba su anterior comportamiento.

—Robert ha hablado con usted, ¿no es así? —curioseó Luque que estaba bailando con ella.

—Sí, hemos cruzado un par de palabras.

—¿Qué le dijo?

—Que notaban la falta de mí y también que tal vez mis joyas no fuesen de su agrado —mintió con celeridad.

—Creo que he sido un verdadero tonto al no comprender que se veía igual de hermosa con las joyas. Me dejé llevar por los chismes de salón que no siempre son ciertos.

—Ellos tenían razón, no he sido buena con nadie. Eso me alejaba de las personas que podrían ser importantes para mí.

—Pues a mí no ha logrado alejarme. Quería preguntarle si podía visitarla en su casa, tal vez para cabalgar.

Frances no sabía qué decir. Su corazón se detuvo en ese instante, ya que no comprendía la razón por la que él deseaba una visita. Por un lado, le gustaba eso porque a Daniel le daría un soponcio, algo interesante para mantenerlo un poco enfadado por unos días. No quería darle mayor importancia de la que necesitaba.

—Por supuesto —replicó sonriente—. Quisiera que se lo comentara a mi cuñado, usted sabe cómo es con la protección de una dama...

—Sin duda lo haré una vez que dejemos de bailar...

Lord Rotterdam acompañó a Frances hasta donde se encontraba su familia. Daniel evitaba mirarlo, porque era evidente que lo hacía con desaprobación.

—Daniel, el conde tiene algo que decir... —habló la joven, sonriente.

—Escucho... —pronunció dudoso al oír el tono de su cuñada. Eso no podía ser nada bueno.

—Lord Cholmondeley, le pido su permiso para visitar a milady. Tal vez un paseo a caballo en su propiedad, por supuesto, con carabina cerca.

Por primera vez Daniel no sabía qué decir, solo debía preocuparse por no ahogarse con su propia bilis a causa del desagrado que sentía por lord Rotterdam.

—Puede visitarte, Frances, no sin antes pasar por mi despacho como cualquier otro caballero que quiere cortejar a una de mis cuñadas. Lord Rotterdam, ¿no le da miedo la palabra «cortejo» o tal vez le suene peor «compromiso»? Personas como usted sienten roncha tan solo al oírlas.

—No se preocupe, lord Cholmondeley, quizá le coja cariño a esas palabras que antes representaban un dolor de cabeza —resaltó el conde de Rotterdam—. Los veré mañana.

Una sonrisa socarrona se dibujó en el rostro de Frances después de que lord Rotterdam se alejara. Aquel le había dado una lección importante a su temible cuñado.

—Al parecer sí terminaré casada con este hombre, Daniel.

—No sé cómo lo hiciste para que dos hombres se interesaran en ti, pero no durará, lo sé...

—Alégrate por tu cuñada, Daniel. Mi niña pronto será condesa. Dicen que no hay nada mejor en este mundo que un libertino redimido para la esposa de una debutante. —La condesa acarició los brazos de Frances con orgullo.

Sentía que le había ganado una batalla a un tirano, aunque suponía que no duraría mucho, pues Daniel siempre sabía cómo dar la vuelta a la situación para que quedara a su favor. Lo único que le quedaba era esperar que Robert Stanton le pidiera una pieza, ansiaba que lo hiciera para poder contarle que lord Rotterdam había dado un paso crucial, mas conociendo poco o nada a ese caballero, suponía que diría que, al igual que él, eso no significaba un compromiso con nadie.

Desde lejos vio a lord Rotterdam que se juntó con sus amistades de siempre y notó que Robert no se acercaba a ellos por ningún motivo. Eso evidenciaba una tensa relación entre los

cuatro, ¿sería posible que estuviesen peleados? Le importaba lo que Robert hiciera o pensara. En ese mismo instante deseaba que él le pidiese bailar, pero no se acercaba y esto resultaba molesto para ella.

—Quiero que ustedes inviten a milady. No deseo que Robert se acerque a ella. Siento que no es leal a mí —afirmó frente a sus amigos.

—Por fin te has dado cuenta de que él no es un tipo de fiar, Luke. Te has confiado. Robert tiene los ojos en lady Frances Hess de la misma manera que tú —advirtió Edward.

—Puedo olerlo, sé que está detrás de ella, pero no tengo pruebas. Por el momento creo que lo mejor es mantenerlo cerca. Tengo ventaja al ser un conde. Milady me ve con mejores ojos... Con los que importan: de conveniencia.

—¿Por qué crees que tienes una ventaja? Déjame recordarte que él oculta su verdadero nombre. No sabemos quién es en verdad —musitó Rick para que lo consideraran.

—O pudo haber insinuado una situación en la que no está, dándose una importancia absurda. Eso es lo que creo yo. Él no debe tener en qué caerse muerto. Puedo asegurarlo —correspondió Luke, confiado. No quería pensar en que Robert tuviese nada bueno. Lo único que podía hacer era hundirlo frente a Frances con lentitud.

Durante toda noche, Robert observó a Frances que había bailado con Edward y Rick. Él no se acercó, por un lado, deseaba hacerlo, mas por el otro, sabía que terminaría siendo una tontería que se dirigieran todas las miradas hacia ellos, causando aún más fricción entre dos caballeros. Entendía que, Rotterdam envió a sus secuaces para que le impidieran bailar con ella. De todas maneras, no pensaba hacerlo por más que lo deseara. La tensión palpable era suficiente e incómoda para seguir sumando problemas al asunto.

—He conseguido visitar a lady Frances Hess mañana —contó Luke con orgullo—. No ha sido difícil. Puede que tenga deslumbrado al lord Cholmondeley para que me dejara ir.

Esas palabras tomaron por sorpresa a Robert.

—¿Desde siempre tu intención ha sido visitarla? —curioseó a la vez que bebía más rápido el contenido de su copa.

—No, pero la gente cambia y la diversión también. Creo que me gusta jugar muy cerca del peligro.

La provocación en las frases de lord Rotterdam era evidente para Robert. Era una guerra silenciosa por saber quién de ellos ganaría la batalla por la atención de una dama. Ella ni siquiera se daba cuenta de que dos hombres comenzaban a fomentar la locura por su causa.

—Ten cuidado, ella no está sola. Lord Cholmondeley no es alguien de quien sea bueno burlarse, Luke —advirtió a modo de que entendiera cuál era el límite.

—Todavía no está en mis planes el suicidio, solo quiero pasar más tiempo con la persona más idónea que he conocido en mucho tiempo. Tiene algo especial.

—¿Algo que no viste antes? Es mejor que te mantengas alejado de su entrepierna por tu seguridad, es mi recomendación...

—Ese es el límite que sé que no puedo cruzar antes del matrimonio con una joven de buena familia. No soy un tonto, pero ¿qué tan inconveniente sería casarse con milady?

—Tú deberías responderte eso. Sabes que no es una dama sumisa que siempre se rendirá ante todo. Si puede presumir algo, lo hará, créeme. Ahora está buscando al mejor candidato y cuando consiga un compromiso se le echará al cuello como fiera a su presa.

—Espero que mi yugular sea la atacada y no la de otro. Creo que tengo una ligera ventaja sobre cualquier competidor, ella me adora... Y pensar que yo he sido tan tonto... —Él rio y miró a Robert.

El marqués notó un ligero brillo en los ojos de Rotterdam, no sabía si era de verdadera emoción o solo para molestarlo con sus indirectas.

—Espero que te vaya bien con ella... —musitó.

—Me irá bien, ¿qué tal una partida de cartas en la posada? Sin apuestas.

—Acepto.

Era una guerra fría de cortesía entre los dos. Después de que Frances se retirara, ellos también lo hicieron con dirección a la posada, en donde pidieron bebidas y cigarros para una larga noche de juego.

Capítulo 19

Frances sonrió toda la noche en el carruaje, pero solo para molestar a Daniel. Una vez que entró a su habitación, su máscara de falsa felicidad cayó a un lado y ella pudo recordar lo que le afligía: que Robert no la invitara a bailar. Eso era como una puñalada, pues con él se sentía diferente. Lord Rotterdam le agradaba, pero no más que Robert Stanton. Aquello la hacía debatirse entre sus objetivos de dama que quería un buen futuro lleno de lujos y comodidades o ir por el espinoso camino de los sentimientos. No sería una mujer miserable a su lado, sería la señora Stanton, caminando orgullosa del brazo de un hombre atractivo y adinerado, tal vez no como un conde u otro aristócrata. Eso era lo único que la detenía para tomar la iniciativa y, además, que era una mujer de familia respetable.

Escuchó que la puerta se abrió y, en lugar de ver a la doncella, notó la presencia de su madre.

—Madre...

—Esta noche te atenderé y no Sarah. Deseo saber tu opinión y hablar contigo —confesó la condesa.

—¿Sobre qué, madre?

—Sobre dos caballeros que sé que han estado buscando tu atención. ¿Te agrada alguno de ellos? —preguntó al acariciar el cabello de su hija para sacarle las horquillas.

—No lo sé, madre. Estoy confundida. Sé lo que me conviene, pero mi inclinación es hacia lo más conveniente para mí...

—Me recuerdas tanto a tu padre. Esa mirada y esas dudas las he visto antes. ¿Crees que el camino ha sido fácil? Él también ha tenido muchas dudas para casarse conmigo. En su familia le habían dicho que, como hijo menor de un conde, debería casarse con una dama preparada, alguien que perteneciera a su círculo social, en cambio, me encontró en uno de los campos de Derbyshire y todo se desmoronó para él. Abandonó esa idea y se dedicó a perseguir a la hija de un terrateniente con dinero, no demasiado, pero sí suficiente para una educación básica. Nunca

creyó que el título de conde recaería en sus hombros y después el resto es historia y nuestra vida ha cambiado. Siempre tuvo dinero y esta casa su padre se la había dado en compensación a no tener un título. Aquí empezamos nuestro hogar, Mildred fue la primera que nació bajo el nombre de señorita Hess, después tú y para cuando las demás comenzaron ya eran ladies. Fue un cambio brusco para mí, de ser una señora convencional debía pasar a ser una dama.

—¿Eso significa que me apoyará en la decisión que tome?

—Por supuesto, lo único que quiero es tu felicidad y tu estabilidad. Sé que nadie te dejará desamparada si algo llegara a ocurrir en tu decisión. Entiendo que lord Rotterdam y el señor Stanton están detrás de ti.

—No es así, madre.

—Eres muy joven para darte cuenta de la competencia abusiva entre ellos. Lord Rotterdam no es tan tonto como cree tu cuñado si se ha atrevido a hacerle un chascarrillo desagradable y el señor Stanton es cauteloso, siempre observando el terreno.

—Ninguno de ellos quiere algo serio, madre.

—Los dos quisieron tocar la puerta de esta casa, por lo que esa teoría comienza a desmoronarse y llegará el momento en que tendrás que tomar una decisión que a ti te complazca. Daniel los rechaza a ambos, pero aceptará al que tú creas mejor. ¿Quién es tu favorito? —indagó la condesa, curiosa—. ¡Qué pregunta más absurda acabo de hacer! ¿No es así, querida? Es evidente que lord Rotterdam es el dueño de tus pensamientos desde hace semanas, aunque te he visto flaqueando desde que el señor Stanton apareció en Cheshire.

No solo ella notaba el mismo cambio, también su madre. ¿Acaso estaba enamorada del señor Stanton por eso lo buscaba con tanta vehemencia y pensaba en él como si no existieran límites? Quería pensar que el afecto podía obligarse y lo lograría si se concentraba en el caballero que siempre le había gustado, era lo mejor.

—Solo son figuraciones suyas, madre. Lord Rotterdam es el caballero de mis sueños y el señor Stanton es un hombre apuesto y demasiado serio para alguien como yo que ama las rosas. Él ni siquiera sonríe. ¿Qué puede esperarme junto alguien como Robert Stanton? Con él lograré en un año lo que no he logrado con Daniel: matarlo o morir.

La condesa rio con simpatía y le dio un beso en la cabeza a su hija. Ella entendía lo que aquella había querido decir de manera indirecta.

—Frances, serás feliz con quien escojas, solo hazlo con sabiduría...

Sí, sabía que debía hacerlo de esa manera, pero le costaba un poco la sabiduría. Evidentemente, no era la persona más iluminada en esa casa.

Una vez que su madre terminó de acicalarla, Frances se acostó, mas en lugar de dormir, comenzó a dar vueltas en la cama pensando en lo que viviría en compañía de lord Rotterdam en un par de horas más. ¿Sería posible que intentara besarla como lo había hecho Robert? Esa idea la llenaba de satisfacción, pero a la vez la aterraba. Sentía que no deseaba que nadie limpiara el beso que le había dado el señor Stanton. A veces creía que comenzaba a volverse loca. Desear a alguien tan inconveniente no era algo que le gustara a la familia y menos a su cuñado. Esa carga mental estaba acabando con su poco juicio. Luchar contra lo que comenzaba a sentir era lo más doloroso e intenso que había hecho en su vida. Ser una mujer no era tan satisfactorio como ser una niña. Las decisiones eran difíciles y una que se tomara mal podía convertirse en una caída irreversible que la hundiría hasta convertirla en un despojo. Eso la asustaba, la presunción de que pudiera caer en desgracia podía martirizarla. De un momento a otro recordó las ocasiones en las que estuvo expuesta a esas situaciones con ambos caballeros y se tapó la cara con la sábana. Le daba mucha vergüenza ver lo tonta que era.

Por la mañana, ella se dedicó a estar sumida en sus pensamientos y dudas. Mientras sus hermanas estaban disfrutando de la algarabía y de un par de bromas en la mesa del desayuno, Frances estaba perdida hasta que un scon fue a parar a su frente. Estaba húmedo, untado con mermelada y mantequilla.

—¡Le faltó un poco de queso! —agregó su hermana Alethea que se levantó de su silla y fue a colocarse frente a ella para colocarle en la frente lo que había dicho.

Observó a su alrededor y veía a todos burlándose de ella, incluso Daniel con su rostro impasible amenazaba con resquebrajar su fachada. Se mantenía sereno, aunque su boca estaba oculta detrás de una copa de agua, mientras desviaba su mirada de la suya. Entonces, Frances cogió una servilleta y se limpió la frente con tranquilidad.

—¿Ustedes se hacen llamar damas Hess? Mi cuñado, siempre tan correcto, no es capaz de poner orden a lo que pasa frente a sus narices, ¿estás esperando que un pedazo de mantequilla aceite tu mente para darle un castigo a estas niñas? —provocó con molestia—. Si no vas a tomar medidas, es mejor que las tome por ti.

Con tranquilidad se levantó de su asiento y colocó ambas manos abiertas sobre la mesa en un golpe seco sobre la madera que sobresaltó al resto. Miró a todos con desaprobación, alzó la barbilla y después comió lo que estaba en la servilleta.

—El queso no le sienta bien a esta mezcla —alegó retirándose del comedor.

El silencio y las miradas que se intercambiaban estaban a la orden del día.

—Bien, es el momento de que comience el castigo. Me divertí, cuñadas, pero saben que las cosas aquí no son así... —habló Daniel—. Ha llegado una gran partida de clavos... Irán a contarlos sin guantes. No queremos que lo que esté herrumbrado manche la tela, ¿o sí?

—¡No es justo, Daniel, solo estábamos jugando! —se defendió Penélope, vehemente.

—Tú irás a Newgate por ser la que impulsa a tus hermanas menos pensantes a la tontería. Te pondré a contar carbón para que te acostumbres a la vida miserable.

Pese al castigo recibido, Hannah y Alethea tenían mejor suerte que Penélope. Contar carbón podría parecer más fácil, pero era mucho más sucio.

Mientras padre de su familia seguía en el comedor, Mildred corrió para alcanzar a su hermana que iba hacia la biblioteca.

—Frances, detente, por favor —pidió con aquella voz suave y angelical que la caracterizaba.

—¿Y ahora qué, Mildred? Hablarás maravillas de nuestro benefactor, o sea, de tu queridísimo esposo...

—No defenderé a nadie, todos han actuado mal contigo. Ahora él está tomando medidas correctivas.

—¿Cuántas medidas correctivas hacen falta para que dejen de usar me como chivo expiatorio? Estoy cansada.

—Tú te has buscado lo que te ocurre. Tus hermanas menores no te respetan porque tú has sido desagradable, orgullosa y petulante con ellas. ¿Crees que están encantadas con tu frivolidad? Has sido malvada y egoísta desde que debutaste, aprovechándote de la falta de experiencia de tus hermanas. Despiertas la envidia como si se tratara de algo habitual y normal, y no, no lo es. No es una sana competencia de hermanas. Si yo hubiese querido hundir tu vida, solo debía decir una frase corta: no quiero a Frances, pero como tu hermana, quiero lo mejor para ti y para las otras. Por algo fui a enfrentarme al ogro y no solo conseguí una vida suntuosa para ustedes, sino también mi felicidad. Valora lo que tienes y más aún a tus hermanas, no siempre estarán juntas. Se casarán y se esparcirán por Inglaterra, de hecho, tú también puedes terminar muy lejos de aquí si por algún desliz lord Rotterdam decide que eres apropiada.

—Admito que he sido una mala hermana últimamente, pero has visto que he cambiado, solo caí en las provocaciones solo un par de veces más. No soy mala, Mildred, estoy confundida respecto a mi propio futuro. Tengo dudas de lo que quiero y de a quién quiero. No sé si esto último dependa de mí, tal vez yo ame a alguien, pero ¿y si esa persona no me ama?

—Es horrible saber que no eres amado. Sabes que lo sé mejor que nadie, estuve a punto de perder al amor de mi vida por algo tan absurdo como una ilusión. Es mejor aferrarse a lo que tienes enfrente que a algo que no ves.

Su hermana la dejó seguir su camino, pero esa conversación la había dejado pensando en sus hermanas, en sus candidatos, en su actitud y en el futuro. Unas palpitaciones desesperadas hicieron que ella respirara con dificultad, como si estuviese asustada. Se obligó a no tener pensamientos intrusivos que amenazaran su paz antes de que llegara lord Rotterdam.

Frances creyó que estaría sola en la biblioteca, pero después de un par de minutos, sus otras tres hermanas se unieron a ella. Tenían su último ratito de gracia antes de empezar a contar.

—Nos hemos pasado esta vez —se disculpó Hannah sin mirar a Frances. La joven solo fingía acomodar un libro para esquivar la culpa.

—También me excedí. Siempre estoy en medio de la tormenta. Sé que no me toleran por

cómo soy. Antes, cuando las cuatro éramos iguales, era más divertido, pero cuando comenzaron a llegar los vestidos, las joyas y la libertad, mi juicio se nubló y fui engreída. Ustedes atravesarán este mismo proceso si hago las cosas tan bien como Mildred. Sin embargo, ahora tengo tantas dudas de acabar con el futuro de ustedes por culpa de mi indecisión. Hoy vendrá lord Rotterdam a visitarme.

—¿Por qué tienes miedo si estás por conseguir lo que esperabas? Es absurdo —alegó Penélope que cruzó los brazos bajo el pecho sin desear mostrar que estaba conmovida por las palabras de su hermana. Ella se consideraba bastante fuerte para sucumbir ante la debilidad sentimental.

—Es porque le agrada más el pobre señor Stanton. La pobreza y el amor siempre van de la mano, por eso lo mejor era seguir el consejo sabio de los educadores de alejarse de la tentación de ser pobre —bufó Alethea.

Capítulo 20

—El señor Stanton es un hombre rico, no pasaría penurias con él si me llegara a comprometer... —justificó Frances.

—¿No piensas que nos condenarás a que nuestras expectativas estén puestas en un señor sin título? Cualquier panadero podría acercarse a pedir la mano del resto de tus hermanas. Has dejado la puerta abierta para que cualquier alimaña crea que puede llegar a damas como nosotras —acusó Penélope—. Si tú vas casada con alguien con título, podremos atraer a candidatos así y no nos miraríamos por encima del hombro con arrogancia porque no contamos con títulos. Seríamos iguales, en cambio, Mildred ha establecido el ritmo de lo que debemos hacer. Se casó con un hombre atractivo, adinerado, insensible, castigador, gruñón... Podría no terminar esta descripción, pero es lo que debemos conseguir. Un conde es lo mínimo. Este lord Ratardam es hacia donde deberías enfocarte.

—Es lord Rotterdam, Penélope. Entiendo lo que dices y te doy la razón. Espero que entiendan que quiero ser mejor, entonces iré detrás de este caballero para que todas tengamos las mismas oportunidades...

Sus hermanas asintieron ante la declaración de Frances. Se sentían conformes, como si fuese que habían dado un paso importante en la relación.

Estuvieron varios minutos compartiendo juntas, hasta que vieron un carruaje acercarse. Hannah, que bostezaba junto a la ventana, notó un carruaje acercándose.

—Creo que viene nuestro nuevo padre —comunicó a sus hermanas que corrieron para observar a través de la ventana.

—No es su carruaje, este es el de un conde... —Penélope tenía un monóculo que pertenecía a su cuñado y que ella usaba de vez en cuando por sus problemas de vista lejana.

—Debe ser la rata... —musitó Alethea para molestar a Frances.

—Es Rotterdam... —corrigió con cansancio—. Esperen a ver que es un hombre atractivo.

Cuando el carruaje se detuvo, de él descendió lord Rotterdam con el rostro cargado de suficiencia y confianza. Estaba feliz de estar en ese lugar.

—No me parece algo tan imponente —murmuró Penélope que no disimulaba su mirada escrutadora al caballero que no podía verla.

—El señor Stanton es más atractivo y atlético —opinó Alethea.

Sus hermanas la miraron con desaprobación por su comentario, pues era la menor, una que ni siquiera debería estar hablando de caballeros, al menos no de cómo se veían.

—Pues a mí me parece atractivo... —confesó Hannah, sonrojada—. Si no te gusta, ¿puedes dejarlo para mí? Será en pocos años.

—No seas tonta, es su esperanza de ser condesa, ¿crees que te la obsequiará? —interpeló Penélope, burlona.

—Es suficiente. Ahora es el momento de la verdad, sabremos si permanecerá o terminará huyendo de la casa. Debe entrevistarse con Daniel —recordó Alethea.

Las cuatro mujeres se quedaron a observar a través de la ventana, mientras lord Rotterdam golpeaba la puerta con una calma que parecía inquebrantable.

El sonido del golpe se oía en la casa. Humbert fue hacia la entrada de la residencia y abrió la puerta. Ya le habían advertido de que tendrían visitas.

—Buen día, ¿en qué puedo servirle? —preguntó el sirviente.

—He venido a visitar a lady Frances Hess...

—Lord Cholmondeley lo espera en el despacho. Nadie pasa junto a alguna dama sin que él lo apruebe. Sígame, por favor.

Con esa advertencia de Humbert, Luke parecía un poco menos firme en su determinación. De momento imaginaba cómo lord Cholmondeley lo desmembraba con preguntas que no podía

responder. Tal vez estaba demonizando al hombre, pero debía admitir que, tenía ciertas dudas sobre lo que estaba haciendo.

Caminando detrás del sirviente, consideró que solo debía recordar quién era para no caer en la locura. Cuando aquel abrió la puerta, vio al conde de Cholmondeley, sentado en su sillón con el rostro pétreo, como si quisiera que no estuviese ahí. El sonido de una abertura cerrándose a su espalda hizo que se concentrara en lo que estaba frente a él.

—Lord Rotterdam, sea bienvenido —saludó Daniel que tenía dos copas servidas sobre el escritorio—. Coja una y no tenga miedo, no lo voy a envenenar... todavía...

Luke dio unos pasos para coger la copa y vio que lord Cholmondeley le indicaba que se sentara con un gesto de la mano.

—Gracias, milord... —correspondió sentándose para poder ganar un poco de seguridad.

—Viene a conocer un poco mejor a Frances, supongo. ¿Qué lo ha hecho cambiar de opinión después de lo que he oído que dijo sobre ella? No intente negarlo, los cotilleos corren muy rápido, tanto como un relámpago y yo lo he sabido de una fuente confiable.

—Pude haber dicho un par de cosas desde la ignorancia. Comprenderá que milady no siempre ha sido la dama que es en este momento, aunque eso no significa que no fue bella, me refiero más a su carácter.

—Sé mejor que usted de qué lado raspa el zapato, milord. No confío en usted, no lo tolero, es más, lo desprecio, pero, por Frances lo dejaré pasar esta vez como lo hice con otro caballero.

—¿Quién es el otro caballero?

—Se lo diré cuando se retire. No olvide pasar por aquí. Tome su bebida, no quiero que desmaye a mi cuñada con su aliento de hombre recién despertado que huele a tabaco por haber jugado toda la noche una ronda de cartas en una posada barata.

—Pero...

—Sé de qué pie cojea, ¿algo más que quiera escuchar de mí?

—No, es suficiente.

Agitó la campanilla y, otra vez, Humbert entró.

—Lleva al caballero al salón, llama a Frances y avisa a Sarah que será la carabina esta vez —ordenó Daniel.

—Sí, milord. Caballero, acompáñeme al salón —pidió acercándose al umbral para abrir más la puerta.

Sin perder más tiempo, Luke salió de aquel lugar. Una gota de sudor frío bajó por el costado de su cabeza. Sacó un pañuelo y lo limpió una vez que estuvo fuera del despacho. Después observó a dos personas corriendo por el pasillo y vio al sirviente negar con la cabeza.

—¿Lord Cholmondeley siempre es tan directo? —curioseó para amenizar el ambiente y calmarse.

—Ha tenido suerte, pudo haberlo echado al solo ver su cara. Es evidente que él está de buen humor —replicó Humbert con serenidad.

A Luke le impresionaba «haber tenido suerte» con lord Cholmondeley. Por algo la joven alardeaba de su cuñado, no era algo que la gente debía tomar a la ligera o pasar por alto.

—Siéntese, milord. Iré a por milady y la carabina.

Rotterdam se sentó en uno de los sillones y su pierna izquierda comenzó a temblar sin motivo alguno. Comenzaba a sentir que había entrado en la cueva de un gran depredador que, si se levantaba, le mordería la retaguardia.

El ayuda de cámara del conde arribó las escaleras y ahí encontró a Sarah burlándose de Diana.

—¡Esta vez he sido la escogida! —dijo Sarah, extasiada por un papel más importante en la casa.

—¿Sabes montar o te tocará correr detrás de los caballos que usarán? —inquirió Diana, burlona.

—¡Por supuesto que sé cabalgar! La señorita Carlington me ha enseñado junto a las niñas. Cuidaré muy bien a lady Frances.

—Dejen de discutir y espiar a la gente. Lord Cholmondeley no tiene paz ni privacidad gracias a ustedes. Iré a por milady. Sarah, ve al salón y espera instrucciones de ella.

—Sí, y tú consuela a esta envidiosa... —farfulló Sarah antes de irse sonriente.

—Qué envidia me da ir a caballo y que me duela el cuerpo. Ya he pasado por algo similar. Creo que lord Cholmondeley nos está rotando el sufrimiento. El próximo puedes ser tú, Humbert.

—No creo que milord me dé esa terrible tarea. Es evidente que deja el peor trabajo para las mujeres. —Humbert pasó junto a ella y fue hacia la habitación, pero se percató que ninguna de las jóvenes estaba en la planta alta, regresó y fue a buscarla en cada salón. Cuando entró a la biblioteca, vio a las hermanas Hess tranquilas, aunque Frances se veía un poco tensa—. Lady Frances, lord Cholmondeley ha autorizado su visita.

—Dime que no me avergonzó... —rogó acercándose a él.

—Milady, puede estar tranquila, no lo hizo.

—Qué alivio —suspiró.

—Pero lo amenazó.

Su ánimo cayó al suelo por un instante, mas se obligó a ser fuerte. El futuro estaba a un paso y no se rendiría.

Siguió a Humbert y, al llegar al salón, ahí estaba lord Rotterdam que sonrió al verlo. Se veía atractivo en un traje de montar.

—Buen día, lord Rotterdam —saludó acercándose antes de hacer su reverencia hacia él.

Aquel se acercó aún más a ella y a largas zancadas cogió su mano para dejar un beso en ella.

—Usted se ve tan radiante esta mañana, milady. No acostumbro a madrugar, pero vale la pena hacerlo con el fin de cabalgar con la dama más hermosa de Cheshire... —alegó condescendiente.

—Gracias por sus palabras. Espero que mi cuñado no lo hiciera cambiar de opinión sobre la visita.

—Lord Cholmondeley ha sido generoso, según entiendo. Comprendo la razón por la cual lo presumía. En verdad, no considero que estuviese presumiendo, pero sí advirtiendo sobre su poco humor.

—Lo sé. Todos queremos saber cómo mi hermana se enamoró de él, porque la gracia no es algo de lo que pueda jactarse.

—Ciertamente no.

—Humbert, pide que dos caballos estén preparados para salir. Sarah, olvidé mi sombrero en la biblioteca...

La doncella no se movió un paso del lugar. Sabía qué tan claras eran las órdenes de lord Cholmondeley y no quería que la castigaran.

—No se preocupe por eso, milady. Iré a por su sombrero y después avisaré al mozo —habló Humbert salvando a Sarah de la presión.

—Por favor, siéntese otra vez, milord. Esperaremos un poco, pero eso no nos impide hablar... —pronunció Frances dispuesta a que sus nervios y dudas no arruinaran su salida—. ¿Ha bailado más la noche anterior?

—Después de que usted se retirara, me sumí en el aburrimiento, uno terrorífico que me obligó a jugar cartas con mis amistades.

—Las cartas no se me dan tan bien como a Penélope, mi otra hermana. Daniel se ha esforzado para enseñarle y ella es una buena aprendiz. Conmigo no ha sido tan paciente, casi me ha matado con la mirada, aunque no ha pasado de largo cuando ve a mi hermana Alethea sentada donde jugamos cartas, no la soporta en los juegos.

—Vaya, lord Cholmondeley es una persona que no es tan adorable, pero considero que la cuida como si fuese un hermano mayor.

—Nos tiene más de la consideración necesaria solo para ser una carga. Tal vez tenga el cielo ganado.

Los dos rieron al imaginar a Daniel elevándose al cielo por soportarlas, la mente era capaz de hacer que la imaginación superara sus propias limitaciones.

Unos minutos después, el sirviente regresó con el sombrero y los instó a salir de la residencia. Ahí estaban tres caballos para que pudieran salir de paseo.

—El límite es la laguna, milady. Es un consejo de lord Cholmondeley —contó Humbert.

—Gracias, Humbert, es más de lo que esperaba... —Ella sonrió y miró a su alrededor. Cerca de ellos estaban dos lacayos armados sobre sus caballos, era evidente que los seguirían—. Creo que malpensé de sus buenas intenciones...

El sirviente se encogió de hombros sin poder hacer demasiado.

Para Luke no existían esperanzas de sobrepasarse con la joven en ningún aspecto, lo más probable era que el conde colocara custodios mentales hasta en sus pensamientos para que ni siquiera considerara mirar a su cuñada más de lo debido.

Los tres partieron con tranquilidad, mientras conversaban sobre el paisaje, la propiedad y la historia del lugar. Los lacayos se habían dispersado para que no fuesen vistos, dando una falsa sensación de libertad para los que paseaban, ya con Sarah era suficiente presión para que ni siquiera rozaran sus manos.

Ambos intercambiaban opiniones y más anécdotas sobre las propiedades que solían visitar. Frances se sentía conforme al escuchar que lord Rotterdam le contaba sobre sus propiedades que

eran varias y una breve pincelada de sus ingresos anuales por las tierras. No era tan rico como su cuñado, pero tenía suficiente dinero para darle todo lo que necesitaba. Si él le pedía matrimonio, no debía dudar en aceptar y de esa manera olvidar a Robert para siempre.

Capítulo 21

Robert no había podido descansar bien la noche anterior, pues saber que Luke estaría con la joven no era algo agradable. Temprano despertó y se preparó para salir con un traje de montar. Estaba inquieto y no podía controlar sus pensamientos. Se había convertido en algo que no había deseado: un hombre celoso, posesivo e incoherente. En menos de dos semanas se hallaba involucrado en medio de una lucha con otro caballero por algo de lo que llevaba mucho tiempo escondiéndose: una mujer.

Su pasado con el engaño había sido horrible para su orgullo masculino, tener que debatirse por una dama no era algo que quisiera hacer, prefería que ella se decidiera. Sabía que, en cierta manera, el pasado influía en su presente. En su interior sabía que lord Rotterdam era un hombre inmaduro y de una moral deplorable; no obstante, algo en él hacía que creyera que podía ser honesto con sus sentimientos, al menos con eso, porque era un gran tramposo con las cartas. Le asustaba que él pudiese desgraciar la vida de una joven inocente. Robert sabía que podía salvarla diciéndole quién era y ofreciéndole todo lo que ella esperaba, mas le resultaba insuperable el hecho de que aquella sentía algo por Rotterdam, la misma Frances le pidió que no la salvaran. ¿Por qué debería tener un complejo de salvador?

Sin darse cuenta, Robert se estaba dirigiendo a la propiedad de Frances. Era una locura lo que hacía, pero no podía controlar sus impulsos por saber lo que podría ocurrir. La posibilidad de que los encontrara era nula, aunque él creía que con eso estaría calmado y no como un animal trepando las paredes en su dormitorio de la posada. Prefería ser alguien convencional, mas eso no estaba dando buen resultado en su vida en este momento. Avanzó con su caballo para espiar en la propiedad. Fue hacia la laguna, tal vez desde ahí podría ver algo.

Llevaba casi una hora esperando. Su caballo estaba escondido lejos y él había encontrado unas buenas ramas, demostrándose que todavía podía hacer cosa de jovenzuelos. Ese tiempo le decía que moriría ahí sin obtener lo que deseaba, pero en unos minutos después su paciencia se vio recompensada. Vio a Frances envuelta en un halo de luz con su traje de montar y un coqueto sombrero. Ella se veía inmaculada. Suspiró, tragó saliva y se mordió los labios con envidia. Rotterdam estaba ahí, hablándole de cualquier cosa. Para su buena fortuna, una doncella los acompañaba.

Estaba tan concentrado que todavía no había notado a los dos lacayos que estaban a una distancia considerable de Frances y Luke. Él trató de ocultarse mejor para que aquellos no se percataran de su presencia. Sería escandaloso ser descubierto como un acosador de damiselas. Sintió envidia al ver a lord Rotterdam coger la mano de la joven para que esta bajara del lomo del caballo. Los dos comenzaron a pasear en la orilla de la laguna.

—¿Qué esperan? Ataquen... —murmuró Robert queriendo que aquellos gansos lo oyeran. Deseaba que esas aves hicieran correr a Luke hasta que abandonara la propiedad.

Como si aquellos animales pudieran leer su mente, salieron del agua con las alas abiertas y las cabezas echadas hacia abajo para perseguir a quien estuviese cerca.

—¡Largo, largo de aquí! —espetó lord Rotterdam, despeinándose en sus intentos de espantar a los furiosos gansos que mordían sus botas.

—¡Váyanse! —exclamó Frances que tenía a uno mordiéndole el dobladillo del vestido.

El sonido de un disparo hizo que los gansos se alejaran volando hacia diferentes sitios. Uno de los lacayos intervino para salvar a la pareja que estaba siendo atacada.

Para Robert la diversión había terminado abruptamente. Para él carcajearse no era tan fácil como la gente creía. Era un hombre demasiado serio para hacerlo, casi amargado, incluso un limón podría ser más dulce que el marqués. Eso no impedía que se divirtiera como pocas veces podía hacerlo.

Luke pasó una de sus manos por su cabello en un gesto nervioso a causa de lo que había ocurrido.

—He pensado ponerle Lucifer a ese ganso más grande. Siempre guía a los demás para el ataque. Es incomprensible... —se disculpó Frances, abochornada. Esta vez quizá su familia no la avergonzó, mas esos animales hicieron todo lo necesario para dejarla mal parada.

—Usted tiene todo un infierno aquí, milady —musitó el conde que observó el daño a sus botas. Trató de no pensar en eso y prefirió continuar con su agradable paseo con la joven.

—Lo lamento tanto. Mi cuñado ha insistido en conservar a estos y a sus hijos, el resto

sirven para alimento. Sé que con gusto se comería al más grande, milord —señaló Frances que le dedicaba una sonrisa nerviosa.

—Por supuesto que sí y lo compartiría con usted. Sabe, no me sorprende que su cuñado conserve a estos animales, me alegro de que no tenga un par de caimanes... —dijo sonriente, mas al ver que ella desviaba la mirada, supo que lord Cholmondeley probablemente sí tenía a esos reptiles—. ¿Tienen caimanes?

—Sí, durante las lluvias abundantes suelen llegar hasta esta laguna, pero tienen otra más allá...

—¿No será esa la laguna en la que debiéramos haber ido?

—Espero que no, Daniel no sería capaz... —Ella no terminó la frase porque sospechaba que sí había pensado en eso. Solo que ella, en su inocencia, llevó a ese caballero hasta la laguna más tranquila de la propiedad. Él había insistido en tener a esos animales para el control de peces y otras plagas como liebres que atacan los invernaderos y la huerta...

—Y los caballeros que visitan a sus cuñadas. —Rio sarcástico.

—Esas deben ser segundas intenciones. No se preocupe, nada le ocurrirá si estoy aquí. Además, son buenos animales.

—¿Como estos?

—Tiene razón en dudar un poco, pero son dóciles. No es necesario que los acaricie y ponerse en peligro.

La mente de Luke vagaba considerando los peligros de perseguir o encapricharse con una dama con tantos pormenores. El dinero no era algo que le quitara el sueño para decir que eso lo impulsaba, pero la atracción por Frances era descabellada y demasiado fuerte para hacer la vista gorda.

Aburrido y sintiéndose como un primate, Robert observó cómo aquellos se retiraban. Al parecer ya era momento de que Rotterdam se fuera.

Eso lo alivió, aunque no tenía razones para sentirse así. Lo único que le preocupaba era que ella fuese besada por Luke y que se borrara las sensaciones que él le había dado. No quería perder ese poder que había conseguido sobre Frances de alguna manera. No esperaba que la joven regresara ahí, por lo que se retiró hacia la posada.

Frances y el conde regresaron a la residencia. Después de que dejaran los caballos se quedaron afuera un minuto más. Sus hermanas espiaban desde la ventana de la casa mientras ellos se despedían, era algo incómodo.

—Fue un paseo divertido, milady. Espero que la próxima vez hagamos algo más seguro, como sentarnos a tomar el té —dijo Luke que cogió la mano de ella para dejar un beso.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por un rato maravilloso, milord. —Hizo una reverencia antes de pasar dentro de la casa. Cuando ella estaba entrando, su cuñado salía con el rostro pétreo, como siempre.

Daniel vio a lord Rotterdam que seguía de pie ahí mientras su carruaje se acercaba para llevarlo.

—Ahora le diré quién ha sido la otra visita... —contó Daniel, sonriente—. Considero que no debería tener.

—¿Si es alguien sin importancia por qué me lo diría?

—Porque me gusta el cotilleo y a usted también. El señor Stanton ha visitado a Frances...

Esa noticia no le cayó bien a Luke, aunque logró colocar una sonrisa en su rostro al enterarse de eso. Tendría que tomar algunas decisiones pronto.

—Gracias, milord. Que tenga un buen día... —se despidió el conde.

El rostro de lord Cholmondeley era de absoluta satisfacción. Esperaba que esos dos se anularan mutuamente para que Frances pudiese ir a Londres a buscar un buen candidato. No quería a ninguno de esos dos ahí rondando a su cuñada como si fuesen moscas sobre un banquete.

Después de que lord Rotterdam se retirara, Daniel regresó a la residencia en donde Frances los esperaba con los brazos cruzados bajo el brazo y una mirada acusatoria.

—¿Hasta cuál de las lagunas debimos haber ido? —preguntó con suspicacia a ver a su cuñado—. Querías que fuésemos hasta donde están los caimanes, ¿no es así?

—Me descubriste —respondió en tono cómplice.

—¿A quién querías que devoraran? Supongo que a lord Rotterdam...

—Si te devoraran a ti, tampoco estaría mal. Salgo ganando de la misma forma. Aunque, déjame decirte que no había nada que temer con los caimanes, están bien alimentados. Si los hubiésemos dejado una semana sin comer serían peligrosos, bueno, cualquier animal o humano también lo sería.

—No puedo creer lo tonta que fui al no entender sobre ese estanque que mandaste construir.

—Me estás demonizando, me gustan los caimanes, son como yo. Parecen malos, pero no lo son, están aquí para algo útil.

—Lord Cholmondeley, ha llegado correspondencia de su amigo. Tal vez la respuesta que estaba esperando... —comentó Humbert con la bandeja de la correspondencia en las manos.

—¿Podemos leer juntos? Supongo que se trata del señor Stanton... —pidió la joven.

—La correspondencia es privada. Te contaré lo que encuentre. No intentes nada o habrá consecuencia.

El caballero se retiró en compañía de su sirviente con destino al despacho de Daniel, mientras que Frances no podía mantener a raya a su curiosidad.

Humbert se quedó en la entrada y miró a ambos lados antes de dejar la correspondencia.

—Vigila que nadie esté oyendo. Ni siquiera tú —ordenó el conde—. Sé lo que hacen todos ustedes, no son eficientes, son chismosos.

El sonrojo recorrió el rostro del sirviente y obedeció.

Estimado Daniel.

He recibido tus dos correspondencias. Déjame decirte que con la primera perdí mucho tiempo al no encontrar a nadie con el nombre de Robert Stanton, al menos con vida. Sin embargo, el resto de los datos han sido útiles para desentrañar otro enigma, uno mucho más profundo.

Mis averiguaciones aseguran que quien está en Cheshire con el nombre de un tío fallecido es Robert Thomas Preston Stanton, marqués de Winchelsea. Conocido en Londres por la humillación que ha sufrido años atrás cuando su prometida lady Julie lo abandonó por un conde. Desde ese momento nadie más lo ha visto por bailes y cenas formales. Prefiere viajar y no quedarse quieto. No hay nada malo en su historial, salvo la traición que sufrió.

No puedo darte una alerta sobre él, ya que nadie parece conocerlo profundamente por sus antecedentes viajando. No sabemos si es o no de fiar en su situación.

Envíale cariños a tus cuñadas, cada día deben ponerse más hermosas, ¿dejarás que me case con una de ellas? Tal vez cuando la última cumpla la edad me den ánimos de hacerlo.

Atentamente.

Derek.

—Un marqués, eh. Creo que lord Rotterdam se meterá en un problema después de lo que le dije hoy —pronunció para sí en tono burlón. Daniel guardó la carta en un lugar que su cuñada nunca tocaría y escribió en un papel una palabra y la metió en el sobre en el cual llegó la original. El conde tomaría medidas para poder conversar con el marqués.

Se quedó un tiempo más en su despacho antes de salir para relajarse en el salón en compañía de su esposa y su hijo.

Cuando Daniel salió de su lugar favorito, Frances entró a hurtadillas, intentando no mover nada innecesario. Aquel notaba hasta el más mínimo movimiento en sus cosas y si sabía que alguien entró, estaría en la cuerda floja. Con mucha pericia comenzó a observar todo. Le daba mucho miedo tocar algo del orden, aunque la carta estaba en una posición que ella podría tocar. La leería y nadie sabría que estuvo ahí.

Con cuidado aplastó un poco el sobre con una de sus uñas y con dos dedos sacó el papel, sintiendo que había conseguido lo que esperaba. Quería saber qué había averiguado sobre el señor Stanton.

Al abrir el papel no encontró lo que esperaba, solo las siguientes palabras: ¿Qué castigo

escogeré por tu desobediencia?

Capítulo 22

Suspiró al ver eso. Él no era tonto. Siempre estaba a varios pasos al frente. Lo único que podía hacer era intentar que creyera que nadie lo había tocado. Con el mismo sigilo que cogió el papel, lo devolvió y tal como entró, salió. Al salir del pasillo que la llevaba hacia el salón notó el brillo malicioso en los ojos de su cuñado, entonces se apresuró a ir hacia la biblioteca, en donde sus hermanas disfrutaban de sus últimos momentos antes de pasar toda la tarde contando carbón y clavos, aunque consideraba que se uniría a ellas en cualquier momento si su cuñado regresaba al despacho y se daba cuenta.

Una vez acabado el almuerzo, el conde hizo llamar aparte de la servidumbre y de la familia que no estaba castigada, eso incluía a Mildred, la condesa viuda y Frances.

—Uno de ustedes... —Daniel se detuvo mientras caminaba en círculo, haciendo su pequeño y dramático teatro—. Entró a mi despacho y tocó un papel confidencial...

Sarah, Diana y Humbert se sentían acusados de alguna manera, pero sabían que ninguno de ellos había sido, por lo que todos miraron hacia un lugar: Frances.

—Considero que la condesa viuda, pese a lo irracional que puede ser en ocasiones, no ha sido. Tampoco mi adorable Mildred, porque es mi esposa. Luego están los sirvientes que siempre me espían... ¡Pero! Juguemos a un juego... ¿Quién era la persona interesada en ese papel y que no ha sido castigada con el resto de la familia?

Definitivamente, los ojos de ellos no abandonaban la figura de Frances. Ella tragaba saliva intentando no parecer sospechosa, pero era evidente que todos sabían.

—¡Ajá! ¡Frances! —exclamó rodeándola como una serpiente—. ¿Qué castigo te impondré?

—Eres tramposo. Sabes que no he podido leer nada —acusó Francés, que cruzó los brazos bajo el pecho como lo que era: una niña caprichosa.

—¿Tramposo? Soy inteligente, sabes que mientras tú sales yo regreso. Tú solo verás lo que yo te permita y, lo que he leído, te lo contaré a su debido tiempo. Tu castigo será pequeño,

¿sabes la razón? Te esforzaste mucho para que no me diera cuenta, pero no es tan inteligente usar tanto perfume y tampoco doblar la hoja al revés. Sí, sé que solo un demente perfeccionista se daría cuenta de eso.

—Ese demente perfeccionista eres tú, querido —dijo Mildred, condescendiente.

—Exactamente, e incluso sabiendo eso hace estas cosas.

—Si me disculpara, ¿serviría de algo? —preguntó la joven.

—Sí, servirá para que te dé más vergüenza para la próxima vez que pienses en desobedecer un mandato. Hasta que consigas un esposo sigues bajo mi tutela. Tu castigo será sencillo... —Él sonrió malicioso, aunque después su expresión se suavizó—. Invitaré al señor Stanton a pasar un día aquí... Lo llevaré de cacería, pero tú te encargarás de entretenerlo.

Los rostros de los demás, incluso de Frances eran como poemas. No podían creer que el castigo se pareciera más a un premio inmerecido.

La cabeza de Frances gritaba que su cuñado tramaba algo malo.

—Déjame desconfiar de semejante castigo tan generoso. ¿Quieres matarlo con la excusa de que se atravesó en el camino cuando cazabas faisanes o, peor aún, lo empujarás al estanque de caimanes?

—Oh, Frances. Sé que en ocasiones puedo ser un poco excéntrico, pero no soy un asesino, al menos no uno tan evidente. Créeme que, si estás enamorada de lord Rotterdam, estar con este caballero por un día puede ser un calvario.

Debía aprovechar que Daniel le daba la oportunidad perfecta para tener al señor Stanton cerca de ella, solo tendría que presentar atención a lo que hacían sus hermanas alrededor de él. Tal vez ese tiempo le serviría para tomar una decisión, aunque ya había tomado una que le pedía que persiguiera un buen futuro con el título de lord Rotterdam.

—Acepto el castigo antes de que cambies de opinión y me impongas algo más desagradable. Creo que puedo tolerar bien a un señor.

***

De regreso a la posada, Robert procedió a almorzar. Rick y Edward no estaban ahí y Luke aún no había regresado.

Esperaba que lord Rotterdam le contara sobre su encuentro con Frances, aunque no quería escuchar sobre lo maravillosa que era, ya que él lo sabía bien.

Cuando Rotterdam regresó y lo vio sentado en el comedor, aquel volvió por donde había entrado, causándole una gran confusión a Robert. Luke salió a fumar un cigarro, en eso llegaron sus amigos y lo vieron ahí, recostado por la pared con una rodilla flexionada.

—¿Por qué no entras? —curioseó Edward.

—Porque Stanton está ahí y lo odio —confesó para sorpresa del resto.

—¿Qué ha hecho esta vez? —inquirió Rick.

—Lord Cholmondeley me dijo que él había visitado a milady, lo hizo antes que yo y él siempre supo sobre mi interés por ella. Me ha apuñalado cuando he sido amistoso.

—Te dije que algo no andaba bien con él. Además, no pertenece a nuestro mundo, solo tú estabas cegado por ser sociable con un don nadie —pronunció Edward, molesto.

—Deja que le demos una lección. ¿Qué puede hacernos si ni siquiera debe contar con influencias como nosotros? —increpó Rick que, desde hacía tiempo, deseaba poner a Robert en su sitio.

—Pues estuve pensando en que quiero sacarlo de mi camino. No deseo que esté distrayendo a milady. Ella siente atracción por mí, pero no pienso arriesgarme. Robert comienza a ser una gran y molesta piedra en mi zapato.

—Nos encargaremos de dejarle claro que no se meta en tus asuntos, Luke. Esto le dolerá bastante —declaró Edward.

En ese instante comenzaron a discutir la mejor manera de librarse de la molestia que Robert

representaba en los planes de lord Rotterdam para ser el único en el camino para Frances.

Ajeno a todo lo que se gestaba en su contra, Robert fue a su habitación a leer uno de los libros que había llevado con él para el viaje. Siempre estaba cargado con un par, y cada vez que regresaba a Londres lo cambiaba por otros, de esta manera siempre tenía lecturas frescas para él.

Estuvo en su dormitorio hasta que la noche se alzó sobre él. Dejó a un lado su libro y se estiró un poco antes de bostezar. A su edad era atractivo dormir temprano. Salir a bailes no era algo que le gustara y si lo hacía era solo porque vigilaba a lady Frances Hess porque le importaba de alguna forma que no llegaba a comprender del todo o, mejor dicho, no quería comprender. No deseaba ser sentimental, ya lo había sido antes y salió mal.

El sonido de unos golpes a la puerta llamó su atención y se acercó a abrir. Era el posadero.

—Disculpe, señor Stanton, recién han traído esto para usted —indicó el hombre enseñándole una carta.

—Gracias...

El posadero le dejó el papel y se retiró. Miró el sello y hasta que lo leyó supo que era de lord Cholmondeley. Eso era muy extraño. Abrió aquello y comenzó a leer.

Estimado señor Stanton.

Lo invito a nuestra residencia para pasar un día completo con nuestra familia, teniendo en cuenta su buen relacionamiento con mi cuñada, Frances, y conmigo. Si no tiene un arma para la cacería, le proporcionaré una que le fascinará. Traiga cambios de ropa porque los necesitará, hay muchas actividades que hacer.

No esperaré su respuesta, solo su presencia.

Atentamente.

Lord Cholmondeley.

Esa sí era una verdadera sorpresa. Esta ventaja no la tenía lord Rotterdam. La bendición del cuñado de Frances era el único requisito indispensable para llegar a ella. Cuando Luke supiera de esto, esa amistad que pendía de un hilo se rompería de forma inevitable. No era malo cortar relaciones, pero aquel no le parecía alguien malvado, solo inmaduro que todavía no comprendía las implicancias de sus decisiones en su futuro y en el de los demás.

En su interior, Robert no sabía qué hacer con ese premio que había recibido y ni siquiera sabía la razón, aunque suponía que lord Cholmondeley no era un tonto para invitarlo sin conocimiento alguno. Esto olía a un privilegio indeseado por su título.

Unos instantes después, oyó otra vez el sonido de unos golpes en la puerta. Guardó su carta en uno de sus baúles y se acercó a abrir. Cuando lo hizo, Luke estaba de pie en el umbral.

—¿Saldrás con nosotros en una velada? —preguntó recostando su figura por el marco.

—La verdad es que estoy un poco cansado para esos trotes.

—Entonces te esperamos abajo, tenemos un nuevo juego que enseñarte...

Luke se retiró con una sonrisa lobuna, una que a Robert no le agradaba. Aquel gesto no había llegado hasta sus ojos. Era algo frío, cruel y malintencionado. Miró a través de la ventana y vio a los amigos de Rotterdam fumando en la oscuridad, un poco alejados de la posada. Parecía gente que quisiera jugar. En lugar de eso parecían matones.

Le resultaban sospechosas muchas cosas en ese día. Lo primero era la actitud de lord Cholmondeley en su carta y después lord Rotterdam luego de venir de la casa del cuñado de lady Frances Hess.

Si Luke no sabía que fue hasta la residencia de lord Cholmondeley antes, lo más probable era que se hubiese enterado ese día.

Fue otra vez hasta su baúl y cogió lo que parecía una barra de metal pequeña, pero aquella se deslizaba duplicando su tamaño. Viajaba mucho, por lo que tener artefactos para su defensa era algo que necesitaba. La pistola estaba bien, pero era mejor en un combate cuerpo a cuerpo. Las cosas entre él y Luke estaban tensas, así que era mejor tomar precauciones.

Metió aquella barra en su frac y se mentalizó sobre todo lo que podía salir mal.

Al abandonar su habitación e ir hacia la salida de la posada, sintió que su corazón palpitaba con premura.

—¡Miren quién viene ahí! —exclamó lord Rotterdam que bebió un trago de whisky de la botella—. Es bueno que decidieras unirte a nosotros.

—Buenas noches, caballeros... —saludó hacia los demás. Luke se acercó y le entregó la botella—. Bebe.

Robert siguió la corriente a los hombres que estaban ahí y fingió beber un poco.

—El juego que haremos será a decir la verdad... —contó Luke con su sonrisa locuaz. Quizá bebió demasiado.

—Un juego que Robert Stanton no quiere jugar... —dijo Rick dándole un puñetazo en el estómago a Robert.

Mientras este se arrodillaba por el dolor del golpe, los otros tres reían.

—¿Qué pensabas, Robert? ¿Que te dejaríamos tranquilo sabiendo lo que has estado haciendo? —increpó Edward que cogió del cabello al marqués y levantó su cabeza para que mirara a Luke.

Claramente era algo sucio que habían tramado desde antes.

—Te conté sobre ella y sabías que me gustaba. Robert, en verdad, me duele hacerte esto, me duele más tu traición. No podemos ser dos los que estemos detrás de lady Frances Hess. No tienes oportunidad, ¿cómo es que no lo entiendes? El dinero no lo es todo, también importa la alcurnia. Puedes ahogarte en guineas, pero no compras clase. No perteneces a su mundo. Además, ella está encantada conmigo. ¿Cómo pudiste ir a verla y ocultarlo de mí? Tal vez te hubiese perdonado si lo decías disculpándote. Ser agradable no es malo. Mereces una lección por eso.

Luke le dio un puñetazo en el rostro a Robert que cayó de espaldas al suelo. El primer golpe lo había dejado magullado y el segundo adolorido, pero no dejaría que hubiese un tercero.

Se quedó unos segundos en el suelo y se levantó sacando su barra que rápidamente se extendió. Primero golpeó a Edward y después a Rick en la cara, después cogió impulso y se arrojó sobre Luke y comenzó a propinarle muchos puñetazos en el rostro.

Las demás personas que oyeron el desastre salieron a separarlos. Luke había quedado peor que Robert que escupió un poco de sangre de su labio.

—Es sucio que intentaras amedrentarme de forma tan cobarde. Tres contra uno es injusto. ¿Acaso no te atrevías a hablar de esto como un hombre? No eres más que un chiquillo de calzones flojos que cree que puede tener a una dama como ella. Te arrepentirás de haberme subestimado —amenazó Robert, enfadado. Lord Rotterdam y sus amigos no sabían con quién se habían metido.

Capítulo 23

—Si te vuelvo a ver cerca de milady, tendremos más problemas —advirtió lord Rotterdam que cerró los ojos por el dolor que sentía gracias a la paliza que le había dado Robert.

—¿Por qué te importa tanto si no quieres un compromiso serio? —interpeló Robert.

—¡Tú no sabes nada de mí! Además, tampoco quieres nada serio. Entre los dos, el que más desea estar en la vida de ella soy yo. Tú no tienes arraigo, ni título, eres nada.

Robert le dio la espalda a ellos y regresó a la posada con su barra en la mano. La encogió y la guardó. Todavía sus manos temblaban por lo que hubo en aquel momento. Sabía que fue directo a una emboscada, llevaba días presagiando que algo semejante ocurriría, lo olía en el aire, pero la mirada de Luke esa noche le confirmó con un atisbo de locura que lo mejor era alejarse de él, pero no de Frances, con más razón debía cuidar de ella en caso de que ese hombre perdiera el control o el juicio.

Humedeció un pañuelo y comenzó a limpiarse el rostro con él. Salía mucha suciedad y un poco de sangre de la comisura de su boca. Le habían dado buenos golpes.

Se acercó al baúl para coger su carta otra vez y ver que no estaba loco. Al día siguiente iría a la residencia de lord Cholmondeley y pasaría tiempo con él y esperaba que también fuese con Frances. No dudaría en advertirle sobre lo que Rotterdam estaba haciendo. Ya no era un tierno joven que podría hacer soñar a una dama, era peligroso.

Despertó temprano en la mañana y lo hizo con el cuerpo dolorido, no solo por los golpes que recibió, sino también con el esfuerzo de la maniobra con la barra, era pesada y debió actuar rápido, por lo que el esfuerzo físico fue grande para salvarse de una golpiza que quizá lo hubiese dejado malherido o en el peor de los casos, muerto.

—Quiero que te quedes en mi habitación —ordenó el marqués a su cochero—. No te preocupes por mí, estaré bien en la casa de lord Cholmondeley y regresaré al anochecer. No dejes que lord Rotterdam o sus secuaces entren a mi habitación. Si no te sientes seguro, sube mis baúles al carruaje y dejas dicho al posadero en dónde te alcanzaré.

—Su señoría, este lugar y esta gente son peligrosas para usted. Si me dejara escribirle a su madre para que le envíe lacayos...

—Estaré bien. No quiero preocupar a mi madre. Solo sigue mi orden. Si hace falta rentaremos una casa en Cheshire para no vivir en zozobra.

Sin mucho más que acotar, Robert partió con un par de prendas en una bolsa de arpillera. Como caballero no necesitaba mucho más. Pese a lo que había ocurrido la noche anterior, se sentía entusiasmado con la idea de ver a Frances y preguntarle todo lo que había hablado con el demente de Luke. Podía estar seguro de llamarlo de esa manera, ya podía ver de lo que era capaz cuando se sentía inseguro. No dudaría en jugar el juego más sucio y peligroso con tal de alcanzar su objetivo, y ese sin duda era lady Frances Hess.

***

En la propiedad de Daniel, Frances se levantó con más ánimo, pues la noche anterior no se divirtió en el baile, pues ninguno de sus dos supuestos pretendientes se había presentado. Había olvidado lo aburrido que era todo con la ausencia de ellos, aunque recordó que el señor Stanton pasaría el día en la casa.

Sarah, afanosa, preparó a la joven para que se viese inmaculada frente al caballero que vendría. Frances quería impresionar a Robert, por lo que había decidido usar unas joyas no tan vistosas. Él conocía su verdadera esencia, por lo que ocultarle que le gustaban las alhajas sería algo hipócrita y absurdo.

Mientras la doncella la peinaba, ella colocaba unos aretes por su oreja y se miraba como si primero los aprobara y después no. Estaba indecisa.

—Diamantes, esmeraldas, zafiros, perlas, berilos... ¡No puedo decidirme! —espetó molesta.

—Todos le sientan bien, milady.

—Quiero que me vea bella y que quede impactado.

—¿Por qué quieres impresionar a alguien que ni siquiera te hará trascendente en un mural?

—curioseó Penélope desde la puerta—. Ah, sí, el amor sobre la conveniencia. La verdad es que no le veo nada malo a que te guste solo un hombre rico. Es suficiente para ser feliz. ¿Para qué desear joyas familiares, una fortuna, buen nombre y propiedades solariegas? Tonterías... —Siguió burlándose.

—No es asunto tuyo, Penélope, viene junto a mí, no junto a ti. Debería preocuparte si fuese de esa manera, ¿no? Me gusta la compañía del señor Stanton, la valoro sobre todas las personas que he conocido hasta hoy, incluido lord Rotterdam. Sé que no tiene un título, no hace falta que lo repitas como una cotorra.

—Lo hago por tu bien. Al parecer no has comprendido lo que conversamos días atrás...

—Si tienes algo que reclamar, puedes hacerlo, pero con Daniel, no soy quien pidió este supuesto castigo. Fue tu cuñado, un plan que no entiendo. Ve a su despacho y despotrica por esto.

Penélope asintió y fue hacia el despacho de su cuñado. Golpeó la puerta y entró sin escuchar nada.

—Ya entré y no es cortés de tu parte echarme una vez dentro —dijo burlona, yendo hacia donde se encontraba el juego de ajedrez.

—Es extraño que vengas aquí, Penélope, ¿qué quieres? —indagó su cuñado que tenía un brillo diferente al ver a esa joven.

—¿Por qué premiaste a Frances con un hombre de relevancia social? Debiste castigarla mejor.

—¿Cuestionas lo que hice?

—Absolutamente. Parece que no te importan tus demás cuñadas. Soy la próxima en esta línea. ¿Qué dirán si Frances se casa con un simple caballero? Dirán que tal vez tuvo un desliz, que no es de una familia confiable...

—No estás preocupada por el futuro de Frances ni de ninguna de las otras. No esperaba menos de ti que eres tan sincera. —Daniel sonrió y le indicó que se sentase—. Frances puede ser

tu vía de escalar, porque el tal Robert Stanton no es más que el marqués de Winchelsea, una persona que no acostumbra a llamar la atención. Tu hermana ha hecho un buen trabajo sin saberlo.

—¿Un marqués? ¿De verdad? ¿Qué has bebido? Le diré a Mildred que guardas opio aquí...

—Pueden ponerme cabeza abajo, pero nunca encontrar opio. ¿Crees que soy un tonto? Por supuesto que me informé. Tengo gente confiable en Londres. Es el marqués de Winchelsea. Es una lástima que me enterara después de que se fue la rata, de lo contrario, lo hubiese expulsado al instante.

—¿Y cuál es el plan?

—¿Plan? No hay ninguno. Las cosas se harán solas. Un día con él puede persuadir a cualquiera, incluso a mí. Es una de las pocas personas que puede llegar a agradarme y con el cual puedo compartir esta carga que representa esta familia.

—Tampoco exageres. No te hacemos daño.

—¿Sabes lo difícil que es para alguien solitario vivir con otras personas y más mujeres siendo el único hombre de esta casa porque mi hijo es un bebé? Me volveré loco si no hablo con alguien de algo distinto a bailes, vestidos, joyas y conveniencia. Perderé la cabeza en poco tiempo si sigo este sendero y lo peor es que Frances es la primera... Parece que en este caso no puedo matar más de un pájaro con un tiro.

—Me compadezco de tu buen juicio y, porque siento empatía por ti, sabes que yo no seré una carga, solo consigue un buen esposo para mí, alguien que sepas que me agradará. Tampoco quiero que esto sea una triste transacción, tengo sueños como el resto.

—A ti te daré lo mejor porque quieres lo mejor para mí y no hay nada mejor que un peso menos...

Los dos sonrieron como si se conocieran de toda la vida. Ellos tenían un vínculo muy fuerte, pues coincidían en varias aristas de la vida, eran bastante parecidas.

—Quiero que guardes este secreto hasta que yo te lo pida, Penélope. Primero debo hablar

con el marqués para saber qué opina de todo lo que sé. Debo respetar su mandato, de cierta manera por algo está guardándose la identidad. Lo único que podemos deducir es que se trata de alguien muy conveniente para tu hermana.

—Está bien, sé guardar un secreto, en especial de mis hermanas. Frances cree que vine a amedrentarte, pero lejos está de saber todo lo que sé. —Penélope sonrió y después se levantó.

—¿Jugaremos una partida en el salón? —preguntó Daniel antes de que ella saliera.

—Cuando quieras, barreré el suelo contigo.

Llegando a la residencia de lord Cholmondeley se encontraba Robert al lomo de su caballo. Iba un poco magullado, pero no esperaba que eso fuese un impedimento para acercarse a Frances.

Los lacayos parecían atentos a su llegada, lo recibieron sonrientes, llevando a su caballo para darle de comer y beber en las caballerizas de Autum Hall, mientras tanto él golpeaba la puerta.

Con los pasos de un hombre por demás aburrido, Humbert abrió al escuchar los golpes. Cuando abrió, sus ojos no pudieron contener su curiosidad. Miró al hombre como si no fuese del mismo mundo que él.

—Pase, por favor, señor Stanton. Si me permite, quisiera preguntarle si se encuentran bien... —pronunció Humbert al ver el rostro golpeado del hombre.

—Definitivamente hoy estoy mejor que ayer. Me enfrenté a personas inescrupulosas —contó para justificar sus moretones.

—¿Le ayudo con su bolsa? Lord Cholmondeley le ha designado una habitación para su descanso en este día.

—Me gustaría hablar con lord Cholmondeley para iniciar —pidió el marqués.

—Por supuesto. Él lo está esperando, lo dejaré y después iré a acomodar sus cosas en la habitación de invitados que queda a unos pasos del dormitorio de lady Frances...

Sin darse cuenta, Robert entregó lo que parecía una sonrisa demasiado tímida, apenas se habían movido las comisuras de sus labios.

—Qué buena noticia —admitió Robert.

Aquel sirviente lo llevó al despacho que comenzaba a conocer. Ese pasillo no se sentía como la primera vez, aunque todavía le daba cierto nerviosismo.

Cuando entreabrió la abertura, Robert entró y se percató de que habían cerrado la puerta a su espalda.

—Buen día, señor Stanton, o, debería decir, marqués de Winchelsea... —saludó Daniel.

Por un momento Robert se mostró sorprendido, pero ocultó aquello con rapidez.

—Era cuestión de tiempo, pero me sorprende que lo hiciera tan rápido —declaró Robert.

—Me veo en la obligación de velar por los intereses de un par de niñas, su señoría. No quisiera ser metiche, pero tuve que averiguar sobre usted.

—Es comprensible. En su lugar haría lo mismo. ¿Lady Frances lo sabe?

—No, todavía.

—¿Cuál es la razón de la invitación?

—Usted sabe. Mi vena convenciera y codiciosa se ha despertado al saber que es un marqués y, sin duda alguna, creo que es lo mejor que puede pasarle a Frances. Sé que tal vez lo juzgué antes, pero considero que debe comprender la posición de un tutor y patriarca. He tenido tiempo de preocuparme por averiguar, casi no lo logro porque ha podido esconderse bien, pero ciertos detalles como el nombre Julie nos ayudaron. Sé que prefiere ser un nómada y no por las razones correctas, sino por huir de su pasado.

—¿Cree que usted hubiese sobrevivido a la humillación por la que yo pasé?

—Sí, hubiese sobrevivido, porque yo hubiese matado a esa mujer. A mi parecer, usted es un hombre íntegro y demasiado benevolente. Le sugiero que con Frances no lo sea o será arrastrado como rueda de diligencia.

—Sí, lo sé, por algo he mantenido cierta distancia. Lo único que me impide irme es que lord Rotterdam pueda hacer algo de lo que se arrepienta dañando a milady.

—Lord Rotterdam... ¿Puedo preguntar por el moretón en su cara? Me temo que he sido culpable si es lo que yo creo.

—Él me emboscó en la salida de la posada en compañía de sus sabuesos y comenzaron a golpearme; sin embargo, él terminó peor que yo. Espero que todavía tengan la dentadura completa para poder continuar con su vida.

—¿Se hospedan en el mismo lugar? No creo que sea seguro para usted. Desde hoy se quedará a vivir con nosotros hasta que lo considere necesario. Las niñas estarán encantadas con la idea de torturar a alguien más.

Capítulo 24

—Qué ofrecimiento tan amable...

—¿Lo aceptará o seguirá su camino como nómada? Quisiera persuadirlo de quedarse aquí. Hay grandes esperanzas de que usted, si está interesado en Frances, pueda tenerla. Con un plumazo es suficiente para solucionar este asunto. Sé que le gusta esto de esconderse, pero considero que debería dejar de lado eso y mostrar quién es en realidad. ¿Cómo cree que quedaría la cara de lord Rotterdam al saber que agredió a un marqués? Deseará que se lo trague la tierra.

—Entiendo su postura. Puedo decir que soy el marqués; sin embargo, mi inseguridad se encuentra en tomar un nuevo compromiso. No quiero ilusionarme, ni ilusionar a milady. Hay heridas que tardan en sanar.

—¿Todavía ama a esa mujer?

—No. Solo es desconfianza. Es como si un caballo diera una gran patada y después pensar que todos los caballos son iguales. Viajar no solo es conocer, es huir.

—¿Huir de una obligación? ¿Sabe que debe casarse en cualquier momento?

—Soy consciente.

—Entonces, considere a Frances. Me gustaría que formara parte de este loquerío al que llaman familia. Tarde o temprano necesitará una esposa y nadie mejor que ella. Sí, sé que es una arpía, pero considero que eso es parte de su atractivo, ¿o no?

—Es una buena forma de ofrecer a su cuñada. Aceptaré su oferta de quedarme aquí. Eso me evitará la fatiga de ver a lord Rotterdam hasta que sepa quién soy.

—Entonces es un acuerdo. Enviaré por sus cosas a la posada.

—Mi cochero está ahí. Le escribiré una carta para que venga aquí. Espero que puedan recibirlo.

—Por supuesto, señoría.

—Por favor, milord, espero que siga tratándome como el señor Stanton hasta que yo decida decir mi verdadera identidad.

—Respetaré su decisión, pero no espere que Frances se decida solo por lo que es. Ella es interesada y egoísta, pero es lo que corresponde para una dama preocupada por su futuro. Es lo que le han inculcado. Créame, decirle que es el marqués es como llegar primero después de estar al final de la carrera.

—Entiendo su postura y lo tengo en cuenta. ¿Me mostrará su arma de cacería? Una vez ella me contó que sus hermanas eran buenas cazadoras y que ella atrapaba patos y gallinas.

—Sí, durante la etapa humilde de la familia Hess, algo que parecen haber olvidado, pero no las culpo. Venga, le mostraré eso antes de que Frances lo acapare.

Los dos salieron del despacho y fueron hacia una cabaña que estaba casi pegada a la residencia. Por un minuto, Robert sintió que alguien lo miraba; sin embargo, al mirar hacia una de la ventana de la casa, vio más de cuatro rostros. ¿Quiénes eran todas esas personas?

En la casa, las jóvenes no habían perdido la pista del invitado. Las cuatro en compañía del preceptor y la institutriz observaban por la ventana.

—Tendrá que convivir un día con ese caballero, lady Frances, ¿qué le parece todo esto? —indagó preocupada la institutriz—. Espero que no piense en relacionarse de una manera más estrecha con él.

—Deje que Frances escoja, señorita Carlington. Considero que ella tiene un buen juicio para hacerlo... —justificó Penélope.

No solo Frances miró con sospecha a su hermana, sino también el resto. Primero la había criticado con dureza por ese asunto.

—¿Qué piensas hacer? ¿Has puesto algo en la habitación que ocupará por hoy? Esta mañana fuiste poco colaborativa respecto a la presencia de él en esta casa —acusó Frances,

desconfiada.

—Juro que no hice nada malo. Solo creo que debes ser libre de escoger y que, tal vez, seguir tu instinto sea lo mejor para ti en el futuro —declaró Penélope.

—Déjame desconfiar de tus dichos... —procedió la joven siguiendo con esa línea de desconfianza.

—Cree lo que quieras, no me importa. Un conde o un señor me da igual, no me casaré con ninguno de esos, serán tu problema —dijo su hermana moviendo los hombros con fingida despreocupación antes de alejarse del resto.

—Iré a recibir al señor Stanton antes de que mi cuñado termine por espantarlo o secuestrarlo por un día —musitó Frances que se alisó la falda antes de abandonar el estudio.

Con un poco de nerviosismo fue hacia la pequeña cabaña que servía para guardar los objetos de caza de toda la familia a quienes le gustaba cazar. A Daniel no le gustaba que Mildred fuese de cacería, pero en ocasiones usaba eso como una forma de competencia para mantener encendida la llama de la pasión.

—¿Sus cuñadas son buenas en la cacería? —curioseó Robert al ver algunas pieles de animales, armas, ollas y cuchillos afilados.

—Debo admitir que la condesa viuda les ha enseñado eso. Sé que no es digno para las damas, pero ellas se desempeñan tan bien que alientan mi espíritu competitivo. Sin darse cuenta parecen desear aplastarme, mas existen habilidades masculinas que ellas no podrán igualar.

—Interesante...

—Buen día, señor Stanton... —saludó la joven interrumpiendo a los dos caballeros que se encontraban ahí, aunque los ojos de Frances se detuvieron en el rostro de Robert y sus moretones.

—Buen día, milady —saludó cogiendo su mano para dejar un beso—. Disculpe la tardanza, pero lord Cholmondeley me enseñaba sus armas.

—¿Cuál de todas? ¿Sus manipulaciones o las que son para matar en la cacería?

—Buen día, para ti también, Frances. Señor Stanton, aquí la mayoría de las damas de esta familia creen que duerme en la misma habitación que yo por eso son incapaces de saludar y levantan falso testimonio —recriminó el conde.

—¿Lo ve, señor Stanton? Mi cuñado solo piensa en que es víctima de unas niñas. No le haga caso, lo que quiere es acaparar la atención para llevarlo de cacería y ahí acabar con usted con un disparo o echándolo al estanque de los caimanes. Considere salir a solas con él.

A Robert se le formó una pequeña sonrisa. Al parecer, Frances era de las pocas personas que podía hacer que su cara fuese distinta.

—Considero a lord Cholmondeley incapaz de hacer todo lo que ha mencionado, milady. Él es un caballero.

—Usted sabe cómo estar bien con el cielo y el infierno, señor Stanton... —halagó ella burlona.

—Por pedido de la verdadera acaparadora, los dejaré conversando media hora antes de regresar para ir a cazar, señor Stanton. Las damas podrán acompañarnos para la cacería —habló el conde planeando todo lo que podía para unir a Frances con el marqués. Debía convencer a ese hombre de que ella era una buena futura esposa.

—No olvides enviar a la carabina —dijo Frances, sonriente.

—No hace falta una carabina, tú te encargas de mantener una buena distancia con las personas...

Daniel se retiró y dejó a ese hombre a merced de su cuñada.

—¿Entendí que nos dejarán solos? Considero que esto parece una trampa... —afirmó el marqués.

—No, usted es mi último castigo recibido, por cierto, el mejor de todos. —Frances rio y le hizo un gesto con la mano para caminar—. Ahora, ¿puede decirme lo que le ha ocurrido en el

rostro? No podré sostener una conversación si sus moretones me distraen.

—Esto no le gustará, pero tendré que decirle. El causante de esto fue su cuñado. Le contó a lord Rotterdam que yo la he visitado antes que él y eso no le gustó. No ha visto mejor forma de vengarse que emboscarme en la posada en la que ambos compartimos en compañía de sus amistades. Comenzaron a golpearme, pero ya estaba esperando algo así. Las cosas entre Luke y yo se estaban deteriorando. Llevé una barra de metal y respondí al ataque. No seré tan joven como él, pero he viajado más y sé los riesgos que eso conlleva, por lo que iba preparado para enfrentar una situación adversa. Tampoco Rotterdam ha quedado muy bien. Está un poco magullado. No sé de qué lado tomará partido.

—¿Cómo lord Rotterdam ha podido hacer eso? Me asombra.

—Si le ha mentido para estar a su lado, eso debería darle una idea del peligro que representa alguien como él para una dama. Tiene un brillo locuaz cuando habla de usted. Le pido que se cuide. De haber pensado que todo sería una aventura, ha trepado ser una obsesión para Rotterdam.

Esas palabras de Robert encendieron las alertas en la cabeza de Frances. Ciertamente, lord Rotterdam se había convertido en algo así como su esclavo, un escucha silencioso y alguien que comenzaba a hablar extraño sobre ellos, su condescendencia incómoda la justificó con el hecho de que le gustaba más la compañía del mismísimo Robert. Ella sentía algo distinto por él, que no lograba entender, pero entre la conveniencia y los sentimientos, debía seguir lo primero. Debía pensar en ella, en sus hijos no nacidos y en su futuro, en lo que deseaba ser. Sentía temor de tomar una mala decisión por más que su corazón se inclinara irremediablemente hacia Robert.

—Tal vez milord esté un poco equivocado y la malicia no es algo que lo llevará a hacer algo así. Quizá usted lo provocó.

—¿Provocarlo? —increpó Robert, sorprendido—. ¿Por qué lo defiende sabiendo que está perdiendo el juicio? Es un hombre peligroso, lo he visto en sus ojos.

—Está exagerando. Es un buen hombre, un caballero amable y divertido, un gran candidato.

—¿Un gran candidato? ¿Está ciega? ¿No ve lo que me ha hecho su buen candidato por celos? ¿Qué cree que dirá o hará cuando sepa que lord Cholmondeley me ha invitado a vivir aquí

hasta que decida irme?

—¿Se quedará aquí? —Su corazón palpitaba con una gran emoción. Eso le ponía tan feliz como también le hacía dudar de su propia cordura. ¿Podría soportar la tentación de su presencia?

—Sí, considero que su cuñado se ha sentido culpable por mis heridas, por lo que consideraba que era mejor alejarme de quién me había hecho esto por mi seguridad.

—O para aumentar mi castigo.

—Soy su mejor castigo, milady, y lo sabe.

—Usted no entiende que su presencia aquí complica las cosas con mi objetivo, no puedo ponerme de su lado porque lord Rotterdam es lo que espero, por más que ante sus ojos tenga un par de defectos.

—Tiene muchos, no un par. No se preocupe, no pienso interferir en sus elecciones. Acepté la ayuda de lord Cholmondeley porque estaré más cómodo y mejor aquí que en ese lugar. Espero que podamos ser buenos amigos...

—Amigos... —susurró Frances. Ese era como un golpe. ¿Cómo podría ser posible la amistad después de que se hubiesen dado un beso?

Los dos se quedaron en silencio pensando en lo mismo: el beso que habían compartido.

—Me queda la satisfacción de que le advertí sobre todo esto.

—Gracias por la advertencia, yo sabré qué hacer con eso... —Ella se giró para darle la espalda e irse, pero sintió que él cogió su muñeca.

—Su orgullo no la salvará de nada.

—¿Y usted sí? ¿Qué ofrece, señor Stanton? Imagino que solo envenenarme contra un hombre que parece estar interesado en mí y está dispuesto a todo por tenerme. Eso es un halago para una dama.

—No será un halago cuando eso se dé vuelta en su contra.

—¡Basta de advertencias! Dígame cuáles son sus intenciones conmigo. Si está interesado en casarse o si solo está dispuesto a hablar mal del resto de los caballeros y a intentar seducirme.

Esa acusación pesó en los hombros de Robert.

—Sabe que no me permito confiar, le conté lo que me ha ocurrido.

—¿Estará dispuesto a no avanzar por esa razón? Es un cobarde. Al menos lord Rotterdam intenta conseguir lo que desea. Me dan igual sus métodos, su interés es lo importante, mientras usted solo vive de traiciones pasadas. No quiero que me hable mal de milord, no si no piensa en algo más que en su tragedia. No vuelva a besarme jamás para después desilusionarme, señor Stanton. Soy una mujer ambiciosa, dispuesta a tener lo que deseo y por más que piense mucho en usted, no puedo rendirme. Asegurar mi futuro y el de mi descendencia es lo que debe importarme, no alguien que no puede con la carga de un pasado trágico.

—Usa la misma información que le di para humillarme, pero no me importa. Siga con su plan, que yo seré su paño cuando se ponga a llorar.

Capítulo 25

—Veremos quién de nosotros tiene razón —alegó la joven que levantó la barbilla con suficiencia, acercándose desafiante a él.

—No se enfade conmigo, quiero lo mejor para usted. ¿Qué más puedo decir? Tengo sentimientos confusos, pero entiendo que no me considera lo suficiente en caso de que quisiera pedirle matrimonio. Aquí entre nosotros existe algo que no puede pasar por alto, pero su orgullo no la deja ver. Cree que el título de un hombre como Rotterdam es más importante que...

—¿Más importante que qué? ¿Que sus dudas y temores? Por supuesto que lo es. Si tan solo me diera una señal, algo...

—¿Otro beso?

—¿Quiere convencerme con eso? Qué pobre e ingenuo... —provocó buscando aquello.

Como un ladrón en la noche, el marqués miró hacia todas direcciones y sin mediar más palabras, se abalanzó sobre ella para tomarla desprevenida y robarle un beso largo y deseado. Primero Robert creyó que Frances se resistiría, pero eso no ocurrió, lo atrajo hacia su cuerpo y se aferró a él, demostrándole que su atracción era más fuerte que eso que sentía por Luke. Tal vez los sentimientos siempre estuvieran ajenos al interés de una buena vida y lujos. Sin embargo, Robert debía dejar de dar excusas para su vida. La joven tenía razón al decir que su futuro era más importante, ¿por qué no decir la verdad? ¿Por qué no inclinar la balanza a su favor? Sabía que al confesar que era el marqués de Winchelsea cualquier duda se despejaría. Conocía la naturaleza de Frances, deseaba un porvenir excelente y estaba en su derecho de buscarlo. Ambos podrían ser feliz con solo una frase: «Soy un marqués».

Lo que él tenía con Frances estaba muy lejos de ser parecido a lo que vivió con Julie. Ellos ni siquiera se habían besado, solo era pura cortesía, pero de ahí había nacido un gran sentimiento de él para ella. Un corazón roto y la humillación pública era algo que no deseaba volver a pasar, al menos sabía que con la mujer a la que besaba no sería capaz de eso.

Él se alejó y la miró a los ojos oscurecidos por la felicidad de un beso.

—Le daré una sorpresa esta noche... —Robert se alejó antes de que ella pudiese preguntar qué era.

Frances cubrió su boca con una mano, sintiendo el ardor del beso que Robert le había dado. Miró a su alrededor y después al cielo. Que él la besara era como vivir en un sueño. Cuando eso pasaba, el tiempo se detenía y la imperfección del mundo no existía. Le hacía sentir que estaba en una fantasía infinita de sensaciones. Aquel la hacía dudar hasta de lo que era bueno o malo. Lo peor era que su cuñado lo había invitado a vivir ahí, por lo que estarían constantemente cruzándose en los pasillos de la casa. Eso parecía más un castigo que algo bueno; sin embargo, se alegraba de poder verlo todos los días, aunque el temor de que la hiciera dudar de todo como lo hacía cada vez que convivían era una duda constante entre seguir la conveniencia o arrojarse a lo desconocido para saber qué venía después de un glorioso beso.

Ella regresó a la residencia y ahí vio a su cuñado en compañía del mismo Robert, ese sinvergüenza. Cuando la vio entrar pudo notar en sus ojos la picardía, un indicio de que algo había ocurrido entre ellos antes y no podían ocultarlo.

—¿Vendrás a la cacería? —preguntó Daniel, malicioso.

—Sí, por supuesto que iré. Ya el señor Stanton sabe que soy mejor matando gansos que venados, tal vez lo confunda a él con uno de ellos —insinuó aún más malintencionada que su cuñado.

—No olvide que también estaré cazando. Cuando hay serpientes también es buena casarlas y más si están cerca de la casa, son un peligro para la residencia y las aves de corral —replicó el marqués dándole a entender a Frances de que era como una víbora.

Después de unos minutos vio a sus demás hermanas y a la condesa armándose con lo que podían para salir. El viejo y ridículo sombrero de su madre era el único objeto que podía darle vergüenza ajena a Frances. Juraba que tenía el sello de mil animales asesinados. Era toda una generación de cazadores por diversión, aunque tiempo atrás fue por necesidad.

Mildred tenía una ropa de caza, aunque ella iría para darle ánimo a su esposo y dejarían al hijo de ambos en la casa, ya que los disparos podrían asustarlo.

—Ve a vestirte, querida, no querrás quedarte rezagada —pronunció su madre.

—Adelántense, yo los alcanzo en un rato.

A Frances no le quedó más remedio que increpar a su cuñado más adelante. Esta actividad familiar al parecer era esperada por todos.

Robert la vio irse e hizo una mueca de satisfacción con su boca. Parecía que no le agradaba tenerlo en la casa, pero tendría que soportarlo, porque tenía la oportunidad para hacer que ella se inclinara por él y no por Luke. Era inminente que si no confesaba su verdad la perdería porque estaba ciega hacia lo que era más importante. Ni el título, ni el dinero eran tan importantes como el sentimiento que podía hundir a alguien o llevarlo al cielo. Había algo entre ellos y no debería dejar de intentar que esa fuera la forma de dejar atrás y para siempre, la terrible experiencia con Julie.

—¿Qué le ha dicho a mi cuñada? —curioseó Daniel que le entregaba un arma para la cacería.

—Nada que no le pusiera de buen humor.

—Usted es más sarcástico que yo. Su malicia se nota en todas partes.

—Lo que he decidido es decirle que soy el marqués. No pienso darle más ventajas a lord Rotterdam.

—Eso es lo que espero. No lo quiero aquí. Cuando sepa quién es usted, se hará a un lado.

—Dudo que lo haga. Cuando algunos se sienten acorralados atacan y no sabemos qué clase de ataque puede lanzar un hombre como él.

—Después de ver lo que le hizo, no creo que sea algo simple.

Con algarabía salieron de la casa para pasar un día perfecto. Penélope se acercó al marqués con una sonrisa exquisita y la picardía reflejándose en sus movimientos.

—Soy Penélope —se presentó con informalidad.

—Un gusto, Penélope. Me llamo Robert —replicó con amabilidad mientras iban a lomo de sus caballos con rumbo a una pradera más quieta en donde podrían esperar a los mejores especímenes de aves y otros animales.

—Dicen por ahí que usted se quedará a vivir con nosotros.

—Me quedaré por un tiempo.

—¿Ese tiempo será para conquistar a Frances? Cuente conmigo si necesita una aliada.

—Qué amable su ofrecimiento, lo tendré en cuenta.

—Yo soy Hannah… —se presentó la otra niña en el caballo junto a la otra.

—Y yo Alethea… ¿Usted se va a casar con Frances o ese tal lord Ratardam? —preguntó con curiosidad.

—¿Ratardam? Le queda perfecto. —A Robert le comenzaban a salir sonrisas. El ambiente alrededor de esa familia era perfecto para no sufrir y no pensar demasiado, de hecho, pensar parecía una misión imposible entre tantas niñas que parecían cacarear en su oído. Lord Cholmondeley tenía razón cuando decía que necesita llevar la carga con otra persona, no debía ser fácil convivir con todas esas damas.

—No aliente a mis hermanas a faltarle al respeto a un conde, señor Stanton, no olvide que es superior a usted —advirtió Frances que los alcanzó—. Y ustedes, aléjense de él.

—¿Estás tan celosa para compartirlo? —inquirió Penélope.

—No, pueden quedarse al señor Stanton, quien se lo queda, pierde.

—Creo que quien se lo quede, gana —replicó Penélope contando con información de primera mano que el resto ignoraba.

—Deberías compartir la compañía. Al parecer, el señor Stanton puede ser divertido si sabe jugar al ajedrez. A mí me gustaría un adversario distinto. Ustedes me aburren con su poco riesgo

en la estrategia —alegó Alethea.

—El señor Stanton sabe jugar cartas, pero cuidado, Alethea, puedes terminar con moretones —expresó Frances, burlona.

Las niñas se rieron al entender la referencia de lo que había querido decir Frances. La cara de Robert no podía ocultar su maquillaje tan antinatural.

Pese a la burla desconsiderada de las jóvenes damas, él se sentía extrañamente feliz, como si perteneciera a un lugar así. Era la primera familia que lograba abrirse tanto de manera sincera, aunque con los agravantes de la malicia en medio de ellos. Se sentía un ambiente genuino, que no podía igual con sus viajes como nómada. De hecho, esos trayectos de su vida le mostraron que siempre estaba más solo, recibiendo consejos de sí mismo, sin comprender con exactitud que debía tomar decisiones reales en su vida, y que escapar ya no era una forma de vida aceptable a su edad.

Considerando eso último, podía decir que había tomado el camino difícil: intentar confiar en que las cosas con Frances serán diferentes y que no lo defraudará como lo había hecho la mujer más sucia de Inglaterra.

El día era maravilloso para Robert. Conocí a varias damas a quienes les gustaba la cacería, pero no tan ávidas como ellas. Frances era la que menos participaba, pero era una de las más certeras. Cuando cazó un faisán no dudó en levantarlo del cuello y exhibirlo como un trofeo ante todos. «Haremos que esa ave sea cocinada expresamente para el señor Stanton», había dicho lord Cholmondeley con una risa burlona. Sin dudas, había mucha esperanza de su parte para unirlos. Sabía que era la misma vena codiciosa que aquel le había confesado que tenía, pero entendía que era la seguridad de lo que podría ofrecerle a la joven. Lo correcto era preocuparse por el futuro de sus cuñadas.

Después de aquella mañana, regresaron a la residencia. Para su sorpresa, su cochero se encontraba ahí con todas sus pertenencias.

—Señor Stanton… —habló el cochero al verlo descender del caballo—. He recibido su mensaje.

—Gracias por traer todo. Los sirvientes de lord Cholmondeley te llevarán a una habitación

en el área de la servidumbre para que puedas quedarte ahí.

—Sí, señor…

—Le ayudo a acomodarse, señor Stanton —dijo Humbert que se encargaría de ayudarlo no solo con sus baúles, sino también de ser como su sombra para lo que se le ofreciera por pedido de amo.

—Gracias. Iré a cambiarme para el almuerzo —musitó, mirando a su alrededor a la gente que quedaba. La mayoría de las hermanas de Frances había entrado en la residencia, mientras ella se metía con lentitud, sin dejar de mirarlo—. Buscaré mi habitación…

El marqués apresuró el paso para alcanzar a Frances.

—¿Por si acaso supiese decirme cuál es mi dormitorio? —curioseó acercándose.

—No soy una doncella, pero lo ayudaré… —declaró con un toque de diversión en sus palabras.

—Es buena cazadora.

—Soy capaz de alimentar a mi futuro esposo. ¿Cree que a lord Rotterdam le agrade que sepa hacer esto?

—Pensé que cuando pronunció futuro esposo se refería a mí, ya que su cuñado ha insinuado que su ave la cocinarán para mí.

—Se siente tan confiado…

—O usted se siente tan confiada de que está enamorada de ese hombre, cuando sabemos que la realidad es diferente y que lo único que nos separa es un título.

—No es un título, es un futuro prometedor. No puedo ser menos que Mildred, no puedo traer a alguien inferior a Daniel.

—Entiendo esto, por supuesto que sí. Es una dama, no hay otra forma de pensar para

personas de su clase. Espero que no termine arrepintiéndose.

—Me arrepentiré si sigo solo a mi corazón y no pienso más allá, no se consiguen joyas con amor ni lujos. Creerá que soy egoísta y frívola, pero no me importa. Quiero que puedan ofrecerme eso. ¿Para qué tanta inversión en mí si me arrojaré a lo primero que aparece? Al final la soltería parece un camino más sensato.

—Me encanta su sinceridad. Para otros podría ser ofensiva, pero para mí es una forma más para conocerla.

—Señor Stanton, no me distraiga más. Tengo objetivos que cumplir.

—Él no está aquí y tampoco tiene razones para saber que usted es feliz a mi lado.

Capítulo 26

Los ojos del marqués brillaron con diversión hasta que Humbert apareció para destruir sus ilusiones de estar cerca de la joven.

—Ahora tiene alguien que lo guíe, señor Stanton, con permiso —se despidió Frances con una inclinación de cabeza.

—Sígame, señoría —pronunció Humbert después de que ella se fuera.

Al parecer, la servidumbre de la residencia ya sabía quién era él. Debía acostumbrarse a ese trato exclusivo. Después de mucho tiempo era bienvenido, al menos después de lo que había ocurrido la noche anterior.

Al entrar a la habitación se había dado cuenta de lo acogedora que era. Llevaba un tiempo sin ver un lugar tan cómodo y familiar. Ya no distinguía una casa de una fría posada.

Cuando su espalda tocó el lecho se relajó y su semblante se suavizó. Creía que eso era vida. No podía dejar de recordar que durante años vivió en la tranquilidad de la opulencia y la incomodidad de los viajes era bienvenida de manera ocasional. De un tiempo a esta parte se había acostumbrado a lo contrario. La vida lujosa era eventual.

Estar en Autum Hall era una experiencia esclarecedora y reparadora para Robert. Le había costado mantener el rostro serio de antes, pues las ocurrencias en esa casa estaban a la orden del día.

—Su señoría, veo que solo tiene prendas sencillas —dijo Humbert que no encontraba algo tan digno para un marqués.

—No quería llamar la atención de las personas. Tengo broches bien guardados. Viajar siempre es un riesgo.

—Parece más arriesgado quedarse hospedado en una posada.

—Es culpa de las malas compañías. No los he buscado yo. Jugábamos a las cartas. No soy una persona que se niegue a los placeres del juego, el cigarro y el alcohol, aunque todo medido.

—Debería tener gente custodiándolo. Es peligroso para alguien como usted andar en esta situación.

—Es cierto. He pensado que, de cierta manera, puedo cambiar la situación a mi favor. Lo más probable es que le pague a Rotterdam con la misma moneda.

—¿Venganza?

—Tal vez, aunque algunos pueden llamarlo ojo por ojo.

Humbert asintió y siguió acomodando un par de prendas y sacando otras para vestir al marqués.

Después dejar las ropas de caza, el marqués fue hasta el salón en donde lo esperaban los miembros de la familia que lo acogía. Lo primero que había hecho fue buscar a Frances con la mirada, encontrándola en uno de los sillones observándolo con un poco de reproche, como si le molestase su presencia ahí.

—Podemos pasar al comedor —anunció lord Cholmondeley.

Las jóvenes no perdieron tiempo para sentarse en sus respectivos lugares. Con su malicia característica, Daniel le indicó a Robert que se sentara junto a Frances.

—Ya no escatimas en tus castigos, cuñado —declaró Frances con una ceja alzada—. Eres tan evidente.

—No llames castigo a la presencia del señor Stanton, Frances. Él se quedará con nosotros por un buen tiempo. Lo mejor es acostumbrarse a su presencia.

—Es un placer que se quede una temporada con nosotros, señor Stanton —alegó la condesa viuda con amabilidad. Ella aún ignoraba quién era ese hombre, solo era agradable porque si su yerno era bueno con aquel, definitivamente valía la pena en algún aspecto.

—Como dije antes, tendré un nuevo adversario y más digno que todos ustedes… —alegó Alethea con suficiencia.

—Seré adversario de quien desee —habló el marqués, condescendiente.

—Estamos entusiasmados por la sangre nueva que ha llegado a la casa y quizá hasta sea permanente como cuñado —insinuó Penélope.

Su familia estaba buscando con desesperación que ella se avergonzara y lo estaban consiguiendo. Faltaba que ellos pidieran matrimonio por el señor Stanton, pero él tampoco era un santo, porque le encantaba seguir la corriente. Notaba la burla en su mirada. Disfrutaba de toda la atención que recibía.

Con franqueza, Frances no sabía la razón por la que le inquietaba la presencia de ese hombre ahí. Que la hiciera dudar de lo que era mejor, no le gustaba para nada. No podía concentrarse, ni siquiera pensar en lord Rotterdam, pues Robert acaparaba sus pensamientos con agresividad. Se inmiscuía en sus asuntos sin que ella quisiera, pero no podía hacer nada para detener lo que ocurría, ya que una parte de sí misma deseaba que estuviese ahí cerca, dispuesto a besarla, a hablarle con la verdad y para lo más importante: pelear.

—Lo que le encantaría a Daniel es poder compartir la responsabilidad de la crianza y educación de sus cuñadas —pronunció Mildred que, en parte, quería avergonzar un poco a su esposo para que dejara de ser tan maquiavélico con su hermana.

—¿Por qué me delatas? No quería espantar al señor Stanton, aunque creo que él es valiente. Desde que lo vi en el salón la primera vez que era especial…

Las risitas en la mesa eran imposibles de pasar por alto para Frances. Trató de no arrojar algún utensilio a sus hermanas que parecían hienas maliciosas esperando que cayera para burlarse.

—No se sienta agraviada por nadie, solo se divierten —afirmó Robert al verla con el ceño fruncido—. ¿Le molesta mi presencia en su casa? Puedo rechazar el ofrecimiento de lord Cholmondeley.

—¿Y que después lo golpeen más? No, es mejor que se quede. Unos golpes a mi ego no

hacen tanto daño como unos moretones a su rostro. Me molesta que esté distrayéndome de lo que importa en realidad.

—¿Lord Rotterdam, el mismo que me golpeó?

—Usted también lo hizo y con más saña.

—No lo defienda demasiado. No apueste por ese caballo, porque no le dará nada bueno más que una pérdida.

—¿Y usted es el caballo ganador? No lo veo compitiendo por mí —lo provocó con alevosía.

Los ojos de Robert recorrieron el perfil de la joven tan arrogante que estaba a su lado y le parecía demasiado encantadora para dejarla pasar. Lo único que necesitaba para perder la cabeza por ella había ocurrido y eso era vivir bajo el mismo techo que ella.

—No ve mi potencial todavía, pero ni siquiera se dará cuenta del momento en que humillaré su apuesta.

El almuerzo continuó con poco más de fricciones entre el marqués y Frances. La dinámica era sencilla, le encantaban las rencillas.

Una vez que abandonaron el comedor, todos fueron hacia las habitaciones para una merecida siesta. Robert observó cuál era la habitación de la joven que le interesaba y después entró a la suya. Dormir en un lugar así era otra experiencia. Pese a que eran muchos, al momento de la siesta apenas se escuchaban los pasos de la servidumbre. Le daba tranquilidad no escuchar a los ebrios de la planta inferior de las posadas en las que acostumbraba a quedarse.

Tuvo un buen descanso hasta que de nuevo le tocaba la hora del té. Para esa hora la vida había vuelto a la residencia y las risas de las niñas se oían con gracia y diversión por los pasillos.

Mientras caminaba por Autum Hall se cruzó con el preceptor y la institutriz. Ambos tenían el rostro molesto al verlo, como si les molestara su presencia. Sostuvo la mirada a aquellos, haciéndoles saber que no tenían razones para observarlo.

—No están de acuerdo con que un señor corteje a una lady. Hemos crecido con la idea de

que debemos casarnos con hombres con título y muy ricos... —comentó Hannah—. Frances fue la que terminó más afectada por esos consejos, al menos eso creo. ¿Sabe que mi madre tiene una relación «secreta» con el señor Sinclair, el letrado de la familia? Ella no se atreve a dejar de ser la condesa viuda para poder convertirse en una nueva y feliz señora Sinclair y pensar que antes solo era la esposa de un administrador. Le gusta la buena vida que le da la pensión que le pasa su yerno.

Eso resultaba esclarecedor para el marqués. Aquello reforzaba la idea de Frances sobre la conveniencia, y eso no le parecía mal. Robert sabía que no encontraría a nadie tan sincera como esa joven en lo que le quedaba de vida. De todas formas, terminaría casándose por conveniencia en el futuro, ¿por qué no hacerlo con lady Frances Hess?

—Es comprensible. Agradezco que me ayudara a ver todo con más detenimiento, aunque eso no hace que ciertos pensamientos y sentimientos dentro de uno cambien —replicó Robert.

—No cambia nada, pero ya sabe qué esperar. Si no tiene título, ella será inalcanzable y no porque lo desee, si no es lo que se espera —siguió la joven que luego se distrajo al ver un libro fuera de su sitio y lo tomó.

Después de unos instantes, los gritos de dos de las niñas resonaban en la habitación. La misma Hannah, que antes parecía una dama seria, cogió el libro que Penélope descuidó en un momento. Los educadores que estaban ahí intervinieron, avergonzados. Por más que ellos creyeran que él no tenía título, el comportamiento de aquellas dos hablaba más de la enseñanza que de las ovejas descarriadas de la familia.

—No les haga caso a esas jovencitas, señor Stanton. Usted sabe cómo se comportan a esta edad. La próxima en debutar será Penélope. Es la favorita de mi yerno y no sé la razón, pues no tiene nada de especial aparte de ser obediente y estar al servicio de él. Es como su vasallo —comentó la condesa viuda que cogió el brazo del joven Robert para caminar a su lado hacia el salón del té.

De repente, Robert se sentía como si una víbora se enroscara por él. De cierta forma, comenzaba a comprender las implicaciones de vivir con varias mujeres en esa casa. El conde no solo quería un esposo para su cuñada, quería compartir la carga, colocarla en otro hombro. No le molestaba que lo utilizaran, lo único importante era la felicidad que le daba ese nido de víboras.

El salón del té era más grande de lo que esperaba, como un comedor, no era un lugar en donde solo dos personas estarían, era para una multitud. Esa casa estaba realmente preparada para albergar a muchas personas.

—¿Todavía no ha pensado en la idea de irse de la casa? —curioseó Frances que se sentó junto a él mientras esperaban que la servidumbre sirviera el té.

—¿Por qué me iría? No han logrado asustarme, si es lo que piensa. No le temo a los retos.

—Le teme más a declarar sus sentimientos por miedo al fracaso y a su pasado, ¿no es así?

—¿Y usted le tiene miedo a ser la señora Stanton tanto como su madre no desea ser la señora Sinclair?

Los ojos de Frances fueron reveladores. En esa casa la gente informaba más de lo debido a las visitas.

—Eso no es de su incumbencia.

—Si me quiero casar con usted sí es de mi incumbencia.

—¿Se quiere casar conmigo? —interpeló burlona.

—Sí, y espero que acepte cuando se lo pida.

Se quedó atónita, petrificada. Su corazón también se detuvo al contemplar la posibilidad de que le pidiera matrimonio. Esa era una carga imposible de llevar. Se levantó de la silla y se disculpó con un gesto de las manos antes de salir con presteza del salón del té.

Frances se agarró la cabeza pensando en que ese hombre no debería pedirle matrimonio, pues si lo hiciese, terminaría destruyendo sus ideales y no podría vivir con eso, porque ella, en un momento de locura, le diría que sí y no sabía qué tan pronto terminaría arrepentida de su decisión. ¿Qué era lo mejor? ¿Sus sentimientos o el interés? Necesitaba pensar y con ese caballero ahí era una misión imposible.

Salió de la casa para caminar. Ella sabía que desde el salón del té la miraban con curiosidad,

deseando saber lo que hacía dando vueltas por los alrededores, hablando en voz alta para escucharse y aconsejarse. En aquel sitio no había nadie capaz de disipar sus dudas.

—Es una joven extraña y perturbada —dijo Mildred que llevó la taza de té hacia su boca para darle un sorbo.

—Considero que milady está un poco confundida. Le he dicho que le pediré matrimonio —declaró Robert.

Tanto Mildred como la condesa y las hermanas escupieron el té a causa de la impresión, menos Penélope que sonrió con Daniel esperando que eso ocurriera en cualquier momento.

Capítulo 27

La condesa viuda miró a su yerno para que hiciera algo para que eso no ocurriera. Robert le agradaba, pero solo llevaba un día ahí y, además, ella esperaba algo más para su hija.

—Solo lleva un día aquí un día, señor Stanton —intervino la dama—. Considero que es poco tiempo para conocerse mejor. Deberían tratarse un poco más.

Daniel miró con molestia a su suegra, debía hablar con ella para que cerrara la boca, pero temía que gritara a los cuatro vientos que era un marqués y todo terminara en un vaivén de locura y descontrol con el que sería difícil lidiar.

—En el corazón no se manda, milady. Se sabe que, desde un principio, ella ha sido mi predilecta, o más bien, la única dama...

—La señorita Carlington se va a morir y no terminaré mi formación. Qué trágico —musitó Alethea, fingiendo lamentar aquello.

—El preceptor tendrá la misma suerte. No vivirá mucho tiempo sabiendo que ha educado a una lady para nada —afirmó Hannah sin disimulo—. Al menos si los dos se mueren seremos libres de su tortura, Alethea, no hay mucho que lamentar.

—No digan tonterías y no desalienten al señor Stanton. Lo que ha dicho es noble y está en manos de Frances decidir lo que quiere hacer —interrumpió Mildred para poner paz en ese lugar. No debían entrar en pánico y comenzar a matar personas con el pensamiento. Sabía que, por la mente de sus hermanas, podría estar pasando el peor escenario: ser mal cotizadas para el matrimonio a causa de Frances por una elección que no debía ser.

—Considero que, para Frances, usted es la mejor opción, señor Stanton. De hecho, podríamos hablar de números si le apetece conocer lo que podría llevarse con ella —pronunció lord Cholmondeley para ver el rostro de las damas que los acompañaban. No era difícil ver que la condesa viuda quería meter su cabeza en un hoyo.

—Creo que Frances necesita compañía para la caminata —bromeó Penélope que no había

dejado de disfrutar de la hora del té más divertida que le había tocado vivir en mucho tiempo. Su madre se sintió un poco agraviada por lo que había dicho, lo notaba en su expresión y el ceño fruncido.

—Mañana será un día crucial para mí y, espero que también para ustedes —musitó Robert decidido a que al día siguiente las cosas fueran diferentes, que no pensaran que él era un mal candidato. Mostraría su verdadera identidad y lo haría como merecía.

Después del momento tenso en el té, Frances regresó a la casa, cansada, con mucha angustia emocional, mientras veía a ese hombre como si nada pasara. Lo veía tranquilo, jugando con Alethea al ajedrez. Era una lástima que jugara con una de las peores perdedoras de la historia. Le costaba aceptar que, a veces, sus estrategias no eran lo mejor, pero lo justificaba con la edad de ella.

Podía ver por el rostro de la más pequeña de las Hess que estaba al borde de enloquecer por estar en desventaja. A Robert le tocaría ver lo peor de esa familia, quedándose en ese lugar por un par de semanas. Cuando vio a Alethea arrojando el tablero de ajedrez a un costado, supo que no pudo reprimir sus impulsos. No sabía cómo manejar su frustración en un juego.

Los ojos de Robert vieron cómo su oponente, una niña de unos doce años se mostraba bastante enfadada. Tal vez le arrojara algo en la cabeza, pero él permaneció inmutable. Esa niña que se puso de pie y después limpió la mesa con su mano volvió a sentarse y respiró antes de cambiar su rostro a uno más tranquilo. Cogió lo que había tirado y ordenó todo de nuevo.

—Hay momentos en que la frustración puede más, señor Stanton, pero ese impulso me ha servido para poder preparar mi próxima estrategia. Sabía que la gente de esta casa no sirve para mucho y Daniel no está interesado en soportarme. Gracias por no huir —musitó Alethea que parecía otra persona después de su arranque.

Como pudo, Robert asintió. Estaba atrapado en un juego con una niña malvada y caprichosa, pero era mejor que estar junto a lord Rotterdam que pensaba mil cosas de él. Cuando lo recordaba, trataba de imaginar cómo sería su rostro cuando se diera cuenta de que conspiró contra un marqués. La malicia recorría cada vena de su cuerpo con solo pensar en eso. Lord Cholmondeley había influido en él para que quisiera tomar venganza.

Al continuar con la nueva partida, él se dio cuenta de que Frances lo miraba, pero su madre

apareció desde atrás y la estiró para llevarla hacia uno de los pasillos de la residencia, haciendo que la perdiera de vista.

—Necesito hablar contigo, Frances... —anunció la condesa viuda.

—¿Por qué me está llevando, madre?

—Quiero que pienses bien las cosas. Sé que este tal Robert te encanta, pero piensa bien todo. Él ha confesado que quiere pedirte en matrimonio y lo hará mañana, al menos es lo que me dio a entender.

Frances palideció y su ansiedad creció aún más. Toda calma que pudo obtener con su caminata desapareció.

—¿Está segura, madre?

—Lo ha dicho frente a todos. Lord Rotterdam tiene un título, pero no sé si está enamorado de ti y este hombre sé que te agrada, lo notó en tu mirada, no puedes ocultarlo; sin embargo, ¿es a él a quien esperas o dejarás pasar este barco?

—No sé, madre —confesó sollozando—. Estoy tan nerviosa, no puedo equivocarme. Su presencia aquí hace que no pueda pensar con claridad. ¿Qué debo hacer?

—Puedes rechazarlo y esperar a un mejor candidato, mas si no encuentras alguien que de verdad te aprecie, lo habrás perdido para siempre.

—Esa idea me desespera aún más, no me siga diciendo cosas así.

—No puedes tapar el sol con un dedo. El amor es hermoso y puedes vivir bien, pero tal vez no como lo haces ahora, tú debes saber qué valoras.

—¿Usted valora más sus sentimientos por el señor Sinclair o por el dinero de la pensión de mi padre?

—Ese es un asunto delicado. Me casé por amor y lo volveré a hacer por amor, pero después de que ustedes puedan hacer sus vidas. Todavía necesitan mi buen nombre. Daniel no usa el

título de la familia, entonces soy la única imagen visible. Si no formalizo nada con el señor Sinclair es por razones que él entiende y que espero que tú también comprendas. No es un terrible asunto de intereses. Ya he sido joven y he disfrutado de las joyas y el dinero. Ahora me queda disfrutar de la compañía de alguien que me aprecia y a quien aprecio. Lamento que no sea tu padre, mas ambos somos viudos y la compañía es bienvenida en el ocaso de nuestras vidas.

—Usted todavía es joven, madre. Hasta podría tener un hijo si lo deseara.

—¡Oh, no! Soy tan feliz con las cinco hijas que, imaginar una hija más se vuelve desesperante. No estoy en condiciones de volver a vivir esta experiencia, ha sido suficiente. Agradezco que Daniel se hiciera cargo de todas. No tendría la misma suerte con el señor Sinclair.

Entendía lo que su madre quería decirle, era comprensible que quisiera pasar el resto de su vida acompañada por alguien. Sus años con su padre habían sido maravillosos, pero esperaba que los próximos también lo fueran cuando ellas terminaran de casarse. Todavía existía un largo camino para eso, al menos hasta llegar a Alethea.

—Entonces, ¿cuál es su consejo, madre?

—No puedo darte un consejo porque soy igual de fría y calculadora que cualquier dama que piensa en el futuro. Debes escoger lo que deseas y orar a Dios para que sea lo que necesitabas.

—Eso no me ayuda. Necesito tomar una decisión y no puedo hacerlo. El señor Stanton es tan insoportable a veces...

—Tanto que te fascina. No hace falta pensar mucho. Espero que la familia acepte lo que puede ocurrir.

—No quiero destruir el futuro de mis hermanas. Sé que empecé mal la temporada, pero no deseo nada malo para ellas. No puedo hacer que sus expectativas de vida decaigan por mis decisiones.

—La única que vivirá con la decisión acertada o no eres tú. Las demás se harán camino. Si el futuro es ser señoras y no ladies, es bueno igualmente. Antes de ser la condesa fui la señora Hess y fui tan feliz con el señor Hess...

¿Sería esa una señal para tomar un bando en su mente? Ser condesa era algo bueno, pero si no estaba convencida podría ser un infierno, por lo que la decisión debía ser contemplando todo lo que podría salir mal en esto.

Después de terminar de conversar con su madre, ella regresó al salón y siguió los pasos de Robert a quien no perdía de vista observando cada una de sus facciones mirando que no solo era tan atractivo que podría desarmar a cualquier dama, sino que tenía el aire de que no se dejaría intimidar ni humillar. No importan las condiciones en las que estuviese, siempre sería el ganador.

Las ideas que su mente formaban sobre él la alentaban para inclinarse de su lado de la balanza como la señora Stanton, pero la tentación de ser condesa rondaba su mente más por el bien de sus hermanas que por su deseo de casarse con alguien como lord Rotterdam. Era divertido, pero comenzaba a tomar los consejos de Robert como unos que necesariamente eran para su beneficio, aunque viniera con intenciones egoístas.

Esa noche no salió a ningún baile, era evidente que no lo harían estando un invitado presente y también porque su cuñado estaba completamente feliz de no salir. La presencia de Robert Stanton era bienvenida en varios aspectos y eso le sorprendía, ya que él no estaba de acuerdo con que se relacionara con personas que no le otorgarían beneficios. ¿Qué escondían su cuñado y el señor Stanton? No era normal que Daniel defendiera a alguien como él.

Durante la cena Daniel volvió a colocarla junto a Robert y aquel parecía más contento que antes.

—¿Cómo le fue en su caminata? —curioseó el marqués antes de beber un trago del vino de su copa.

—¿Y a usted cómo le fue ventilando sus intenciones?

—Tuve una recepción mixta, tal vez podría llamarse reticente...

—Por ser un granuja.

—¿Yo, un granuja? ¿Piensa en lo que dice? Me comporto como un caballero con la mejor intención. Debo admitir que, quizá en un primer momento deseé no involucrarme, pero al ver que lord Rotterdam se interesaba...

—Prefirió competir con él. Qué vergüenza, ¿cuánta envidia puede correr por sus venas?

—Él me envidia porque sabe que a usted le agrado. Deje de mentir e intentar que las cosas no son como lo desea.

—He terminado la cena, iré a mi habitación —alegó Frances que se levantó de la mesa con brusquedad.

—¡Más postre para mí! —exclamó Hannah que no podía ocultar su felicidad.

—Deberías convidarnos... —alegó Penélope.

—Lo mejor sería que quien lo coja primero se la coma —propuso Alethea.

El desastre se apoderó de la mesa mientras que Frances se retiraba y también el marqués detrás de ella. Nadie se percató de que ellos se habían ido o tal vez lo ignoraron.

Robert caminó a largas zancadas por los pasillos de la casa y la sujetó del antebrazo.

—Quiero saber una cosa... —dijo Robert, agitado.

—Salí de la mesa para evitar su presencia, pero me persigue. No me deja pensar en nada.

—¿Por qué necesita pensar tanto? ¿No quiere casarse conmigo? Responda —exigió para presionar a Frances.

La respiración de ella se aceleró y negó con la cabeza.

—No es eso... —respondió con sinceridad.

—¿Entonces qué es? —Robert le cogió del rostro con suavidad y acercó su frente a la de ella—. ¿No importan mis ánimos de protegerla y de querer casarme con usted? Aquí hay sentimientos y no solamente míos, sino también suyos. ¿Por qué no quiere casarse conmigo?

—No es una cuestión de sentimientos. Sé lo que siento por usted, pero el futuro, el dinero,

mis hermanas...

—Puedo darle todo...

—Tal vez Julie lo dejó por los mismos temores que tengo hacia esto. Creo que estoy enamorada de usted, pero es inconveniente... —Frances huyó hacia su habitación, dejando a Robert en aquel lugar.

Capítulo 28

Pese a no haber conseguido una respuesta positiva, recibió una respuesta sincera: estaba indecisa. La indecisión lejos de ser algo malo resultaba ser una oportunidad.

Durante la noche estuvo despierto y tardó en dormir pese a la comodidad del lecho. Se sentía intranquilo al saber que ella estaba tan cerca. Sus malos instintos le decían que entrara a su habitación y que la besara hasta que se quedara sin aliento; sin embargo, eso significaba volverse un verdadero granuja.

Con la locura invadiendo su mente salió de la habitación y fue a hurtadillas por el pasillo, cuando estuvo a punto de abrir la figura de un hombre corpulento se abrió sobre él.

—Esa no es su habitación, señor Stanton. Un caballero educado por un preceptor jamás haría lo que usted estaba pensando. Lord Cholmondeley sabrá sobre esto —aclaró el señor Kepler que estaba haciendo una ronda turnándose con la señorita Carlington. Un extraño en la casa era una señal inequívoca de que algo malo podría ocurrir para una casadera.

La voz del preceptor de las niñas lo asustó, aquello lo había tomado desprevenido. Después que lo vio retirarse supo que las cosas se pondrían difíciles. Unos diez minutos pasados del incidente se encontraba en el despacho de lord Cholmondeley, ambos viéndose ridículos con sus comisiones hasta las rodillas. El rostro somnoliento del conde decía que no tenía muchos ánimos de ser despertado, pero la situación ameritaba aquello.

—¿Qué pretendía al intentar entrar a la habitación de Frances, su señoría? Considero esto como una falta de respeto grave —pronunció el conde que se sentó en su sillón, cerró los ojos y juntó sus manos para acercarlos a sus labios.

—Ha sido un momento de locura y debilidad, excelencia. Quizá me desquicié por los constantes rechazos de su cuñada.

—No puede justificarse de esa manera. No es mejor que lord Rotterdam si se comporta así bajo mi techo. Está aquí porque se supone que fue víctima de un sinvergüenza.

—Es así, milord. Lamento que lo decepcionara en mi primera noche. Le propondré matrimonio a milady tan pronto como me sea posible. La falta de sueño es una mala consejera.

—Vaya a su habitación antes de que mi propia falta de sueño me aconseje algo malo para usted. Procure mantenerse quieto en su dormitorio si quiere permanecer en esta casa —advirtió Daniel que se quedó un minuto más en su lugar.

A Robert no le quedó más remedio que ir a su habitación después de un asentimiento vergonzoso. Era un marqués, ¿cómo pudo dejarse llevar por la locura de un momento de debilidad? ¿Estaba tan desesperado? Lo único que necesitaba en ese instante era un té para dormir. Prácticamente, traicionó la confianza del patriarca de la familia por un solo instante de no pensar con claridad y de comportarse de manera tan similar a lord Rotterdam. Esto se le escapaba de las manos.

Durante la mañana el marqués le pidió a su cochero que lo llevara al pueblo para hacer algo importante antes del desayuno. Avisó a Humbert que haría unas diligencias y que era probable que no llegara para compartir la mañana con la familia que lo acogió.

Cuando Frances despertó a la mañana siguiente, sintió que el ambiente estaba extraño. Sus hermanas la veían y cuchicheaban entre sonrisas, su cuñado bostezaba como si no hubiese dormido y Mildred y su madre conversaban en voz baja. Eso no era algo que ocurriera con frecuencia.

—Buen día, ¿me dirán que está pasando? —preguntó la joven como saludo.

—El señor Stanton quiso pasar a saludarte en la madrugada, Frances —contó Daniel dando otro bostezo.

—No estoy entendiendo —correspondió la joven.

—¿Lo has citado en tu habitación? —siguió su cuñado.

—¡No! Por supuesto que no. Tengo todos los defectos que puedo, pero juro que no lo he invitado. ¿En dónde está él?

—Suponemos que la vergüenza lo ha consumido y ha terminado por desaparecer por lo que

queda de la mañana —respondió lord Cholmondeley.

—No es mejor que al hombre que critica. Metiste a esta casa a un granuja libertino.

—¿Estás acusándome?

—No, estoy culpándote. ¿Por qué lo tienes aquí? No tiene lo necesario para ser un esposo. ¿Qué hace que tenga tu bendición, Daniel?

—Me parece un caballero capaz de cumplir con la carga de esta familia. Es alguien con quien puedo hablar.

—Ah, entiendo. Has conseguido un amigo para ti, un cómplice, un compinche para hacer tu vida más fácil porque eres incapaz de lidiar con las damas.

—Frances, si mi esposo considera que el señor Stanton es un buen candidato es porque no está equivocado.

—Estás ciega de amor por un hombre que odia a tus hermanas, Mildred. Es mejor que guardes silencio.

—¿Castigarlas es una manera de odio? Frances, a la única a la que castigan aquí es a ti porque no obedeces. Las otras eventualmente sufren por la desobediencia, pero tú eres un problema en mayúsculas con tu actitud orgullosa, petulante y despreocupada por las demás. Y ahora, discúlpate con Mildred antes de que te mande a limpiar las caballerizas por tu desacato a ella.

—Me haría bien el aroma de las caballerizas —masculló Frances que fue a sentarse en el comedor.

¿Por qué Robert quiso entrar a su habitación? ¿Qué intenciones tenía? Ella estaba segura de que él no le haría ningún tipo de daño, sino tal vez hubiese querido conversar un rato. El día anterior, Frances se había sentido descontrolada, intentando entender sus pensamientos respecto a una inminente pedida de mano por parte del hombre que la impresionaba. Esa propuesta ni siquiera llegaba y ella ya estaba temblando de miedo al creer que podría estar cometiendo un grave error.

El momento del desayuno era tenso, con todos observándola como si hubiese salido del infierno y tuviese cuernos y cola. Sí, ella sabía lo que se sentía ser la menos favorita de la familia. Por qué ocultar su verdadera naturaleza.

Sin que nadie le dijera nada, fue a cumplir con su labor en las caballerizas. Eso era mejor que quedarse quieta y pensar en las posibilidades de malas decisiones. Sus sentimientos por Robert no solo podrían mandarla a la ruina a ella, sino también a sus hermanas.

Al coger los implementos de limpieza, Frances vio que su cuñado se acercaba con esa elegancia que lo caracterizaba y la seriedad que siempre lo acompañaba.

—Hay un invitado en la casa por el cual no puedo castigarte ahora. Además, él sigue siendo un castigo para ti. No ha terminado aún —se burló Daniel.

—Lo mejor es que él sepa cómo tú tratas a unas damas.

—Ya te conoce y también a tus hermanas. Eso solo hace que las cosas sean más fáciles para mí. Sé que el señor Stanton se equivocó anoche, pero no deberías temerle. Es alguien conveniente.

—Lo defiendes tanto por eso que desconfío.

—Escucha, Frances. Jamás te haría daño ni buscaría para ti algo malo. Quiero que confíes en mí y en mi criterio. De algo sirven las averiguaciones que hago.

—¿Qué es lo que ha dicho tu amigo sobre él?

—No son cosas malas, es algo demasiado bueno, por eso, te aliento a que dejes de preocuparte por todo. Tus hermanas estarán bien y tú también. Sé que se agradan mutuamente y eso es importante en un matrimonio. Este caballero sabrá tratarte y valorarte, es solo cuestión de que le des una oportunidad.

—Pero no cumple con el requisito de codicia familiar.

—La cumple a cabalidad, Frances, tú solo enfócate en tratarlo. Él tiene mi aceptación y solo

falta que tú le des una oportunidad. Deja esto de las caballerizas y planea otra actividad. ¿Por qué no tocas el pianoforte?

—Puede que hoy sea día de práctica para ellas.

—Tú necesitas más práctica. A ellas les quedan años de formación. Ve a la casa y no estropees tus manos...

Daniel señaló hacia la residencia y Frances obedeció. Él la acompañaba caminando a su lado como un protector. Se tomaba el tiempo de cuidar a sus cuñadas y de procurarles un buen futuro.

Mientras que Frances cedió ante la propuesta del conde para ejecutar el pianoforte, después de un tiempo el carruaje del marqués regresó a la residencia de lord Cholmondeley.

Robert observó todo el lugar con determinación. Tragó saliva y con paso firme entró en la casa y buscó a Frances con la mirada. En la sala estaba la familia Hess al completo. Entonces vio a la mujer que buscaba sentada en el pianoforte ejecutando una pieza sin perder de vista la partitura.

A largas zancadas se quedó de pie junto a ella hasta que aquella lo miró. Bajó una rodilla al piso y tomó aire.

—Lady Frances Hess, ¿me haría el honor de ser mi esposa? —preguntó para sorpresa de todos en el salón.

Los ojos de Frances recorrían entre su familia y Robert. Después vio que él sacaba una cajita y cuando la abrió vio un enorme anillo con un diamante en el centro. Olvidó a todos los demás y dirigió su atención a la piedra.

Robert tenía la rodilla en el suelo esperando una respuesta y la familia de la joven estaba mirándolo cómo hacía el ridículo a la vez que aquella parecía pensar en el asunto.

Frances sabía que debía responder algo, por lo que miró a su familia para hablar en lugar de hacerlo hacia Robert.

—Lamento no haberme preocupado lo suficiente por ustedes, queridas hermanas, pero no puedo luchar contra lo que siento. Estoy enamorada de este caballero. Señor Stanton —se dirigió a él—, acepto su propuesta...

Ahí estaba la respuesta. Había aceptado que su corazón era lo más importante y no su posición.

El marqués sacó el anillo de la caja y lo colocó en su dedo.

—Me alegra saber que mis sentimientos son correspondidos, milady —articuló el marqués con alivio. Le había costado mucho dormir después de la vergüenza que había pasado al intentar entrar en esa habitación. Lo mejor que podía hacer era proponerle matrimonio, de esa manera se vería que no tenía mala intención en nada.

—Las palabras «Buen día» no hubiesen sido tan buenas como estas —habló Daniel, sonriente. Por fin tenía un nuevo compañero en el que podría delegar un poco de la presión en la casa.

Mientras la familia trataba de encontrar un equilibrio en las emociones, la señorita Carlington se desmayó por la impresión de que su pupila se casara con alguien de tan poca relevancia. El preceptor fue el primero en auxiliarla y luego el resto se interesó por su salud.

Para ese momento, Daniel quería decir quién era en realidad el señor Stanton; sin embargo, no le correspondía revelar ese secreto.

La pareja salió de la casa y ambos fueron hacia las caballerizas a caminar. Los dos tenían las mejillas sonrojadas mientras caminaban.

—¿Por qué fue a mi habitación anoche? —curioseó Frances que cogió el brazo de él.

—Tuve un momento de imprudencia y el preceptor me descubrió. Quería hablar con usted y convencerla de que nuestro futuro debería ser juntos.

—Ahora me casaré con usted. Espero que mi familia me perdone. Sé que tengo el visto bueno de Daniel, pero mis hermanas tal vez no estén tan contentas.

—Esta noche quisiera salir con ustedes a un baile. Considero que le daré una grata sorpresa.

—¿Una sorpresa mejor que esta?

—Mmm... No sé si mejor, pero la pondrá tan contenta que querrá besarme con más ahínco.

Ella sonrió pensando en lo que podría ser. Pensaba en un par de joyas o una casa.

—¿No me dará un adelanto?

—No, eso sería triste, pues no solo quiero que usted se sorprenda, también deseo ver la quijada de otros en el suelo.

—De lord Rotterdam...

—No quería que eso pareciera muy evidente, pero sí, tal vez. Además, quiero ver cómo le he dejado la cara. Debe estar arruinado.

—Lamento lo que ha ocurrido entre ustedes.

—Él ha optado por competir de manera sucia, sacando sus cartas antes de tiempo. Cuando vea la mía no le quedará más que arrepentirse de sus actos. No soy una persona vengativa, prefiero replegarme, pero esta vez merezco un poco de felicidad.

—Me siento culpable por lo que ocurre. Siento que lo he ilusionado queriendo captar su atención a través de los celos, señor Stanton.

Capítulo 29

Siguieron paseando por la propiedad, a la vez que dentro de la casa los reproches a Daniel por aprobar el compromiso no se hicieron esperar. Las personas que ignoraban la verdadera identidad de Robert Stanton no podían dejar de reclamar. La institutriz que había recobrado el conocimiento no podía dejar de llorar en el asiento del despacho. El preceptor apoyaba a la señorita Carlington en sus justificaciones para rechazar al hombre que estaba en la residencia, pero no habían logrado que el conde cambiara de opinión.

El almuerzo fue un intercambio de indirectas y a la vez una sensación indescriptible para todos. Las cosas comenzaban a cambiar en la casa con otra hermana que pronto partiría con rumbo desconocido, la próxima en casarse comenzaba a pensar en muchas cosas.

Una vez acabado el almuerzo, los recién comprometidos hablaban más que nunca, como si fuese que alguien les impidiera cerrar la boca. La comunicación fluida entre los dos era lo más importante.

Por la noche, lord Cholmondeley hizo que se prepararan para salir. Robert decidió ir en su propio carruaje y salió unos minutos después de la familia del conde. Él necesitaba saber si lord Rotterdam saldría o no de su cueva para acudir al evento. Fue hasta la posada y le ordenó a su sirviente que preguntara por aquel hombre. Cuando le dijeron que aquel estaba por salir, el cochero movió el carruaje hacia un lugar menos visible y esperaron a que saliera.

Como era de esperarse, Rotterdam salió en compañía de su séquito de personas sin pensamientos propios como eran Edward y Rick. Los vio subir a un carruaje y partir.

Después de unos minutos el cochero de Robert los siguió para saber si iban al mismo lugar y, en efecto, era el mismo sitio.

Luke entró al salón siendo anunciado en la entrada en compañía de sus amistades. Los tres lucían golpeados después de la respuesta de Robert a la emboscada que le habían hecho.

—Ahí está lady Frances Hess —anunció Edward al verla.

—Es momento de pedirle una pieza —musitó Luke.

—Ahora que Robert no está, es el momento perfecto para tomar ventaja —aconsejó Rick.

El conde de Rotterdam no dudó en acercarse a la joven. Hizo un par de reverencias para la familia y después tomó su mano para dejar un beso en ella. La mirada de lord Cholmondeley no era la de siempre, parecía desinteresado como si no le importara nada.

—Buenas noches, milady. Quisiera que aceptara una pieza para bailar... —pidió Luke, confiado.

Él miró hacia la entrada esperando que Robert se presentara, ¿a dónde había ido?

—Buenas noches, lord Rotterdam. Sí, por supuesto. Siempre es agradable bailar con usted —respondió con una incómoda cortesía al ver el rostro morado del caballero. Era cierto que aquel había quedado peor que Robert.

Él le entregó una sonrisa coqueta y se retiró hacia la mesa del tentempié.

—Debiste decirle que no estabas interesada —recomendó su madre.

—No hay nada malo en bailar con alguien y más cuando mi prometido es casi un fugitivo —escupió con molestia. Robert debería estar ahí marcando su territorio.

Unos minutos después, el sirviente de la entrada anunció: «Robert Preston, marqués de Winchelsea».

Las personas alrededor prestaron atención y se fijaron en el hombre que habían visto varias veces en el salón. La misma Frances al ver de pie a Robert en la entrada y con un zafiro en medio de su pañuelo lazado, entendió que él le estaba escondiendo algo importante. Estaba demasiado sorprendida para hacer preguntas sin ponerse de mal humor.

Las caras de Luke y sus secuaces era un poema al conocer la verdadera identidad de Robert. La poca ventaja que Rotterdam pensaba tener sobre aquel en cuestiones para conquistar a Frances se había desvanecido. Era un maldito marqués y sabía que entre él y Robert existía una gran diferencia y no solo una de rangos, sino también de riqueza.

—Qué odioso es —masculló Luke con los puños cerrados.

—Creo que hemos hecho lo posible para que tuvieras a tus pies a esa dama, Luke... —dijo Edward sabiendo que el asunto de la agresión hacia él podría ponerse grave.

—No pienso rendirme, Edward, él no me ganará.

Robert entró al salón a largas zancadas, abriéndose camino hacia su prometida. Ella lo miraba con reproche y sabía que había llegado el momento de dar explicaciones.

—Un marqués, ¿eh? Vaya sorpresa que me he llevado. Solo quiero decir que me has mantenido en un sufrimiento excesivo por capricho y para ver cómo puedes doblegar mi espíritu hasta conseguir mi mano. Me avergüenza, su señoría. Y tú, Daniel, has sido su cómplice burlándote de todos en la casa. Viste que la señorita Carlington se desmayó a causa de la impresión de mi compromiso con este hombre mentiroso y arrogante. No hiciste nada para calmarla —acusó molesta, intercalando su mirada entre ambos hombres.

—Milady, no soy alguien que ventila su identidad por varios motivos. Si callé fue por una buena razón. No quería que nadie me conociera por haber sido traicionado. Ahora sé que eso no ocurrirá porque usted me ama y yo la amo.

—Lo que dice puede ser cierto. Espero que se sienta tan confiado cuando lord Rotterdam venga a solicitarme el baile que, por cierto, he aceptado encantada.

—Un baile no es necesariamente algo malo. Es cuestión de que le digas que estás comprometida conmigo para que corra con el rabo entre las patas.

—Veremos qué ocurrirá, su señoría. Espero que este juego les pareciera divertido... —Frances fue hacia la mesa del tentempié, furiosa. Por un lado, se sentía traicionada y por el otro, tan aliviada al saber que pronto estaría casada con un marqués. Lo había conseguido todo: amor, dinero y posición. En este instante solo quería que Robert sufriera un poco como ella. Que conociera la incertidumbre que tuvo que pasar cuando él no confesaba su verdadero estatus. Aprendería una pequeña lección para no engañar deliberadamente a su futura esposa. Estaba feliz, pero necesitaba esta tajada de venganzas para estar a mano.

—Ella regresará más pronto que tarde —afirmó Daniel, restándole importancia al comportamiento caprichoso de su cuñada.

—¿Cómo pudieron ocultar esto? Ella tiene razón al decir que estaba sufriendo intentando tomar una decisión conveniente —escupió Mildred, acusatoria—. Frances está en todo su derecho de rechazarlo en este momento, señoría.

—Mildred querida, es un marqués, cálmate. Es conveniente para tu hermana. Si antes no lo era ahora sí lo es —declaró la condesa viuda acariciando el brazo de su hija mayor.

—No me importa, madre. Frances ha sido tomada por tonta y no solo por el marqués, sino también por su propio cuñado, el hombre que debía preocuparse por ella...

Los ojos de los Cholmondeley salieron de sus cuencas al ver enfadada a su esposa. Juraba que llevaba tres años sin ver esa expresión en su rostro.

—Querida, lo descubrí el día que recibí la correspondencia de Derek. No podía apropiarme de un secreto que no es mío. Confronté al marqués y lo confesó, pero no me correspondía decir nada. No era mi secreto, ¿lo entiendes?

—Pero Frances es mi hermana, tu cuñada, tu familia.

—¿Y no le conseguí a este marqués? Cuando una mujer no quiere ver lo lógico es mejor dejarlo ahí. No pelearé contigo, Mildred. No convertirás mi noche en un infierno. Pueden ahogarse en un vaso de agua o estar felices por el futuro de todas las niñas. Un marqués les abrirá las puertas a lo más alto de la aristocracia. Por favor, un poco de lógica, Mildred, es todo lo que te pido.

—Milady, lamento que esté ofendida, tanto usted como su hermana; sin embargo, he tenido mis razones para esconderme detrás de un nombre falso. Mi intención no era enamorarme de lady Frances, tampoco competir con lord Rotterdam. Solo quería pasar desapercibido en uno más de mis viajes, lejos de la sombra que tenía en Londres, con la vergüenza olvidada. Lamento que piense que soy un patán, pero le aseguro que solo pretendo hacer feliz a milady. Todo lo que soy y lo que viene conmigo será suyo.

—Hacerle pasar penurias no era la forma de congraciarse con ella. Sé que se le pasará el

enfado, pero no sin hacer alguna tontería. Lo mejor que puede hacer es vigilarla, ya que ha decidido que bailar con lord Rotterdam no representa un problema mayor —alegó Mildred que comprendía el punto del hombre, pero no por eso su esposo estaría salvado de una exclusión premeditada de la habitación esa noche.

Sabiendo que había hecho mal en su proceder por no ser sincero desde un principio, Robert no dejó de buscar a Frances con la mirada. Para su mala fortuna, la distinguió siendo abordada por lord Rotterdam que al parecer iba a exigir la pieza prometida para el baile. Entendía que estaba molesta por cómo se habían dado las cosas y que, su sufrimiento, fue un acto un poco egoísta; no obstante, sospechaba que ella quería tomar una pequeña venganza y lo haría a través de ese hombre como herramienta de daño.

—Milady, he visto que Robert... Es decir, ese mentiroso que no solo la ha timado a usted, sino también a mí, la observa —alegó Luke que se había acercado a ella.

—No me recuerde la presencia de ese hombre. Será difícil soportar la noche después de lo que he sabido. Además, debo tolerar su presencia en casa.

—¿Cómo que su presencia en su casa?

—Es invitado de mi cuñado en la propiedad y está viviendo con nosotros.

El espíritu de Luke se sentía devastado. No solo Robert tenía la ventana de un título superior, sino también tenía la confianza de lord Cholmondeley. Era una situación desesperada. Lady Frances Hess era la única mujer que lograba que él deseara entrar en la locura del matrimonio y no podía perder en este enfrentamiento por más que todo pareciera estar en su contra.

—Bailemos para olvidar, milady... —comentó pidiéndole el brazo con un gesto.

Frances estaba conforme con que lord Rotterdam estuviese tan entusiasmado con un baile. Cogió el brazo del hombre, no sin antes mirar a Robert desafiante. Le haría pasar una noche horrible y luego le diría que la disculpara para comprobar qué tan fácil podía caer con un ojo por ojo.

Robert simplemente cogió un cigarro y lo encendió fuera del recinto en el que la gente

bailaba, aunque no se privó de mirar nada. Una sonriente Frances buscaba hacerlo añicos, pero no se daba cuenta de que alimentaba a un monstruo como lord Rotterdam, alguien que parecía un poco calmado; no obstante, era un mar impetuoso que tragaba embarcaciones. Esperaba que ella estuviese protegida por el anillo de compromiso que le había dado, aunque recordaba que eso no era una protección suficiente cuando una dama no lo respetaba.

Una vez que la pieza terminó, ella hizo una venia antes de retirarse.

—Quisiera bailar otra pieza con usted... —musitó el conde con presteza.

—Considero que una es suficiente, milord...

—¿Es por Robert? —preguntó al llevarla hacia un lugar ajeno al que se encontraban los parientes de la joven.

—Hoy me comprometí con él... —confesó. Él dejó de llevarla con suavidad y notó la confusión en sus ojos.

—¿Qué dijo? No creo haber oído bien...

—Estoy comprometida con el marqués de Winchelsea —repitió. Al notar el silencio en el conde y un agarre más fuerte de su brazo, tragó un poco de saliva, pero después notó lo peor: el vestigio de algo inquietante en su mirada.

—Se ha comprometido con él —pronunció para sí mismo tratando de que su frustración no saliera a flote.

—Estoy enamorada del marqués. Me ha ofrecido un matrimonio y no puedo rechazarlo.

—Por favor, concédame un baile final. Ahora que no volveré a acercarme, quisiera ayudarla para que él sienta un poco de celos por usted. Ese hombre descarado y mentiroso se lleva algo espectacular...

A Frances le volvió el alma al cuerpo y le sonrió al conde. Está bien. Después de esta pieza, la siguiente será nuestra...

Luke se alejó y su rostro, que fingía una sonrisa, se oscureció. Fue junto a sus amigos y les habló al oído para que se retiraran hacia otro sitio.

—Él me la ha robado —contó Rotterdam que cogió una copa de whisky y la bebió con presteza.

—¿Qué quieres decir? —indagó Rick, confundido.

—Que ese infeliz no solo es marqués, también consiguió el visto bueno de lord Cholmondeley para vivir en su casa y supe que se ha comprometido con milady...

—¿Y qué piensas hacer? —curioseó Edward.

—Tomar medidas desesperadas...

Capítulo 30

Después de que pasara ese momento incómodo, lord Rotterdam la dejó a mitad de camino, se olvidó de ser un caballero. Ella se encogió de hombros restándole importancia, pues estaba comprometida con otro hombre, uno un poco mentiroso para su malestar.

—La gente no deja de murmurar sobre los moretones del marqués y de lord Rotterdam —comentó la condesa cuando Frances se colocó a su lado—. Están diciendo que una dama es la semilla de la discordia...

—Todos sabemos quién es la semilla de la discordia —alegó Daniel que intentaba mantenerse junto a Mildred que lo evitaba con alevosía.

—¿Y el mentiroso? ¿Se sintió apenado y se fue? —preguntó Frances.

—Fue a fumar afuera. Al parecer no le agrada ver que su prometida le falte al respeto con el hombre que lo emboscó —contó Mildred alejándose de su esposo que no perdía el paso, le respiraba en la nuca.

—Ni se te ocurra ir en su búsqueda. Te quedarás aquí y él vendrá cuando quiera. Ya has dado que hablar lo suficiente —musitó su madre que abrió su abanico para decir aquello con autoridad.

—Debería haberse quedado a enfrentar las consecuencias de sus actos. Verme al borde del colapso ni siquiera lo compadeció. No pienso ir a buscarlo. De hecho, mi objetivo es que sufra un poco antes de seguir con nuestro compromiso.

—No hagas cosas de las cuales te puedas arrepentir, Frances. No lo humilles. No tiene paciencia para eso. No querrás tener el compromiso más corto en la historia de Inglaterra, ¿o sí? —inquirió su cuñado.

—No pienso hacer nada malo, solo bailar con su enemigo. —Ella rio con picardía. Merezco ver que se retuerza un poco después de haberme torturado con su silencio. Hay cosas que jamás deberían callarse.

Mientras la joven seguía esperando al marqués, lord Rotterdam había ideado un pequeño movimiento estratégico para que las cosas entre los recién comprometidos terminaran de manera abrupta. Los secuaces de aquel habían recorrido el salón oyendo todo lo que se decía. Se hablaba de la rivalidad entre el conde y el recién presentado marqués y la culpable directa era lady Frances Hess. Era la única que podía enfrentar a dos posibles titanes económicos. Ellos también se habían percatado de que Robert no estaba en el salón, lo que le añadía cierta credulidad al plan que tenían en mente.

Cuando la pieza de baile culminó, ella miró a los alrededores buscando a lord Rotterdam que le había dicho que bailarían esta pieza. Sin embargo, no apareció. Tampoco Robert lo había hecho. Prefería dejar de lado al conde y escabullirse para buscar a su prometido. No lo adularía si llegaba a encontrarlo con el rostro enfurruñado. Aquel debería pedirle disculpas y darle un par de joyas valiosas, ya que puede permitirse gastar una fortuna en ella. Después de pensar en eso, la joven negó con la cabeza, todavía no se habían casado y ya estaba pensando en dejarlo en bancarrota.

Cuando se dirigía para salir del salón, los rostros desesperados de los amigos de lord Rotterdam se acercaron a ella.

—Milady, menos mal que la encontramos. Robert ha cogido a Luke en el jardín y lo ha estado golpeando —contó Rick con un tono rápido y fingiendo terror.

—Eso no puede ser...

—¿No ve cómo nos ha dejado? Lo matará y lo más probable es que estuviese pensando en eso después de verlo con usted —siguió el otro, Edward.

La mente de Frances trataba de entender lo que ocurría y armar una solución. Lo único que se le había ocurrido era ir hasta el lugar de los hechos. No se dio cuenta de que los otros dos no la habían seguido. Iba sola corriendo hacia el jardín. Vio el cuerpo tirado de lord Rotterdam y miró a su alrededor buscando algún vestigio de Robert.

—¡Lord Rotterdam! —exclamó tratando de ayudarlo a levantarse.

—Su prometido…

—Oh, por favor, no hable. Lo lamento tanto... —Frances que no sabía qué hacer en esa situación más que tratar de que aquel hombre se levantase. Cuando lo logró, el conde recostó todo su peso en ella y ambos cayeron en el césped.

Luke cayó sobre ella y quedó muy cerca de su rostro, sin más que decir se arrojó a besarla con violencia, mientras Frances intentaba zafarse sin poder lograrlo. Los gritos ahogados de otras personas hicieron que Rotterdam dejara sus labios, pero no se separó de ella.

El marqués oyó un gran barullo al otro lado del jardín. Su curiosidad pudo más que cualquier cosa y entonces se acercó, solo para ver a Frances recostada en el suelo con lord Rotterdam sobre ella. Su prometida tenía los labios rojos y los ojos grandes como los de un ciervo. Al verlo, la joven empujó a Luke.

—Su señoría... —murmuró Frances al ver los ojos de Robert llenos de decepción.

Robert arrojó su cigarro al césped y se alejó sin decir nada más.

Con dificultad pudo colocarse de pie para seguirlo, pero lord Rotterdam la cogió de la muñeca.

—No se preocupe, milady. Yo responderé por usted... —se ofreció tanto, como héroe, como patán.

Al oír esas palabras ensayadas, Frances le giró el rostro con una bofetada.

—Él siempre dijo que debía tener cuidado con usted y no le creí... ¡Aléjese de mí!

Cuando la familia de ella salió del salón para interiorizarse del escándalo, Frances corría con lágrimas en los ojos a través del salón.

—¡Señor Stanton! —exclamó para alcanzarlo antes de subirse a su carruaje. Había olvidado que era el marqués.

Él se quedó inmóvil, pero no volteó para observarla.

—Al menos esta vez nadie sabía que era mi prometida. Mi vergüenza y la humillación serán imperceptibles —alegó con la voz fría.

—Fue una trampa de lord Rotterdam, sus amigos dijeron que usted lo estaba golpeando y... los antecedentes...

—Le dije que ese hombre no era de fiar, pero se empeñó en acicalarse con él como un gato. Ahora tendrá lo que desea, a su lord Rotterdam, a su amado y adorado lord Rotterdam... —masculló con ironía—. La amaba, milady, pero no es menos sucia que Julie. Pronto partiré de la casa de su cuñado, continuaré con mi viaje por Inglaterra más firme que nunca.

—No puede irse así. Estamos comprometidos. No puede hacerme esto después de sufrir por usted tanto tiempo, por la tortura de lo que me hacía. Merezco al menos una oportunidad para explicarme.

—¿Y qué va a explicar? ¿Que siempre tentó a su suerte buscando esta oportunidad? Él la ha besado, es como si careciera de lealtad. Estoy aliviado de no haberle presentado a mi madre o a estas alturas me culparía de mis malas elecciones.

Lo vio subir al carruaje y retirarse. Frances siguió llorando hasta que Daniel la alcanzó. Su madre y su hermana habían quedado consternadas con lo que habían oído. Lord Rotterdam estaba dando su versión de los hechos a quienes quisieran oírlo.

—Frances... —murmuró lord Cholmondeley.

—Él vio todo lo que pasó, fue una horrible trampa. Lord Rotterdam era una rata horrible y aprovechada. Lo odio tanto, Daniel. El marqués ya no quiere saber nada de mí —afirmó entre lágrimas y sollozos. Frances necesitaba consuelo, entonces abrazó con fuerza a Daniel buscando lo que esperaba sentir: un poco de seguridad.

A Daniel no le gustaban los abrazos, si era posible los evitaba, pero desde que aprendió a vivir entre mujeres entendió que ellas buscaban afecto de esa manera. Con sus brazos cubrió la figura de su cuñada y aquella cedió por completo al llanto. No existían palabras de consuelo, sarcasmo o broma que fuese capaz de sacarla del hoyo en el que había caído. En sus manos estaba una gran decisión, entre protegerla a ella o a lo que quedaba de reputación para sus hermanas.

—Si el marqués lo permite abogaré por ti. Él es razonable...

—Caí de una manera tan estúpida, Daniel. Siempre me jacto de ser inteligente, pero esta vez ha brillado por su ausencia.

—Confiaste en la gente equivocada de forma ingenua, Frances. Lo mejor es retirarnos y que mañana las cosas puedan tener otro matiz.

Cuando Daniel llevaba a su cuñada, lord Rotterdam se acercó a ellos con determinación.

—Es un malnacido, sinvergüenza —espetó lord Cholmondeley al ver a ese hombre ahí.

—Guarde esas palabras, lord Cholmondeley. Aprenderá a respetarme porque seremos familia —sentenció Luke.

—Usted y yo no seremos familia ni siquiera en la otra vida. Lárguese de mi vista si no quiere que lo deje peor de lo que el marqués le dejó. Tengo ganas de acariciarle el rostro con mis puños.

—Soy la única oportunidad que tiene. Su cuñada ha defraudado su compromiso. Ella sabe que me ama, pero también entiendo que un marqués es una gran tentación.

—¡Me comprometí con él sin saber lo que era porque lo amo! ¡Maldito egoísta! —escupió.

Sin poder soportarlo más, Daniel dejó a un lado a su cuñada y comenzó a propinarle una paliza a Luke. Tenía una vida entera de práctica de boxeo. Para él no significaba nada su carne tan blanda.

—¡Daniel! —espetó su esposa para que parara y él lo arrojó lejos antes de arreglarse el pañuelo del cuello y estirar las mangas de su prenda para volver a tener su gracia anterior.

—No estaba haciendo nada, cariño. Lord Rotterdam dice que quiere pertenecer a la familia, este puede llegar a ser su dulce bienvenida... —Él volvió a consolar a Frances que con furia fue y pateó a lord Rotterdam que estaba en el suelo gimiendo de dolor por los golpes de puño y un último puntapié.

—¿Qué haremos? ¡La familia está en un problema! ¡Esto es un escándalo! —habló la condesa viuda alzando el tono de su voz con desesperación.

—Lo mejor es irnos ahora, tendremos toda la noche para pensar. —Mildred estaba preocupada por lo que podía ocurrir con su hermana. Estaba segura de que ningún castigo que le diera Daniel podría ser más duro que esto que estaba aconteciendo con su hermana.

Los cuatro fueron hasta su carruaje dejando el escándalo atrás. Mildred abrazaba a su hermana en el carruaje. Esas lágrimas eran de verdadera tristeza. Conocía a sus hermanas y todas sus argucias para conseguir algo, pero Frances sabía que no podría conseguir el perdón de su prometido con solo un par de lágrimas. De hecho, su vida se había complicado demasiado para poder solucionar todo con una disculpa.

Lord Cholmondeley miraba hacia la oscuridad a través de la ventanilla. Estaba pensativo y su rostro burlón después de cada baile se había desvanecido. Necesitaba pensar en planes alternativos para la nueva realidad de su cuñada. Tal vez lo mejor fuese dejar Cheshire e ir a un lugar más lejano, aunque no era una solución, era una opción.

Al llegar a la residencia, Frances no perdió tiempo y fue hacia la habitación del marqués, golpeó muchas veces, pero nadie contestó.

—El señor Stanton no se encuentra, milady, aún no ha vuelto —contó Sarah—. ¿Se encuentran bien? ¿Ha ocurrido algo? ¡Se ve tan mal!

—Sarah, creo que he perdido a este hombre —lamentó siguiendo con su llanto. Entonces la doncella la llevó hasta la habitación para que descansara.

—Haz algo, Daniel —ordenó su suegra al ver que él se sentaba en su sillón del despacho con lentitud y cortaba la punta de un cigarro para disfrutarlo.

—¿Qué más puedo hacer, suegra? Frances lo arruinó. Estoy intentando pensar en cómo minimizar el daño social para Penélope, Hannah y Alethea. Eso es mucho trabajo. Frances tiene una enfermedad terminal, quizá lo mejor sea dejarla morir en sus lágrimas. ¿Quién le ha mandado ser caprichosa y creer que podía confiar en ese rufián? Esto es lo que ocurre con la gente crédula.

—No puedo creer que pienses que lo de Frances no tiene solución —reprochó Mildred, enfadada.

—Dame una idea, querida. ¿Sabes cuál es la única salida? Que esa rata sea tu cuñado y la otra opción, la que creo que no tendremos, es que el marqués sea tonto por dos veces. Hay que asumir las cosas: Frances es la lepra en esta casa. Los caminos para salvarla son pocos, para no decir inexistentes. No imagino mi vida teniendo que compartir una mesa con lord Rotterdam. Escogí a mi compañero perfecto para compartir el suplicio de soportar a tantas mujeres y esto se echó a perder irremediablemente. Ese hombre intentará entrar bajo las faldas de las demás y de eso no me queda duda.

La condesa comenzó a llorar y echó su cuerpo a un sillón de manera dramática.

—No puedo creer que esto esté pasando. Todo era felicidad hasta horas atrás. Si no hay más remedio para Frances que casarse con este rufián, que así sea como castigo y como compensación por el futuro de las otras —sentenció la condesa.

Capítulo 31

Al día siguiente las otras niñas supieron sobre lo que había ocurrido y las burlas quedaron para otro momento. Era algo delicado por lo que atravesaba la familia, incluso la señorita Carlington volvió a desmayarse al saber que el prometido de Frances en realidad era un marqués y que ella lo había perdido por una estupidez. Varios querían estar en la misma posición que la institutriz, porque se les hacía difícil aún permanecer conscientes con tal noticia.

Frances parecía estar sentada en el banquillo de los acusados por las miradas que le dedicaban las personas que la conocían.

—Les juro que solo acudí al jardín porque los amigos de lord Rotterdam dijeron que mi prometido lo estaba golpeando. Cuando llegué ahí, él estaba tirado en el suelo, lo ayudé a ponerse de pie, pero después de un rato, caí al suelo y comenzó a besarme. El marqués, al igual que muchas personas, ha visto eso. Me siento tan avergonzada por no haber acudido a Daniel para que me ayudara —lamentó con tristeza. Sus lágrimas parecían haberse secado después de llorar tantas horas en su intento por dormir.

—Esos esbirros no tienen decencia, son tan estúpidos como el mismo Rotterdam. Si él se casa contigo recortaré tu dote, Frances —advirtió su cuñado, molesto.

—No me casaré con él. Prefiero la muerte antes que traicionar a su señoría.

—Él ya no está aquí para saber lo fiel que eres. Se ha quedado con lo que vio. Esto es una fatalidad —opinó Hannah, lamentándose de la misma forma teatral que su madre.

—Bien, solo queda sacrificarse, Frances, aunque en realidad no creo que sea un gran sacrificio para ti, pues siempre te ha gustado lord Rotterdam. Desde el inicio de la primavera él ha estado muchas veces en tu boca. Acepta que estarás bien con cualquiera de esos dos hombres, ambos tienen título —opinó Penélope que se encogió de hombros.

—Pero desde que conocí al mentiroso que me pidió matrimonio no he podido dejar de pensar en él. Lo único que deseo es aclarar este malentendido que nos separa. Esto no debería estar pasando.

—Él no ha vuelto. Tampoco su cochero, aunque sus cosas siguen aquí. Lo más probable es que pronto aparezca para llevar sus pertenencias... —musitó el conde.

—Disculpe, lord Cholmondeley, ha llegado una carta para usted —pronunció Humbert que se acercó a él y le entregó el sobre.

Daniel sabía que ese sello era de lord Rotterdam. Ese desgraciado debía estar buscando algo. Abrió aquello y comenzó a leerlo. Después arrugó ese papel y lo arrojó a un lado.

—¿Quién era? ¿Qué decía? —indagó Alethea que fue para coger el papel arrugado.

—Es de lord Rotterdam. Quiere que lo reciba para hablar sobre una posible boda...

—¡No! ¡No! —exclamó Frances, suplicante.

—Frances, es una opción... —continuó su cuñado.

Ella se levantó de la silla y se fue corriendo fuera de la casa. Todos la vieron desaparecer con dirección a la laguna de los caimanes.

—Que alguien la detenga y no se arroje al agua como su hermana. No quiero que se enfermen mis animales —ordenó lord Cholmondeley que negó con la cabeza. Frances cada vez estaba comportándose más errática a causa de lo ocurrido la noche anterior. También recordaba que Mildred había sido muy imprudente en el pasado en la laguna de su propiedad.

Ciertamente, Frances fue a la laguna más peligrosa. Esperaba que alguna de las mascotas de su cuñado la devorara. La idea de terminar casada con lord Rotterdam la aterraba. Y pensar que esa había sido su primera idea de la temporada. Se había puesto lo más hermoso para impresionarlo, pero no lo había conseguido, después, Robert fue quien la enamoró con su compañía, sus consejos, sus confesiones a medias y su antipatía disfrazada de sarcasmo. Él era tan único y encantador que no comprendía la razón de sus dudas absurdas a casarse con Robert. Tal vez fuese el hecho de que aquel había repetido tantas veces que no estaba interesado en el matrimonio por su problema con Julie.

Al recordar que ella lo había lastimado de la misma manera que esa mujer, hacía que se

sintiera peor. Esa mirada de decepción jamás podría apartarla de su mente. ¿Cómo podría vivir con la culpa y el arrepentimiento? Si él no la perdonaba, era mejor morir.

—Milady... —la llamó Humbert que se acercó a ella.

—No le haré daño a los animales.

—Milord estaba preocupado por ellos —dijo el sirviente con un toque de humor para que ella le entregara una pequeña sonrisa.

—No lo dudo. Solo necesitaba alejarme del barullo de la casa. Aquí es menos peligroso que allá. Estaban a punto de decidir de qué manera era más conveniente sacrificarme. Me arrepiento de no haber tomado en serio lo que el marqués me dijo sobre lord Rotterdam. Me lo advirtió tantas veces y yo me burlé. Ayer hice lo mismo y todo me salió mal. Soy una verdadera tonta.

—El orgullo es algo que difícilmente una dama de la familia Hess pueda superar con facilidad. No se culpe.

—No puedo evitarlo, Humbert. Quiero el perdón del marqués, pero si no puedo encontrarlo, ¿qué será de mí?

—Ha de ser paciente. Lord Cholmondeley la apoyará. No quiere ver a lord Rotterdam ni siquiera en una pintura.

—Ese es un pequeño alivio.

***

Robert durmió en su carruaje. Fue incómodo, pero era lo único que había podido hacer. Esa noche revivió su mayor pesadilla. La otra mujer de la que estaba enamorado lo había traicionado, pero en esta ocasión a él le había tocado ver.

Su corazón estaba destrozado. Los caprichos de Frances habían sido demasiado grandes para comprender el peligro. Sabía que ella no era culpable del todo, pero provocó la situación por confiada. No quería sucumbir ante esa mujer y sus palabras que pudiesen llevarlo de nuevo a ese compromiso, cuando la sociedad rural vio que esa dama estuvo besando a otro, comprometiendo

su virtud. Era humillante estar en esa situación y eso lo impulsaba a volver a reconstruirse como nómada. No más paradas por amor en los condados. A la primera señal de felicidad y comodidad tenía que hacerse paso hacia otro lugar. Por el momento debía regresar a la residencia de lord Cholmondeley, agradecer por la hospitalidad y la confianza y después coger sus pertenencias para desaparecer.

Robert, en compañía de su cochero, decidió regresar a la residencia de lord Cholmondeley a los dos días, esperando que se le pasara la rabia. No quería aparecer en aquel lugar cargando el peso del mundo para después echarle maldiciones a Frances. Merecía que le dijera un par de cosas, pero como era un caballero respetable jamás lo haría. Además, no podría mirarla a los ojos, porque se hundiría en ellos, pisotearía su orgullo y correría hacia ella para rogarle que lo amara tanto como él. Esa era la diferencia con Julie, Frances lo inspiraba de otra manera, la pensaba diferente y la deseaba como no recordaba haberlo hecho antes con nadie más, ni siquiera al querer con tanto ahínco un nuevo caballo.

Debía resistir la tentación de verla y rogarle, mantenerse firme era lo único que esperaba al ir a esa propiedad. Sus sentimientos no debían llevarlo a perdonar lo que había visto. Era mejor oírlo que vivirlo. Que aquel rufián de lord Rotterdam hubiesen tocado los labios de ella era como un puñal que se clavaba mil veces en su pecho. Esa boca le pertenecía solo a él, al menos le perteneció por un periodo tan efímero que ni siquiera debería recordarlo.

Con determinación observó que en la distancia se alcanzaba Autum Hall. Esperaba que Frances no estuviese en la casa y él pudiese retirarse con tranquilidad.

Desde la ventana, las niñas actuaban como vigías. Cuando vieron un carruaje gritaron por todas partes como si fuese un gallinero lleno de gallinas escandalosas. Frances seguía lamentando su desgracia y mirando su anillo de compromiso. La única esperanza que mantenía de volver a ver a Robert era que regresara a buscar sus pertenencias.

—¡Hay un carruaje, milady! —exclamó Sarah que entró corriendo a la habitación en compañía de Diana.

—¡Parece que se trata del marqués, milady! —alentó la otra.

La mirada de Frances se iluminaba con lo que esas dos habían dicho. No perdió tiempo y se asomó, pero no veía nada. Fue hacia la planta baja, hasta la ventana que ofrecía mayores ventajas

de visibilidad. Ahí pudo notar el carruaje que ellas decían, pero no podía estar segura hasta que pudieran acercarse unos metros más, cuando pudo distinguir algo, su corazón primero se detuvo y le hizo sentir un vuelco en el estómago para que después regresara a latir con una fuerza devastadora.

—Es él, es mi señor Stanton —murmuró con lágrimas en los ojos. Trató de no enloquecer y de buscar un segundo para hablar. Sabía que él no estaba interesado en conversar con ella, pero no podía dejarlo ir de esa manera tan triste.

En la casa hubo una gran movilización. Su cuñado también salió de su cueva para recibir al hombre que casi podía ser considerado el hijo pródigo.

El marqués ni siquiera tuvo que tocar la puerta, Humbert, tan eficiente hizo lo que debía.

Al entrar, Robert vio a demasiadas personas en aquel lugar. Hizo una inclinación de cabeza como saludo y evitó buscar a Frances con la mirada.

—Buen día, lamento interrumpir la reunión. ¿Podría concederme un momento, lord Cholmondeley? —preguntó.

Todas las mujeres, incluyendo Frances, se inclinaron.

—Por supuesto, su señoría —concedió Daniel que le señaló hacia el pasillo para ir al despacho.

Frances observó a Robert esperando alguna reacción, pero lo único que consiguió fue que él la viese de soslayo.

Una vez dentro del recinto sagrado de Daniel, aquel le pidió a Robert que se sentase.

—Lamento el altercado, su señoría. Frances ha jugado con fuego y terminó quemándose.

—Le advertí sobre lord Rotterdam, pero ella prefirió que mi cuidado fuese alimento para el olvido.

—Fue intempestiva e irresponsable...

—No sirve para ser una buena esposa. Lamento tener que devolver a su cuñada, lord Cholmondeley, si a alguien debe exigirle matrimonio es a lord Rotterdam.

—No haga que conviva con él, le juro que eso me destrozará más a mí de lo que puede destrozar a mi cuñada. Mis nervios no lo tolerarán y será mi bolsa de boxeo diario.

—Le vendría bien un poco de utilidad a ese hombre. Solo vine a por mis pertenencias y para agradecerle su predisposición para recibirme. Me iré de Cheshire al salir de esta propiedad. Dele mis felicidades a lady Frances por su próximo enlace. Lo deseaba tanto que ahora puede tenerlo.

—No quiero hablar de nadie, pero ella lo ama.

—Ella ha besado a otro, para mí es una clara traición. Usted conoce la historia y milady también, por eso el golpe fue más duro, porque la historia se repite en mi vida.

—Considere darle otra oportunidad a Frances. Fue un accidente absurdo.

—Uno que vio toda esta sociedad rural. Este asunto es insalvable, lord Cholmondeley. No dejaré que la vergüenza y la humillación vuelvan a mi vida. Me alegro de que nadie supiera que era mi prometida. Esto ha muerto en secreto. Sé que quiere mucho a su cuñada, pero entienda mi postura.

—Lo comprendo. En el pasado no pude soportar una negativa y me fui. Como usted, dejé que el orgullo me cegara, pero algo me impulsó a regresar y soy feliz. Ella me dio este calvario que aprendí a querer. Mildred es maravillosa y no me arrepiento de nada porque todo me llevó hasta donde estoy hoy.

—Me alegro de que su historia tuviese un buen final, pero todos parecemos destinados a la felicidad. Con permiso...

Con el corazón en la mano, Frances vio como los sirvientes colocaban los bailes en el carruaje del marqués. Sabía que por eso había regresado y no exactamente porque la amara.

Cuando lo vio salir de la casa sin dirigirle una mirada, se quedó paralizada.

—¿Dejarás que se vaya? —inquirió Mildred colocándose junto a ella.

—Es evidente que no me perdonará.

—No pierdas esta guerra solo por miedo. Esto paraliza y puedes arrepentirte del resultado. No lo dejes ir... —afirmó su hermana mayor que la cogió de la mano con fuerza.

Miró a Mildred con el entusiasmo y la esperanza en la mirada. Debía hacerlo, debía detener a Robert.

Su amado se fue en el carruaje. Su cochero apresuraba a los caballos de tiro para partir y ella solo pudo hacer una cosa y no era seguir llorando.

Capítulo 32

Salió de la residencia corriendo rumbo a las caballerizas. Ahí vio a uno de los mozos que probaba las nuevas sillas de montar que había pedido su cuñado para los encargados de la seguridad de la propiedad.

—Me llevaré el caballo —anunció la joven subiéndose al lomo del animal.

—Milady, la montura no es apropiada para usted, lord Cholmondeley...

—¿Me presta su arma?

—Pero, milady...

—Mi cuñado apoya que no pierda una gran oportunidad. Necesito este caballo y el arma. No vaya en contra de sus órdenes... ¡Entréguela!

El pobre mozo hizo lo que ella le ordenó y la vio partir a todo galope.

Solo el polvo era capaz de seguirla. En tantos años no había sido tan temeraria, pero valía la pena el último esfuerzo por intentar recuperar a Robert.

Mientras que Robert cogía un libro para distraerse durante el camino a su desconocida travesía, notó que algo había adelantado a su carruaje e hizo que su coche se detuviese con violencia, provocándole golpes leves. La ventanilla de comunicación con su sirviente se abrió.

—Hay un problema, su señoría —dijo el cochero.

—¿Qué clase de problema?

—Una forajida.

—¡Baje del carruaje, su señoría! —La voz de Frances sonaba decidida y amenazante.

¿Qué deseaba la joven en esa ocasión? Bajó del carruaje y la vio, soberbia, sobre un caballo, apuntando con un arma hacia él.

—¿Qué está haciendo, milady? —increpó burlón.

—Estoy impidiendo que avance. Usted vendrá conmigo.

—Ja, ja, ja. —Se carcajeó sin humor—. Resulta que ahora le importo.

—No trate de evadirme. ¿Sabe quién tiene el arma?

Él sonrió y desenfundó la suya en un momento.

—Ambos tenemos un arma. Ya no tiene ventaja, soy más hábil que usted y lo sabe.

—No me intimida, su señoría, he pedido el miedo a todo después de que me negara la oportunidad de explicar lo que ocurrió.

—¿Se está victimizando? No solo lo vi yo, lo vieron todos.

—¿Todos vieron qué? Usted y yo sabemos que no lo besé porque lo ame, él me tendió una trampa en compañía de sus amistades. Tal como le pasó, fui emboscada por las nefastas ideas de ese hombre. Está obsesionado conmigo, ahora resulta que quiere casarse y como le dije a Daniel, prefiero la muerte a casarme con él, porque si mi amor no es a su lado, señoría, es mejor no vivir que hacerlo con el dolor de la pérdida de mi vida. No escogí casarme con el orgulloso marqués de Winchelsea y menos con un caballero traicionado. Quiero hacerlo con el señor Stanton, mi señor Stanton, ese al que no le importaba mi filo, mis tonterías, mis caprichos y mis ambiciones, aquel que toleraba mi mal comportamiento y hasta lo enaltecía.

El marqués cerró los ojos al oírla hablar. Podía ver la sinceridad en los ojos de una dama frívola y engreída, cosas que él alentaba sin darse cuenta porque le encantaba. Amaba a lady Frances Hess como un demente y esta decisión lo estaba llevando a la locura. Si la rechazaba sabía que su sufrimiento sería perpetuo y si se quedaba no sabía lo que le esperaba.

—¿Y la humillación en Cheshire?

—Cheshire es tan pequeño que el cruzar a Derbyshire la vida es otra. Además, me importa más vivir feliz y que los demás hablen de lo que quieran, lo que importa al final es con quién me he casado. Si ese hombre no es su nombre falso o el verdadero, no quiero nada. Sé que cuando lo conocí dije que amaba a lord Rotterdam, pero en ese entonces no tenía idea de lo que era el amor, de su fuerza, del sufrimiento, de largas horas luchando contra la razón. Usted me ha mostrado lo que es este sentimiento que me embarga y consume día a día hasta el punto de que solo lo tengo en mi mente sin otra compañía. No es común que una dama se confiese, pero no me importa lo convencional, me interesa tenerlo conmigo hasta mi último aliento.

—La escucho y la entiendo. Este amor es malvado porque nos hace sufrir de una manera casi intolerable. Sé que tiene razón respecto a lord Rotterdam y sus secuaces, no podría engañarme, la situación ha sido coincidente con el pasado, aunque usted lo ha provocado siendo caprichosa para correr a los brazos del peligro. Él tenía un brillo locuaz en su mirada y eso no hacía más que alertarme. Confiaba en su criterio, es impulsiva y temeraria. En ciertas ocasiones eso puede jugar a su favor, pero en este caso se ha disparado en la sien. Sin embargo, eso no impide que la ame y desee pasar mi vida entera a su lado. No quiero arrepentirme de dejarla, prefiero que me juzguen por perdonarla.

Ella dejó el arma a un lado y bajo del caballo con prisa para correr a los brazos de ese hombre entre sollozos y lágrimas de alegría y liberación. Robert la abrazó con fuerza antes de alzar el mentón de Frances y mirarla a los ojos.

—Borraré cada vestigio de ese inmundo y lo haré arrepentirse por su atrevimiento. —Al terminar de decir esas palabras, él tomó los labios de la joven con gran devoción y ternura, haciendo que ese contacto fuese un verdadero abrazo para sus almas.

En la residencia del conde, el asustado mozo se acercó al despacho para contarle lo que había pasado. Entonces fue a buscar a los demás miembros de esa familia y aquellas mujeres miraban hacia el horizonte, esperando algo.

—¿Alguien de ustedes le dio la idea de un arma a una mujer trastornada? —curioseó el marqués, enfadado.

—¿Un arma? —preguntó la condesa—. ¿Tuviste algo que ver, Mildred?

—¡No, madre! Solo le he pedido que no lo dejara ir, pero ¡jamás sugerí un arma! —exclamó

desesperada.

—Bien, ahora solo es cuestión de esperar que no la use con él —alegó Penélope.

—O usarla con ella misma —replicó Daniel ante la mirada indignada de todos, nadie quería pensar que Frances sería capaz de algo más.

En el horizonte un caballo se acercaba y no solo con un ocupante, sino con dos. Frances y Robert regresaban juntos.

Frances se sentía como una doncella recién salvada de las garras de un dragón por un valiente caballero. Él la llevaba como si la arropara con su cuerpo. Ese era su lugar feliz, junto al corazón de él.

Las niñas gritaron de emoción al ver aquella escena y corrieron al encuentro de la pareja que venía sonriente. Robert mostraba más de esa felicidad interior que siempre se negaba a mostrar después de la vergüenza del pasado, pero al darse una nueva oportunidad no podía dejar de sonreír como la vida lo estaba haciendo con él.

Robert ayudó a la joven a bajar del caballo y ella abrazó a sus hermanas con felicidad, mientras el marqués iba a entregarle la mano al conde de Cholmondeley.

—Supongo que la idea de que me siga quedando aquí sigue en pie —comentó Robert.

—Absolutamente, también tengo algo que hacer con usted.

—¿Algo que hacer conmigo?

—Sí, debo responder una misiva y solucionar un asunto que tiene que ver con usted y Frances...

Sin saber a ciencia cierta lo que decía el conde, Robert asintió. Si venía de aquel caballero no podía ser algo malo.

Durante el resto del día, Frances y Robert contaron lo que ambos pensaron en el momento en que sus vidas cambiaron para siempre. Compartieron sus sentimientos con el resto de los

familiares de ella.

En medio de la cena, la condesa había propuesto que se comenzara a pensar en la fecha de la próxima boda. Ella quería que fuese en verano en Autum Hall que era bastante esplendoroso para sorprender a los invitados. A la feliz pareja lo único que le interesaba era casarse, la fecha, la decoración y el lugar era lo de menos.

—Debo informar a mi madre, caerá de espaldas al conocer a milady —anunció Robert—. Es tan excéntrica como ella.

—Quisiera conocer a la marquesa, quizá podríamos llevarnos tan bien. Mi yerno, Daniel, en lugar de darme amistades me roba a mi hija, espero que usted no sea así.

—Si quiere revivo a mi madre, condesa. Le aseguro que deseará que esté muerta —expresó Daniel que después levantó su copa—. Un brindis por el marqués y su inminente entrada a esta familia... peculiar.

—No lo asustes o puede dejar a Frances otra vez —masculló Alethea.

Los demás rieron en la mesa y brindaron con sus copas en alto, algunos con vino y otros con el zumo de frutas o agua.

Al día siguiente, después de tanta algarabía por la reconciliación, el marqués y Frances fueron citados al despacho de Daniel con sus mejores galas.

—Los he llamado aquí porque recibiré a alguien y quiero que estén presentes cuando eso ocurra.

—¿Acaso aceptaste que lord Rotterdam viniera aquí? —cuestionó Frances.

—Sí, lo hice. Lo pondremos en su sitio —musitó el conde.

—Quiero ver la cara de esa rata y oírlo —dijo Robert saboreando el momento.

Unos minutos después de esperar, el sirviente del conde golpeó la puerta y entró en compañía de lord Rotterdam. El rostro morado de aquel se había colocado tan pálido como un

papel al verlos ahí a los tres.

—Sea bienvenido, lord Rotterdam —saludó Daniel que ya se sentía complacido al ver la cara del hombre.

—Buen día, no sabía que seríamos tantos para hablar solo de una dama... —expresó con molestia.

—No soy solo una dama, lord Rotterdam, soy una mujer valiosa y orgullosa de esa valía. Estos caballeros me quieren tanto que no pueden dejar que esté aquí con sus malas intenciones.

—Díganos, ¿a qué ha venido? —increpó Daniel con mirada inquisitiva.

—Es evidente que deseo pedir la mano de lady Frances.

—¡Qué desfachatez! —exclamó Robert—. Primero intentas manchar mi nombre con tus mentiras, me emboscas, intentas robar a mi prometida y ahora quieres boda. No sé si estás enamorado de ella o de mí para perseguir lo que quiero.

—¡Tú, maldito mentiroso, la metiste por mis ojos y cuando te diste cuenta de que me gusta no te hiciste a un lado!

—¡Porque no tenías intenciones serias! ¿Cómo puedes tenerlas si andas con esas dos alimañas que tienes como amigos? Yo me enamoré de milady.

—Al igual que yo. Ahora hazte a un lado, ya la he besado y me pertenece.

—¿Por qué las otras mujeres a las que has besado no te pertenecen? Además, déjame darte una sorpresa. —Robert miró a Daniel antes de decir lo que deseaba—. Yo la he besado primero en la laguna de los gansos hace semana.

No solo los ojos de lord Rotterdam salían por sus cuencas, sino también los de Daniel, que no podía creer que eso hubiese ocurrido en sus narices.

—Vaya canalla —masculló Luke con una sonrisa burlona—. Acechabas como un prestamista, nunca tuve oportunidad.

—La tuviste, siempre tuviste la ventaja, pero la diferencia fue que conmigo ella no tenía que fingir para agradar. A mí me gustaba tan intempestiva y orgullosa que no la cambiaría por nadie.

—¿Todavía quiere pedir mi mano después de escuchar esto? —preguntó Frances.

—Pensé que había logrado que ese compromiso terminara —farfulló molesto.

—Casi lo logras, pero el amor entre milady y yo es más fuerte. Eres bueno, Luke, pero como una vez me tocó perder, en esta oportunidad te ha tocado a ti y es de sabios saber entender cuando poner un punto final...

—Le deseamos existo en su próxima cacería, lord Rotterdam —habló Daniel para despedirlo.

—-Encontrará a alguien que podrá amarlo mucho, lord Rotterdam, solo debe saber que mi corazón le pertenece a mi señor Stanton, es difícil decirle su señoría, cuando yo me enamoré del hombre sin título.

Lord Rotterdam estaba desilusionado. Se fue sin despedirse y sin mirar atrás, mientras que Robert cogió las manos de Frances entre las suyas.

—Ahora que se fue, ¿cómo es eso de que se besaron en esta propiedad? —interpeló con ambos brazos cruzados hacia atrás. Frances sabía lo que significaba ese gesto. Era el momento de dar muchas explicaciones.

Epílogo

Tres años después...

Frances y Robert se habían casado en la capilla de Autum Hall. Fue una boda íntima a la que asistió gran parte de la sociedad. Frances recordaba que ese día conoció a Julie, una mujer que quizá antes hubiese sido demasiado encantadora, pero no era más que una mujer de rostro pétreo en compañía de un caballero que se notaba igualmente infeliz que ella. Ninguno parecía interesarse mucho en el otro. A la conclusión a la que llegaba Frances fue que aquella se arrepentía de haber dejado ir a Robert.

La marquesa viuda, Camila, fue la artífice de esa invitación especial. Era vengativa como pocas personas, quería observar cómo se revolcaba en la miseria al ver al hombre que le daría todo sin pedir nada a cambio, casándose con otra dama, esa diablura nunca era olvidada por su suegra.

—¡Llegaremos tarde al té con la condesa viuda! —exclamó la marquesa que regresaba al salón para buscar sus guantes que habían quedado olvidados.

—No se apresure, señoría, mi madre no es capaz de servir el té sin usted. Debe estar mirando al señor Sinclair con un rostro de circunstancia. Lo hará pasar hambre —musitó Frances que cogió a su suegra del brazo para ir juntas.

Detrás de las mujeres de su vida iba Robert en compañía de su hijo, Roger, de un año y medio.

Los viajes dejaron de gustarle desde que se comprometió con Frances. Ese año había comprado una gran extensión de tierra en Cheshire. Ella no podría vivir sin su familia y sin Autum Hall, por lo que él aceptó la idea de vivir ahí, aunque solían ir a Londres para estar con la marquesa que, con los años, comenzó a pasar largas temporadas en el condado, pues le gustaba la gran familia que habían formado y prefirió dejar la lejanía para agrandar su experiencia haciéndose amiga de la familia Hess. Tenerla en la mesa en cada festividad se había convertido en una constante.

Subieron al carruaje y partieron con un poco de prisa, pues el pie de la marquesa no hacía más que repicar en el piso.

Al llegar se pudo ver a las hermanas Hess en los columpios a una distancia prudente de la casa. Aquel era la máxima diversión desde que el conde lo había instalado para su hijo; sin embargo, tuvo que añadir más por pedido de las hermanas y también para que Roger pudiese estar ahí.

—Hay quienes piensan que al casarse las familias se achican, la nuestra se agranda —musitó Frances que caminaba hacia la casa junto a su esposo e hijo.

—La mejor decisión de mi vida ha sido regresar a por mis pertenencias aquí. Desde ese día ha sido mi hogar y he conseguido un verdadero amigo.

—Creo que estoy compartiendo a mi esposo con mi cuñado. Comienzo a ponerme celosa.

—Te amo y lo sabes, Frances, ¿cómo quieres que te lo demuestre?

—Tal vez un diamante un poco más grande que el de esa diminuta gargantilla que me diste.

—¿Diminuta? Casi he gastado la mitad de mi fortuna.

—Te falta la otra mitad, querido. —Ella rio y le dio un beso en los labios—. Con un beso sé que me amas y tú sabes que te amo.

—Me alegro de saberlo. No quiero compartirte con nadie, ni siquiera de pensamientos.

—Quizá lord Rotterdam siga enamorado de mí y por eso no se ha casado. Espera a que enviudes, es más astuto que una serpiente.

—Soy inmortal, me conservo con alcohol, querida...

Frances lo vio tomar el camino al despacho de Daniel, mientras ella se quedaba en medio del salón, observando todo y pensando una vez más en lo afortunada que era por haber escogido el amor.

Fin.

Conoce la próxima novela serie Las damas Hess

Las dotes de un calavera

«Una búsqueda implacable, una mujer comprometida y un sentimiento tortuoso marcarán las reglas de juego para las dotes de un calavera.»

Lady Penélope Hess no estaba dispuesta a pasar peripecias para casarse, por lo que un matrimonio conveniente era lo único importante, pues creía que él amor dependía de la cantidad de caballeros que podía conocer y si solo conocía a uno sus quebrantos terminaban.

Edwin Neville, marqués de Torton, vivía su vida como lo que era, un rico y codiciado heredero al título de su padre; sin embargo, su vida de irresponsabilidad lo colocaba en la peor posición posible: que su padre le diera la herencia a su hermano mellizo, dejándolo sin sus privilegios y la gran vida que imaginaba. La única manera de lograr conservar todo era el matrimonio con una dama de familia decente.

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

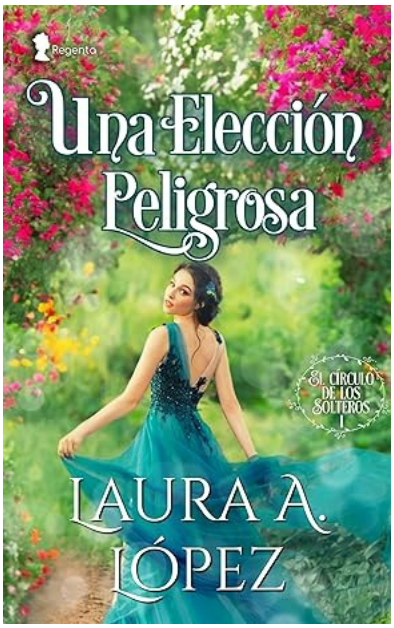
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó El amor de un granuja podría gustarte…



Toda historia tiene un comienzo...

George Mountbatten, marqués de Blister, al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.

Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.

El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero y El amor de un granuja.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*